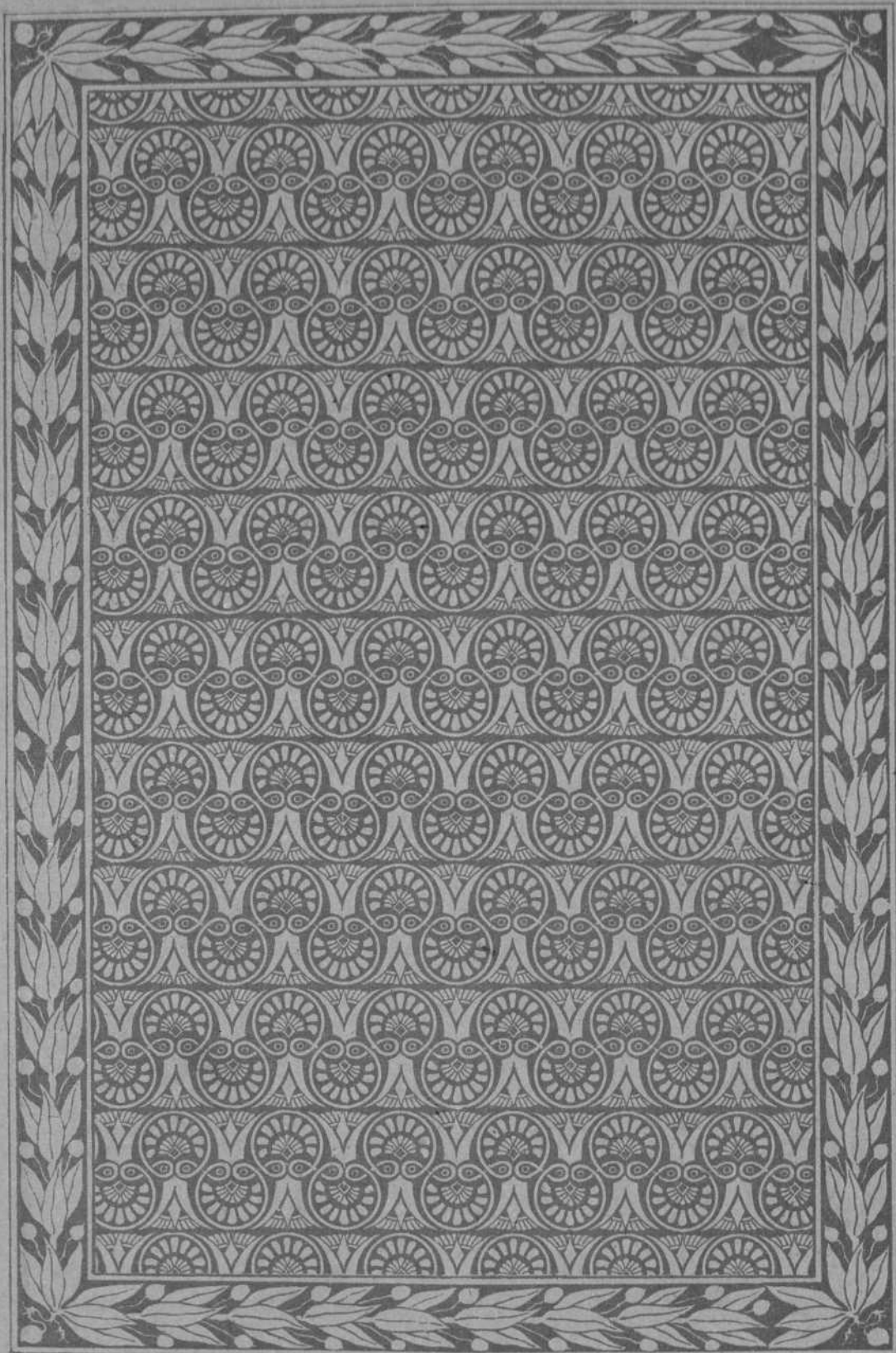
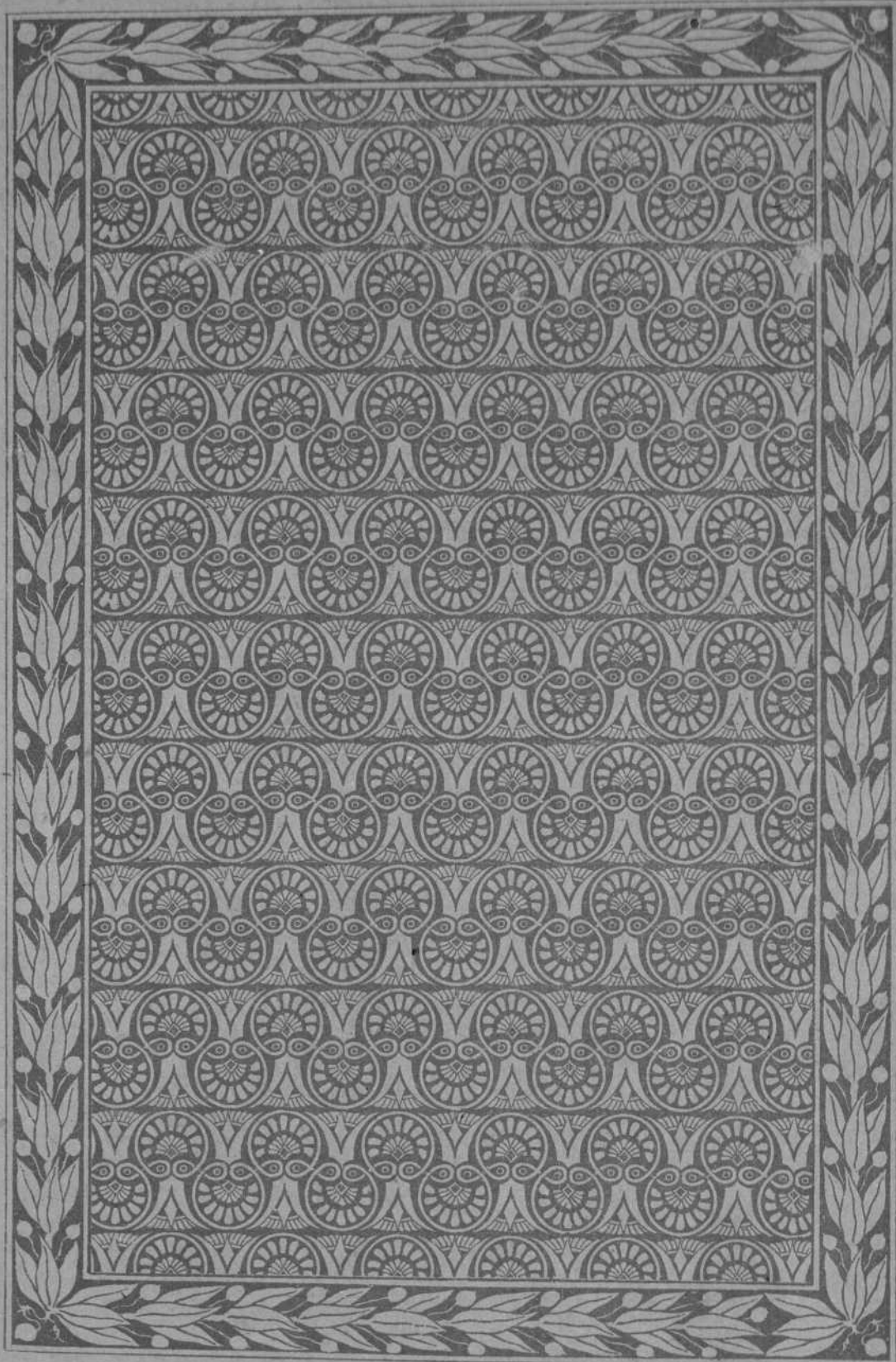


LAS MUJERES DE CERVANTES



J. ROCA.





D&C
D

+ 176180

c.

LAS MUJERES
DE CERVANTES



LAS MUJERES
DE CERVANTES

POR

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

EDICIÓN ILUSTRADA



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255

1916

ES PROPIEDAD.

DEDICATORIA

A la memoria de mi padre, fervoroso lector del « Quijote », consagro estos ensayos devotamente.

J. Sánchez Rojas

AL QUE LEYERE

Dos líneas a guisa de advertencia: ellas bastan y sobran para explicar al lector curioso y precavido la indole de nuestro trabajo.

Cuando los Señores Montaner y Simón tuvieron la bondad de encargarnos un libro sobre Las mujeres de Cervantes, ni por un momento quisimos enfrascarnos en una de esas tareas eruditas, a base de papeletas, documentos y acotaciones, que tanto se llevan hogaño y que han de turbar, a buen seguro, la paz eterna de las cenizas de Cervantes en el próximo tercer centenario de su muerte.

Nos ha parecido preferible evocar las figuras femeninas de las Novelas Ejemplares, del Quijote, de Los trabajos de Pérsiles y Segismunda, de La Galatea, sin retocar con demasiada irreverencia las más borrosas y desvanecidas, a través de los tres siglos de distancia en que fueron compuestas y concebidas. Nos hemos limitado, sencillamente, a hacerlas desfilar de nuevo ante el lector, para que él mismo certifique de su vitalidad y frescura.

Nada más actual que los libros de Miguel de Cervantes. Un soplo de juventud les anima, cuando nos acercamos a ellos con pureza de intención, sin preocuparnos mayormente de las asonancias y descuidos del estilo, de las repeticiones u olvidos en que suele perecear la atención

más diligente, de las concesiones que Cervantes hiciera al gusto de sus coetáneos y de las diferencias que le separan o de las analogías que le acercan a otros autores celebrados y famosos. Una obra de arte será tanto más eterna cuantas más emociones y sensaciones despierte en el ánimo del leyente. Azorín, Unamuno, Enrique Heine han enseñado a la juventud española a poner sobre su cabeza el ingenio inagotable y peregrino de Miguel de Cervantes. Para lograrlo, no han hecho otra cosa sino suscitar toda suerte de emociones y de sugerencias en el espíritu de los fervorosos y sedientos de ideal.

Nuestro libro, *Las Mujeres de Cervantes*, es, lisa y llanamente, la evocación modesta y personal que un joven escritor castellano hace de las creaciones femeninas del más alto y excelso de nuestros escritores, para comprobar que ganan vigor y fuerza, a través de los tiempos, en perspectivas y lejanías ideales.

Más de una vez, al retocar estas queridas siluetas de mujeres lejanas, hemos pensado en estas españolisimas hembras de hogaño que conturban o solazan nuestro corazón a lo largo de nuestra vida contemporánea, sacudida por el tráfago de tantas y tantas sensaciones e ideas diferentes y hasta contradictorias. Mucho amó Cervantes a las mujeres de su tiempo; mucho amamos nosotros—jóvenes, candorosos y resueltamente optimistas—a las mujeres de nuestro siglo. Maritornes, Antonia Quijano, Preciosilla, Constanza la del mesón, Luscinda, Zoraida, Clarita, Dorotea, la Duquesa, Sanchica y Teresa Panza, retoñan y renacen en nuestros días; lo que no acertamos

a descubrir, sino muy de tarde en tarde, es la dulcísima estampa de Dulcinea del Toboso, con el relumbro mágico de sus ojos verdes y la música cadenciosa de sus promesas de ventura. Hemos escrito este libro pensando en Dulcinea. Todo se transforma en el mundo, hasta el quijotismo. Aldonza puede casarse todavía con D. Alonso, y Don Quijote tornar a los caminos de la Mancha, hacer penitencias y grabar en los huecos de los árboles el sonoro nombre de la Señora Dulcinea. El amor de hogaña no requiere aventuras extraordinarias para afirmarse y robustecerse; con la vista en el cielo, necesita resguardar sus raíces en la tierra y ganar fuerzas, como Anteo, a su contacto. Escondamos con vosotras, mujeres españolas, nuestros sueños en la prosa humilde de la vida; no gastemos nuestro patrimonio en locos devaneos estériles; amadnos, comprendednos un poquito más para que mejor os comprendamos y amemos nosotros. Y cuando nos amargue una desilusión, cuando una palabra soez turbe el ritmo de nuestros sueños, curadnos con el beso de vuestra boca. De vosotras pende el porvenir del pueblo; en la fragua de vuestro corazón—¡oh Aldonzas de mi España!—se templará el acero de los brazos que esperan el santo y seña de vuestra palabra para arremeter a los arrieros, yangüeses y bachilleres, que no os han querido ni comprendido nunca.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Mayo, 1915.



I.—LA MUJER EN LAS «NOVELAS EJEMPLARES»

CORNELIA BENTIVOGLIO

«...y juntamente conmigo crecía la fama de mi gentileza, sacada en público de los criados y de aquellos que en secreto me trataban, y de un retrato que mi hermano mandó hacer a un famoso pintor...»

CERVANTES. — *La Señora Cornelia.*

Harto se van aficionando a Bolonia los caballeros y estudiantes vizeaños D. Antonio de Isunza y Don Juan de Gamboa.

No hay ciudad en Italia más grata para los mozos.

La majestad de sus pórticos, la elegancia y severidad de sus calles y palacios, la fama de sus estudios, la belleza y desenvoltura de sus lindas mujeres, la destreza de sus músicos, el renombre de sus juristas y glosadores, son parte para que las gratas esperanzas de la juventud encuentren en aquella populosa ciudad—la segunda en grandeza de los Estados del Papa—su cómodo y deseado regalo.

La vida se desliza en Bolonia con harto contento y bienestar. Las escuelas están pobladas de estudiantes de todo jaez y condición. Los españoles principales y ricos se aposentan y acomodan en el Colegio del Cardenal Gil de Albornoz, un bello palacio con almenas güelfas; la hiedra trepa por las tapias del Colegio y las cubre de verdor en todo tiempo. Los flamencos tienen también otra magnífica mansión. Las posadas y hosterías de la ciudad llenas están, asimismo, de todo linaje de escolares.

Bajo los pórticos, a la caída de la tarde, cuando la terracota adquiere un matiz de oro viejo y los valles cercanos resplandecen con irisaciones violáceas, resuenan viejos cantos escolares en la ciudad; las dos torres Asinella y Garisenda contemplan, a cada paso, hileras policromas de mozos que por la plaza de Ravenna bajan a escuchar sus lecciones al estudio; las novedades de Salamanca, de Óxford y de la Sorbona se comentan con reposo en las aulas y bibliotecas; las tumbas de los glosadores, alegres y esbeltas, se levantan a la vera de las iglesias.....

*Bologna, Bologna
città delle belle donne..!*

La plaza de San Petronio es el punto de cita de músicos y troveros, el palacio Pépoli de las gentes de calidad, la linda iglesia de Santa María dei Servi—con su alegre plaza porticada, con su hosco y simétrico portal no concluído, con sus elegantes columnitas de mármol de Verona—el centro donde acuden las doncellas devotas y recatadas. Los Apeninos encintan y estrechan apretadamente

la ciudad en amoroso abrazo. Los paseos son lindos, y, en primavera, gusanillos de luz inundan de puntitos luminosos las estradas y caminos.

Y Bolonia—oíd una vez más la canción de estudiantes:

*Bologna, Bologna,
città delle belle donne..!*—

es también la ciudad de los amores. «Las lindas boloñesas son las columnas de la Universidad»—declara la canción con la dulzura de un suspiro—. Sus damiselas son, acaso y sin acaso, las más deliciosas de Italia. Unen a la nobleza de su linaje una suavidad y elegancia de maneras que dan gusto al ánimo y deleite a los sentidos. Harto lo saben nuestros queridos amigos Don Antonio de Isunza y Don Juan de Gamboa. Verdad es que los graves señores de Bolonia y las matronas honestas guardan a sus hijas de las miradas de los escolares, principalmente de los españoles, que son, por lo común, muy enamoradizos, inconstantes y galanes; pero esta misma sujeción y esclavitud de las doncellas hácelas curiosas y las incita, como a nuestra madre Eva, a morder la apetitosa manzana, sin reparar cosa mayor en la serpiente que esconde sus escamas y anillos detrás del fruto vedado.

La fama de hermosura de algunas doncellas es tal que, atravesando las puertas de la ciudad—la Galliera, la de San Vitale, la de Castiglione, la de la Mascarella—ha cundido por Parma y por Módena, por Ravenna y por Ferrara, por Mantua y por Placencia, y saliendo de los naturales límites del estado, se ha extendido por los de toda Italia.

Cornelia Bentivoglio, Flora Pépoli, Antonietta Zannetti, Isabel Tacconi, loadas y celebradas son por todos los poetas y escolares de la ciudad.

Nuestros estudiantes Don Antonio de Isunza y Don Juan de Gamboa han salido esta noche memorable a esparcirse por Bolonia. No han salido juntos como de costumbre. «Al pasar por una calle que tenía portales sustentados en mármoles»—nos recuerda Cervantes—Don Juan «oyó que de una puerta le cecebaban». El vizcaíno prosigue su caminata bajo los pórticos. En una puerta le entregan un envoltorio blanco; es un recién nacido. Con la preciosa carga acude a la posada y, dejándola en ella, torna al lugar donde ha oído choque de espadas y rumor de contienda. Seis malandrines arremeten contra un caballero; ayuda a éste Don Juan y hace huir a los cobardes follones. El caballero se aleja sin revelar su nombre a Don Juan; éste, que ha perdido su chambergo en la refriega, recoge del suelo otro de espléndidas y airosas plumas y de dorado cintillo.

Don Antonio, por su parte, ha topado con una cuitada doncella en su excursión nocherniega; la doncella está sobresaltada con los rumores de lucha que hasta ella han llegado. En la casa de nuestros amigos se refugia la *po-ceretta*.

Pronto se desmadeja la intrincada red de tan extraños sucesos. La doncella es Lucrecia Bentivoglio; el recién nacido, su hijo; los adversarios, el duque de Ferrara y los deudos y parientes de la familia de Lucrecia. Luego, las aguas tornan a sus cauces; a la afrenta sucede la reconci-

liación; en una aldeuca se remata felizmente la tragedia con desposorios agradables y secretos; la sangre de los Bentivoglios se mezcla con la de los Estes, y Lucrecia abandona su hosca casona boloñesa por la elegante fortaleza, con almenas, torrecillas y puentes levadizos, de los señores naturales de Ferrara.

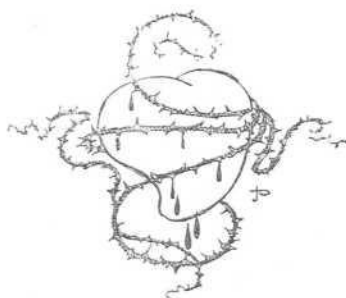
La novelita de nuestro Miguel debe leerse después de contemplar el retrato primoroso de la duquesita de Ferrara, pintado por Ticiano. Tiene la gentil Cornelia largos y dorados cabellos, ojos verdes y misteriosos. Opulenta y maciza, junto al cuello de nieve, descansando en la suave transparencia de sus carnes apretadas, se destaca un medalloncito de oro. De alegría, de juventud vigorosa y ardiente, desborda el lienzo del pintor que conoce, como ningún otro, el tono cálido de los cuerpos jóvenes y armoniosos.

El ensueño del mago veneciano se diluye en el relato hechicero de nuestro Cervantes. Los pórticos boloñeses han quedado grabados para siempre en estas breves páginas. Este mundo boloñés de intrigas misteriosas, de afrentas de amor que en callados desposorios se detienen, de doctas querellas de sabios y juristas, de damitas tapadas que burlan la vigilancia de sus deudos, de ruidos de acero en la obscuridad de la noche y de rumores de besos y ternezas en el silencio de los pórticos, son el marco en que naturalmente se presenta la mimosa figurita de la duquesa de Ferrara.

¡Lucrecia Bentivoglio, Flora Pépoli, Antonietta Zannetti, Isabel Tacconi: estampitas de Madonas rodeadas de

santos, pajecitos caballeros en alazanes que entráis con estruendo de fiesta en el castillo de los Estes, vírgenes rubias y opulentas que sois la desesperación de los Reni y de los Carracci: Miguel os recordará siempre con embeleso!

¡Ea, ya han pasado algunos años!; Don Juan de Gamboa y Don Antonio de Isunza han vuelto, después de acabar sus estudios, a las brumosas montañas natales; también Cervantes, después de rodar con sus amarguras por la plaza de San Petronio, ha tornado a las aventuras y tráfigos que le ha reservado el destino al volver a su patria. Y la huella del cuadro del Ticiano y el recuerdo de los estudios boloñeses—;diamantino palacio de Bevilacqua, tapias teñidas de verdor del colegio albornociano, suaves laderas de San Miguel del Bosque, torres inclinadas de leyenda!—se condensan en estas sutiles páginas de *La Señora Cornelia*, con la fragancia y suavidad que dejan en el espíritu las cosas lejanas y queridas.





ESPERANCICA

« El ademán era grave, el mirar honesto, el paso airoso y de garza. Mirada por partes parecía muy bien y en el todo, mucho mejor. »

(CERVANTES. — *La tía fingida.*)

Aquí tenéis a Esperancica, calle de Moros adelante, custodiada por un escudero y dos dueñas de honor, ridículamente tocadas y adornadas. Viste saya de burriel fino la moza; cubre su busto con ropa de frisado; calza sus leves piececitos con chapines de terciopelo negro. Atractiva es la faz de la doncella. Sus ojos, negros y rasgados, parecen adormecidos y como en ensueño; las narices son largas y rectas, la boca pequeñita, los labios grosezuelos y rojos. Los cabellos, que han sido negros, hoy tiran a rubios y crespos por artificio de la industria; el rostro es más aguileño que redondo. Camina Esperancica con paso airoso, sin apartar los ojos del suelo.

Esperancica acaba de llegar a Salamanca; ya ha rodado por Toro, por Zamora, por Plasencia. De esta última

ciudad es oriunda la doncella; su fama anduvo en lenguas de los ociosos; ha vivido junto al puente de Trujillo, en Plasencia, y su casita apartada fué de llano y apacible acceso.

No dejó bien parada su honestidad por estos parajes la compatriota de Doña María de Monroy.

De Plasencia salió una noche la doncella, sin despedirse de sus amistades y cortejos, acompañada de una tía suya, Doña Claudia de Astudillo y Quiñones, ducha en el arte de quebrar sin riesgo la honestidad de las doncellas, de fabricar polvos milagrosos para sonrosar el cutis y dorar la cabellera; adiestrada en el honrado oficio de terciar con ventaja en el deseo de los donceles, en la impaciencia de los ancianos y decrepitos, y en las trapisondas y belenes de los casados. Con tan discreta compañía Esperancica, de mesón en mesón, llegó hasta Béjar donde fué regalada y festejada por unos caballeros de muy llana y liberal condición, en lo que atañe al trato y comunicación con las mozas que llaman de partido.

Desde Béjar fueron a Zamora, pero la apacible ciudad de Doña Urraca no era terreno abonado para las exploraciones de la vieja. En Toro les fué harto mejor sin ser muy larga la estancia, y Esperancica y la respetable Doña Claudia sentaron sus reales en Salamanca, que aquí, en esta ciudad del Tormes «que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado (1)», la buena matrona propónese cobrar

(1) CERVANTES. — *El Licenciado Vidriera*.

buena renta a los caudales de juventud y donosura de la muchacha.

Esperancica acaba de llegar a Salamanca. Ya la noticia se ha esparcido por los cuatro vientos de la dorada ciudad, desde la puerta del Río a la de Zamora, desde la Magdalena a Sancti-Spíritus. Donde más comentarios ha suscitado la buena nueva ha sido en los patios de las escuelas. «Los escolares—nos advierte Miguel en este sabroso relato de *La tía fingida*—son más amigos del baldeo y rodancho que de Bartolo y Baldo»...

Dos manchegos han sido los primeros en cercar la fortaleza, no del todo inexpugnable ni cerrada, de Esperancica. Así que han oteado la noticia, dejando la calle de Libreros y descendiendo por la de Traviesa, han llegado a la de los Moros, en el punto y hora en que ha hecho su aparición la moza con el extraño cortejo. Y entre toda suerte de zalemas y cortesías, derribando los bonetes, inclinando los ojos y plegando las rodillas, han saludado ambos mozos la honesta y tímida presencia de la doncella. Esperancica, sin apartar los ojos del suelo, ha desdeñado la gentil prestancia de los escolares, y, entrando en su casa con paso rápido, los ha dejado medio burlados y corridos. ¡Pero, bah! No son los escolares gentecilla que cambie de propósito a la primera quiebra.

Luego de yantar los manchegos, de noche cerrada, han vuelto a rondar a Esperancica. Con salterios, guitarras, bandurrias, cencerros y una gaita zamorana han armado la más infernal y estrepitosa algarabía que puede concebirse. Cuando cesa por unos instantes la baraúnda,

se oye un desmedrado sonetillo en loanza de la bella. Pero Esperancica no se rinde. Una dueña, de «voz afilada y pulida», suplica a los escolares que vayan con la música a otra parte, que la sazón es para recogerse, y no conviene tampoco a la profesión y estado de una doncella el escándalo de tales cencerradas y demasías.

Los escolares cesan en su estruendo, ya que no en su propósito. Un mozalbete de la ciudad se ofrece a secundar el propósito de los manchegos. Liberal y rumboso el despabilado protector, conquista a una de las dueñas de Doña Claudia con dádivas y regalos, para que le deje libre el acceso a la doncella. De noche penetra el buen mozo en la casita. De labios de tía y sobrina, sin ser visto de Doña Claudia, escucha el atrevido galán el más peregrino diálogo de la tierra.

Sobrina y tía platican animadamente. El rumor de la plática llega distinta y claramente a la estancia donde se oculta el caballero con el beneplácito de la moza. Doña Claudia sabe, por la experiencia atesorada en su juventud y brillantemente aprovechada en su madurez, la distinta manera de amar de los escolares vizcaínos, manchegos, aragoneses, valencianos, catalanes, castellanos nuevos, extremeños, andaluces, gallegos y portugueses que acuden a los estudios salmanticenses. Así sabe que los vizcaínos, gente corta de razones pero fecunda en obras, si se pican y encandilan por una hembra de rumbo, son largos de bolsa. De esta manera aprende el oculto mancebo que los manchegos gustan de llevar el amor a mojicones; que los extremeños son como la alquimia donde el compuesto

cobra la naturaleza del elemento que se da en mayor escala y proporción; que los andaluces son fulleros, astutos y sagaces; y que los hijos de Lusitania, nada remilgados en la elección, llevan amor envuelto en lacería.

Y no tiene encarecimiento la maravilla del caballero, cuando oye la voz suave de la doncella, respondiendo a las bien concertadas razones de la tía de esta manera:

«--;Mire ahora! ¿Qué más tienen los hombres de Salamanca que los de otras tierras? ¿Todos no son de carne y hueso? ¿Todos no tienen alma con tres potencias y cinco sentidos?»

Mas el galán es cazado finalmente en su madriguera, que no otro lugar que el mismo aposento de Esperanza es. La vieja increpa gallardamente al caballero; que las alcahuetas, como los comerciantes, gustan siempre de encarecer el género de muestra. Don Félix—que por este nombre responde el caballero—hace gala de no espantarse de la ficción de la vieja; Esperancia se pone del lado del mancebo. Resiste Doña Claudia, Doña Claudia resiste, y es tan fuerte y poco comedido el altercado, que llegando a los oídos de la ronda de justicia que en aquel momento pasa por la calle, mueve el ánimo de los corchetes a prender gentilmente a los moradores. Doña Claudia diserta con los ministros sobre la limpieza de su honestidad; Esperancia se somete pasivamente, y Don Félix quiere librarse de los rigores de la ley, como si en este bendito país de España no imperasen la llaneza y la igualdad de todos, y el corazón de los jueces fuese blando a las pragmáticas de las ejecutorias, a las tentaciones y cohechos de los ducados

y a los privilegios de la sangre hidalga y bien nacida.

Nuestros manchegos, pendientes de la plática de Don Félix, andan a la busca, cabe a los alguacillos y corchetes. Apostados detrás del cantón de una calle, por donde ha de pasar la ronda de los presos, hurtan bonitamente a Esperancica de las garras de los ministros de la ley. Esperancica pesca a río revuelto marido, que no amante, en uno de los encandilados e impacientes manchegos. La honrada Doña Claudia soporta la afrenta y rechiffa de las gentes, encerrada en una jaula de la Plaza Mayor.

Esperancica vive ahora con su marido en un lugarón manchego. El viejo suegro está prendado de la nuera. Cartas han llegado de Salamanca contando el pasado tragoso de la mujer del estudiante; pero Esperancica, discreta y mañosa, olvidando las aventuras de Plasencia, de Toro, de Zamora, de Salamanca, y lejos de la astuta Doña Claudia, se ha hecho querer de sus convecinos....





PRECIOSA

«Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama.»

CERVANTES. — *La Gitanilla.*

Cerremos las páginas de *La Gitanilla* después de saborear tal encarecimiento de Miguel, que todos conocemos a Preciosa. Goza de una fama de honesta, discreta y hermosa que no hay más que pedir. Es todo un encanto la chiquilla. Tiene tostada la piel por el sol. Los ojos son negros y acariciadores, y las manos suaves, rosadas y no curtidas, a pesar del ajetreo de su condición. De ébano es la cabellera, la boquita breve y burlona, los piecitos menudos y ligeros, pronta y fecunda la palabra. Y en esta virgencita de quince años, los senos se insinúan graciosamente en el apretado juboncillo, y cuando baila la chiqui-

lla, descubre unas piernas de cabos finos, de armónicas y tentadoras proporciones. Digamos también que su desenvoltura no es hija de lascivia, sino de agudeza e ingenio. Y añadamos finalmente, para loar como se debe la honestidad de Preciosa, que se muestra enojada y confusa cuando las alabanzas que de sus raras prendas oye, suben de punto y sazón.

Los gitanos adoran y reverencian a Preciosa. Dura infancia ha tenido la Gitanilla. De feria en feria, ha corrido y vuelto a correr todos los lugarones y poblados de ambas Castillas y de la Mancha. Ha sentado sus tiendas con la despreocupada y nada escrupulosa raza gitanesca, así en las riberas del Tormes como en las riberas del Duero; junto al Tajo y junto al Pisuerga. Ha bailado Preciosa en Arévalo y en Piedrahita, en Alba y en Ledesma, en Zamora y en Toro, en Valladolid y en Rioseco, en Talavera y en Torrijos...

Y en este momento tornamos a encontrarla en la corte de nuestro muy amado Rey D. Felipe (que Dios guarde) y en los acampados de Santa Bárbara, paraje o sitio que en Madrid eligen los gitanos para establecer su honrada profesión.

Mes de julio, bochorno, modorrera. En este día de Santa Ana, ha hecho Preciosa su entrada en la asendereada villa del oso y del madroño. Con ocho gitanas y un gitano va cantando la chiquilla por las calles los villancicos, zarabandas, seguidillas y coplas que ha aprendido.

Los hijos de Madrid, que jamás llevan priesa, que



Carlos Vázquez dibujó

LA GITANILLA

gustan de pararse y solazarse ante los músicos, bailarines y juglares callejeros, cambiando con ellos donaires y burletas, hacen aspavientos de la belleza de Preciosa.

¡Y cómo canta la doncellica, con qué gracia remata los romances, qué discreción que tiene, qué ligereza y rapidez en las piernas, qué alegría retozona en el ánimo, y, para que mayor sea la maravilla, qué continencia en su gentil apostura! Poetas, pajecillos, soldados, pretendientes, arbitristas, hampones hacen corro en torno a la chiquilla.

Cervantes nos ha transmitido las exclamaciones del embobado auditorio con su fidelidad acostumbrada. Unos se duelen de la condición de gitana que tiene la bailadora. Otros, más groseros, piensan que tales principios no han de acabar en buenos fines. Maliciosos que devanean por el corro sospechan que la muchacha va ganando los corazones para uncirlos al carro de su liviandad. Y hasta hay quien «más humano, más basto y más modorro—refiere Miguel—viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo:

—A ello, hija, a ello; andad, amores, y pisad polvito tan a menudito.

Y ella respondió sin dejar el baile:

—¡Y pisarélo yo a tan menudo!»

Cansada ha quedado Preciosa de la danza, pero las ponderaciones de su hermosura han cundido ya por todos los ámbitos de la Corte.

A los quince días ha vuelto a presentarse Preciosa por

los lugares más concurridos de Madrid con nuevos romances y cantarcillos.

En la calle de Toledo—a la sombra—se ha detenido a cantar y a tañer sus panderetas y sonajas la alegre caravana gitanil. La vieja, aquella vieja que no se aparta un punto de Preciosa, llamándola nieta y prenda suya a cada dos por tres, ha recogido buen montón de ochaivos y de cuartos entre los transeuntes. Sobre todo, aquel romance de la reina D.^a Margarita, saliendo a misa de parida, a la iglesia de San Llorente en Valladolid, ha sido harto fecundo en rendimientos, que el público embelesado no se ha cansado de regalar cuartos a la bailadora.

Un mozalbete, poeta y caballero, ha requebrado de amores a Preciosa. Discretamente ha contenido la chiquilla los ímpetus del gentil amador. Con pruebas que no con razones, ha mostrado el caballero la fineza de sus pensamientos y propósitos, ingresando en la familia gitanesca, sin separarse un punto de su novia. Y los amores han acabado venturosamente.

Ya lo recordáis vosotros; los años pasan rápidamente; dos, tres años se han pasado ya. Preciosilla se ha convertido en D.^a Constanza de Acevedo y Meneses; su padre don Fernando es caballero del hábito de Calatrava; la madre de la chiquilla se llama D.^a Guiomar. Y D.^a Constanza es la esposa de D. Juan de Cárcamo—el fingido gitanillo de las horas sabrosas del noviazgo—y vive con su marido en Madrid en una casa hidalga y bien abastecida.

En D.^a Constanza, en Preciosilla, ha pintado Cervantes

la donosura castiza de la mujer española. Preciosilla es la imagen de la desenvoltura sin lascivia y del ingenio pronto, alegre y burlón de nuestras mujercitas. Preciosilla tiene la sal rumbosa de nuestras majas bien plantadas, de las fieras manolas que en la misma calle donde danzaba Preciosa aullaron de dolor pisoteadas por los caballos de los franceses, de nuestras hembras desenfadadas y graciosas que saben herirnos derecheramente con sus desdenes e iluminarnos el sendero con el rocío de su sonrisa. Preciosilla es la pimienta de la raza, y siglos más tarde, el atrabiliario aragonés D. Francisco de Goya y Lucientes hubiera dado la mitad de su gloria por haberla reproducido con sus pinceles, diciendo la buenaventura en la pradera del Corregidor.

Convertida Preciosilla en D.^a Constanza por un enencuentro venturoso y por esta divina piedad de Cervantes, que gusta siempre de solazar a los humildes y de mostrarles el castillo de la ventura por los rodeos más extraños y dificultosos, convertida Preciosilla en D.^a Constanza, por los insólitos vericuetos que conoce seguramente el lector, es la mujer humilde y tolerante que ordena sin destemplanza, que sabe ser señora con sencillez, e hija de nobles padres con llaneza.

Bien hizo el licenciado Pozo en contarnos el donaire de Preciosa; bien hizo Cervantes encareciéndonos la discreción y hermosas prendas de la Gitanilla. A lo largo de nuestra historia, oímos el alegre tañido de los crótalos y sonajas de Preciosa, las asonancias musicales de sus romanzas y villancicos, los airosos trenzados y punteados

de sus danzas bohemias. ¿No es así, garrida Argentinita, que sabes decir con los crótalos tus suspiros y tus ternuras, tus celos y tus desdenes? ¿Vas a desmentirme tú, gitanilla auténtica, Pastora Imperio de los ojos verdes, que tienes cuerpo de serpiente, piernas de goma y soberanos, indescriptibles brazos de fuego?





CONSTANZA

«...es dura como un mármol, y zahareña como una villana de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año...»

(CERVANTES. — *La ilustre fregona.*)

Toledo. Posada del Sevillano. Primeras horas del día. Aparición de Constanza, llamada la ilustre fregona por las extrañas calidades de su belleza. Ojos azules de Madona, frente ancha y despejada, blanca la color del cutis. Cuello macizo y recio, de alabastro. De las orejas cuelgan dos calabacillas de vidrio. Con dos cintas blancas de hiladillo, lleva Constanza trenzados sus cabellos rubios. Es tan larga la trenza, que desciende por las espaldas, deteniéndose más allá de la cintura. Limpio, igual y suave es el peinado. Al aire lleva el cuello, que es la misma blancura. Viste saya y corpiño de paño verde. Cubre la garganta con un collar de estrellas de azabache; sujetando la cintura muestra un cordón de San Francisco; colgando de una cinta pende un manojo de llaves. Recia y bien proporcionada es la moza. No usa chinelas, sino zapatos; a roja

tira la color de las calzas. Constancia se ha levantado del lecho; ya se ha tocado para todo el día.

Rozagante de vida y juventud, así compuesta y ataviada, aparece en la sala del mesón. Su faz revela un sosiego perfecto. Un equilibrio interior brota y resplandece en todos los ademanes de Constanza.

Devotamente saluda la moza a una imagen de la Virgen que cuelga de los muros del patio, contiguo a la sala; al santiguarse, unos dedos largos y rosados señalan la figura de la cruz en la frente tranquila y tersa, en el apretado pecho, en el sólido nacimiento de los brazos y en la boquita roja y breve. Y al advertir que los ojos de nuestros buenos burgaleses Carriazo y Avendaño la contemplan con embeleso, abandona el patio, torna a la sala y da voces a la Argüello para que se levante con presteza, que ya el sol dora a trechos la vega toledana, y las calles pinas y estrechas de la ciudad oyen las primeras voces, alegres y sonoras, de los madrugadores.

Y la gente de la posada comienza a ponerse en movimiento. La Argüello—esta gentil amiga nuestra que ya describiremos—anda de pullas y chacotas con los huéspedes; el Sevillano sostiene con ella las primeras pendencias y trifulcas de la mañana; Avendaño ya se ha quedado en el mesón llevando la cuenta de la paja y de la cebada; Carriazo enjaeza el asno para traer del Tajo cántaros de agua con que llenar los barreños en que abrevan cómodamente los caballos y mulas de la cuadra, sin salir de la posada; la Gallega—otra buena pieza como la Argüello y de la que haríamos mención especial si pudiéramos

extendernos a nuestro talante—sin dar paz a la sin hueso, coloradota, basta, picada de viruelas y abundante de libras, se refocila de antemano, pensando galleguilmente en la suave y tierna amistad con los nuevos mozos que acaba de apalabrar a su servicio el Sevillano.

Espectáculo curioso y pintoresco el de la mañana en un mesón; de los cuartos y estancias de la posada salen ya los huéspedes. Relinchan las bestias, acomodan las mozas los camaranchones, pagan su costa los viajeros, acuden a sus negocios los diligentes, y la mesonera, solícita, anda de acá para allá, dirigiendo los quehaceres de las gallegas, advirtiéndole al Sevillano de una olvidada menudencia, espumando la olla de la cocina, sacando lienzo de las arcas, y poniendo orden y concierto en una casa de tanto tráfico y baraúnda.

Constancia no ha vuelto por el patio ni por la sala del mesón. Con andar en todo y cuidar de todo la rapaza, pocos ojos ponen en ella la mirada y con la mirada los deseos. Así tiene fama de zaharaña como labradora de Sayago y de áspera como una ortiga; pero su cara de pascua y de siempre novia, juntamente con su recato, hacen que el mesón se vea siempre poblado, no ya de pobretucos, sino de caballeros y letrados, que tales prerrogativas tiene siempre la belleza, aun ostentada en hembras rústicas y plebeyas. Sabido es por otra parte—y no lo decimos ciertamente por Constancia—que las ninfas del fregadero, sensibles a ciertas temeridades galanescas, desbancan muchas veces en nuestra España a damas de la más alta condición y hermosura.

Constancia no suele apartarse de la mesonera, a la que naturalmente quiere y reverencia como a madre. Don Periquito, el hijo del Corregidor, y cuantos beben los vientos por la doncella en esta ciudad de Toledo, plantel de muchachas guapas y donosas, pierden lamentablemente el tiempo. Como lo pierde nuestro amigo Tomás de Avendaño, a quien su industria de trocar el hábito de caballero por los arreos de mozo de mesón, apenas le sirve para mirar de higos a brevas a Constancia, ya que no para platicar con aquel reposo que los negocios de amor requieren y demandan.

¡Constancia, Constancia! No hay mejor adorno que ella en la posada del Sevillano. Con la mesonera pasa la niña las mejores horas de su adolescencia. La vida es para Constanza una sucesión de gentes que aparecen y desaparecen rápidamente ante sus ojos.

El señor de Carriazo—padre de nuestro improvisado aguador—visita la posada en busca del desgarrado aventurero y reconoce a Constancia como a hija suya. Desde este momento comienzan las transformaciones de la ventura, gratos y socorridos recursos en el arte de novelar de nuestro Miguel. Constancia—fácil es adivinarlo—es la señorita de Carriazo. Tomás de Avendaño, vuelto a su primitiva condición de caballero, se convierte en el prometido de Constancia. El corregidor de Toledo es pariente y amigo del señor de Carriazo; la señora del Corregidor viste a Constancia «con unos vestidos—puntualiza Cervantes—de una hija que tenía de la misma edad y cuerpo de Constancia; y si parecía hermosa con los de labradora,

con los cortesanos parecía cosa del cielo; tan bien le cuadraban que daban a entender que desde que nació había sido señora y usado los mejores trajes que el uso trae consigo.»

Bodas solemnes y rumbosas en la imperial ciudad. La señorita de Carriazo es la señora de Avendaño. Los novios han marchado a Burgos; de Burgos han ido a vivir los recién casados a Salamanca, que Tomás quiere concluir en la famosa escuela sus estudios. Constancia viste ahora ricas telas; no hay señora más elegante en la ciudad del Tormes. Los Maldonados, los Aguileras, los Álvarez de Toledo convídanla siempre a sus festines y banquetes; hasta los escolares celebran a Doña Constanza en trovas platónicas y comedidas.

Tiene Constancia una maravillosa sonrisa; sonrisa de señora que ha sido mesonera, de mesonera que—sin esfuerzo alguno—se ha convertido en señora; sonrisa de mujer que sabe el secreto de su nacimiento, que calla grandes cosas, que todo lo intuye y lo penetra todo; sonrisa de muchacha que en todas partes vive a sus anchas dominando las situaciones; sonrisa de hembra que al obedecer ordena y al ordenar obedece a un oculto designio de su naturaleza.

Acabados los estudios de Tomás en Salamanca, Constancia se asienta definitivamente en Burgos. Ya ha recogido la madeja de oro de sus cabellos; de su cintura ya no pende el manojito de llaves de la posada. A la orilla derecha del Arlanzón, fuera de las murallas, allí donde viven los nobles y caballeros, tiene su casa solariega Constancia; una ancha casona hidalga de patio primoroso y de bellos

artesonados. Las estancias son alegres y sonoras; anchos bufetes, riquísimos estrados las decoran. Las arcas están repletas de vasos de plata y de finas sábanas de Ruán.

Los futuros señores de Avendaño—unos angelitos rubios, caribobos y parleros—abrazan a todas horas el cuello de alabastro de Constancia y atruenan la casona con los agudos gritos de su alegría. Tomás—el mozo andariego y pícaro de antaño—acaricia con reposo la barbilla de su mujer y revuelve sabiamente, con los dedos nerviosos y ágiles que conocieran los dados, bolos, barajillas y demás cuentos de la almadraba, la cabellera de oro sujeta en Toledo con dos cintas blancas de hiladillo.

¡Ah, tiempo amigo, tiempo calmante, tiempo bienhechor, mago que conoces los anhelos de los hombres y tienes en tu poder la llave de su ventura! Ahora, Constancia sonrío, y sus ojos azules que parecen posarse sobre el Arlanzón y contemplarle rendido a los pies del castillo que destaca su atalaya en el altozano más prominente de la ciudad, sus ojos azules no contemplan el río ni el castillo ni los torvos y ceñudos rostros de los condes castellanos en la Puerta de Santa María. Los ojos de Constancia tienen realmente delante de sí la imagen de aquella buena mujer, ya muerta, a la que Constancia quiso como madre en la posada del Sevillano.





LEOCADIA

«Poco tardó en salir Leocadia, y dar de sí la imprevista y más hermosa muestra que pudo dar jamás compuesta y natural hermosura.»

(CERVANTES. — *La fuerza de la sangre.*)

«Venía vestida—sigue contándonos Cervantes—por ser de invierno, de una saya entera de terciopelo negro, llovida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes; sus mismos cabellos, que eran luengos y no demasiadamente rubios, le servían de adorno y tocas, cuya invención de lazos y rizos y vislumbres de diamantes, que con ellos se entretejían, turbaban la luz de los ojos que los miraban.»

¿Vislumbres de diamantes? ¿Saya llovida de botones de oro y perlas? ¿Cabellos largos y no muy rubios? ¿Ojos negros, muy negros tal vez, que nos miran con fijeza destacándose del fondo gris de un lienzo? Esa figura... ¿dónde hemos visto nosotros esa figura? ¿En la galería de los Gonzagas en Mantua, en la pinacoteca de Milán, en los

museos de Florencia, en una estancia sombría de algún viejo palaciotte romano? No, no. Esa figura la hemos visto en España. ¿En el Prado, en una capillita obscura de Talavera, de Illescas, de Toledo, de Valladolid? No sabremos responder a ciencia cierta.

Leocadia ha sido antes madre que esposa, no por artes torpes de lascivia, sino por rigores de la mala estrella.

Recogida ha vivido en su casa de Toledo, cerca de la iglesia mayor, algunos años. Apenas recuerda Leocadia de la noche fatal otra cosa que los damascos rojos de la estancia maldita, vistos al resplandor de una luna clara. No conserva de sus amores forzados sino un Crucifijo ricamente labrado en plata. Luego vinieron la soledad, el silencio, la reclusión casera para que nadie se diera cuenta de la deshonra, los lamentos de los ancianos padres, los primeros vagidos del pequeñuelo.

Fuera de Toledo, ha mamado la criatura, rubia y bella como el mismo sol. A su lado lo ha reclamado por fin Leocadia. Ante Luisico no sabe la madre si sentir o alegrarse de su desgracia. Acaricia a su hijo, le mimas, juega con él en todo momento y sazón. Y vive prisionera de las dulces cadenas de los bracitos infantiles, besa frenéticamente la bolita mantecosa de sus carnes, hunde sus miradas tristes en la azulez tranquila de las pupilas de su hijo, e inventa para él toda suerte de mimos, arrumacos, fiestas, caricias y zalemas.

Leocadia es casi feliz. Los ancianos padres embobados están también con el nietecico. Crece talludo y rollizo el

buen mozo, impetuoso y alegre. En la mansión honrada de Leocadia, quien trajo la desventura aportó también la alegría, y los callados y sutiles goces de la maternidad, que no pueden manifestarse a la luz del sol, indemnizan a Leocadia de los atroces recuerdos de aquella noche en que fué raptada por un atrevido y poco cristiano mancebo, que la abandonó en la calle, después de haberla forzado en la estancia roja, cubierta de ricos damascos.

Algunas diligencias ha querido hacer Leocadia para averiguar el nombre y calidad del padre de su hijo. Diligencias son éstas peligrosas siempre y expuestas a las mordeduras de la honra. Sus padres han logrado disuadirla de su propósito. Caminos tiene la vida, que suelen llevarnos, cuando más enfrascados y sumidos nos trae el afán diario, a los más extraños y nunca vistos sucesos.

La vida que fué tan dura para Cervantes y tan agradable para casi todas las heroínas de su fértil y nunca exhausto ingenio, ha de colmar las naturales impacencias de esta singular doncella madre: que la doncellez no se pierde por fuerza, sino de grado y voluntad, como es notorio y razonable concepto.

Pero sigamos con nuestros escarceos y glosas en torno a las mujeres cervantescas.

Luisico es un niño adorable. A los siete años es un lucido precursor de los niños prodigios en que somos tan fecundos los españoles, ya que a tan tierna edad Luisico, lejos de andar en juegos y solaces, hace formada y

muy buena letra, lee latín y parla el romance con elegancia.

Un día que sale a un recado es atropellado y herido por un caballo de carrera que a todo galope se desboca. Un caballero principal recoge al herido y le lleva a su casa, maravillado y suspendido de la semejanza que tiene la criatura con un su hijo que a la sazón corre aventuras por las feraces tierras de Italia. Consternación de Leocadia y de los abuelos que acuden solícitos a la casa del caballero, donde se ha recogido a Luisito. Sospechas de la madre de que la estancia donde curan a su hijo es la misma donde ella fué villanamente burlada. Sus recuerdos son ahora exactos y precisos; la ventana del aposento da a un jardín; los damascos han desaparecido, pero no el lecho ni el escritorio donde se guardaba el Crucifijo que ella recogió «no por hurto ni devoción, sino llevada de su oculto designio».

Comienza a esclarecerse el misterio. El caballero que ha recogido a Luisito es el padre del seductor de Leocadia, esto es, el abuelo del niño.

La esposa del caballero, Doña Estefanía, ganada de la discreción y garbo de Leocadia, oye de ésta el relato de sus desventuras, con tal exactitud contadas y recordadas, que la buena señora quiere ponerlas pronto y agradable remate.

El mancebo ha vuelto a España, luego de haber gustado las delicias de Nápoles y de Roma, de Florencia y de Bolonia, ansioso de concertar matrimonio con una doncella de su raza. Al llegar a Toledo y entrando en casa

de sus padres, contempla a Leocadia ataviada del modo que hemos referido, con saya de terciopelo, botones de oro y collares de diamantes. Asombro de Rodolfo—que así se llama el mozo—olvidado de la antigua villanía que cometió. Y bodas, las bodas de siempre, las inevitables bodas que solazan a Cervantes, las venturosas bodas que acaban con las desventuras que pare la fantasía del novelista, ya que las desdichas corrientes y molientes del andariego Miguel no tienen arreglo ni parecen tenerlo nunca.

Grandes son el optimismo, la expansión vital, la fuerza creadora, la sugestiva evocación que atesora Cervantes al trazar estas figuras tan españolas, tan *actuales*: Leocadia, Esperancica, Constanza, Preciosa.... Así se consuela nuestro héroe de los crudos desengaños de la suerte. Unos tienen dinero, aplauso, renombre de doctos, prebendas, oficios pingües; Miguel no tiene otro escudo para defenderse que su ingenio. Pero es un ingenio plebeyo. No es como Lope, no es como los Argensolas, Miguel. Es un ingenio lego, limpio de citas indigestas y de sabias acotaciones eruditas; es un pobre juglar Miguel que solamente regocija a los pajes en las antecámaras.

¡Y sin embargo...! Y sin embargo, no hay escudo más fuerte para defenderse que el ingenio, ni castillos más inexpugnables que los castillos del espíritu. Me place imaginar a Cervantes acariciado por estas tiernas doncellas en sus horas de insomnio y de amargura; me place soñar cómo le sostienen, cómo le miman, cómo le besan en los más rudos combates de la adversidad. Y cuando Lope compra y alquila las caricias de las hembras más

alegres de la corte, nuestro pobre soldado, nuestro mísero recaudador de tributos y de gabelas, sabe vengarse—con la limpieza y amplitud soberanas de su espíritu—de las burlas del tiempo que pasa y de los contratiempos que se quiebran y embotan entre las mallas de su bondad.





LA GENEROSA

«Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos... señales claras por donde, en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana y no se engañaron en nada.»

(CERVANTES. — *Rinconete y Cortadillo.*)

Sevilla, casas blancas, cielo azul. El río ancho y navegable, lleno de galeras y con gente de flota. «Casa no muy buena, si no de muy mala apariencia.» Patio enladrillado, reluciente y limpio; patio de Monipodio. Entremos, amigos, en esta cueva de malandrines, descuideros, bravos, ladrones y mujeres de casa llana. Pronto ha de recibirnos el ministro mayor de tan esclarecida cofradía. Mientras llega el besamanos, curioseemos atentamente este palacio peregrino; Miguel de Cervantes nos servirá de guía.

En un lienzo del patio enladrillado hay un banco de tres patas; frente al banco, un cantarillo descascarillado con un jarro encima. Una estera de enea cubre el centro

del patio y sobre la estera luce una maceta de albahaca.

El patio se comunica con dos salas bajas, singularmente alhajadas y adornadas. Dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho cuelgan de cuatro clavos de la pared; un arca grande sin tapadera se divisa en un rincón; unas estereras desportilladas y harto sutiles y transparentes decoran el pavimento. Y para que lo religioso se mezele y confunda suavemente con lo profano, hay en la pared, frontera a la de los clavos, una imagen de Santa María, tosca, vulgarota, «destas de mala estampa», y debajo una esportilla de palma. Junto a ella, encajada en el muro, se destaca una jofaina o almofía blancuzca. La esportilla parece un cepo de limosna y sospechamos que la almofía hace las veces de pila de agua bendita, para que mojemos la yema de los dedos, antes de impetrar auxilio de la misericordia de la dulcísima madre de Dios.

Mientras nosotros hemos curioseado el extraño aspecto de esta casita, han entrado en ella dos mozos vestidos de estudiantes, dos devotos, un ciego, dos espantapájaros con gafas, una vieja halduda, dos bravos de mostachos terribles y el velludo, cejijunto y barbinegro Monipodio. Todos estos tipos extraños han prescindido de nuestra presencia y no se han dignado cambiar con nosotros saludos ni reverencias. Después, jadeante y sin aliento, ha entrado en el patio un muchachito ágil, de mirada viva e inteligente, previniendo a la respetable comunidad de la sorpresa que parece prepararles el alguacil de vagabundos.

Pero he aquí dos mozas de rompe y rasga, llamativas, alegres, jacarandosas y burlonas, que nos salen al encuen-

tro con algazara. Llevan «afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos». Correspondiendo a nuestro saludo, nos llaman morenicos y gentiles. Las mozas nos dicen que responden por la Generosa y la Escalanta, y nosotros las consideramos, desde luego, como ornamento y flor del mujerío llano y sin pretensiones en la alegre y desenfadada Sevilla.

La Generosa es mejor moza que la Escalanta; fijémonos en ella, que no es damisela que rehuya miradas atrevidas ni se ofenda de requiebros equívocos.

La Generosa tiene hermosos ojos negros, llenos de desvergüenza y alegría; se cubre con medio manto de anascote; habla ceceosa, atropelladamente. Lleva los rollizos brazos al aire, adornados de cardenales y de otras manchitas verdinegras y rojas, y al aire lleva también otras prendas desarrolladas y elásticas, que son mejor para adivinadas que para vistas. La cara es morena, negros y ensortijados los cabellos, la voz áspera y quebradiza, y los ademanes resueltos y muy vivos.

No conoce encogimiento ni timidez la Generosa. Se acaricia los cabellos constantemente con la diestra, juega con arrogancia los brazos, y los ojos, en constante movimiento, acentúan o desvanecen la intención de los vocablos de la moza.

La Generosa, después de cambiar con nosotros breves palabras, se ha dirigido con los brazos abiertos a uno de los bravos, acariciándole y festejándole entre burlas y veras. No nos sorprendamos; aquí, en el patio de Monipodio, nadie se sorprende de nada, y escuchemos las risas de la

buena moza, que quiere yantar con tan agradable compañía.

Por el patio se ha extendido la esterilla de la sala, a guisa de mantel. Los ladronzuelos y las mozas se han sentado en derredor de la estera. Una bota de vino ha surgido de las entrañas de una canasta mágica, y la vieja halduda ha besado con todo reposo la cazoleta de la bota, mientras la Generosa, silenciosamente, va embaulando en su estómago cangrejos y más cangrejos, camarones y más camarones, sin olvidarse de regalar a su bravo de turno aceitunas y tajadas de bacalao.

El yantar se ha interrumpido bruscamente.

Una furia del infierno, de cara picada y variolosa, deslenguada y afrentosamente fea, entra en el patio diciendo de su galán ausente que es un desuellacaras, ladrón, piojoso y otras lindezas. Gran algarabía entre las mozas; la Generosa, haciendo guiños a su bravo, tan pronto se burla como parece compadecerse de la Cariharta, que tal es el nombre de la recién llegada.

Presto se declara partidaria la Generosa de los amantes que ventilan a golpes sus diferencias de amor; su tristeza pasiva de ramera—a pesar de la alegría atropellada y violenta en que quiere atrincherarse—confunde las coces con las caricias y las ternezas con los castigos. La Generosa ama en el hombre la fuerza, la energía, la sequedad afectiva, el arranque primerizo, la iniciativa tal vez, y en su triste oficio gusta de los golpes, que ellos embotan el espíritu y adormecen la conciencia.

Continúa el banquete. No cesa de comer la Generosa, sabedora de que el hambre hace más estragos en las mo-

zas que la misma liviandad. Va cediendo el enojo de la Cariharta; llega el amante de la enojada moza; la Generosa envidia acaso el sino de su compañera que ya prepara la reconciliación. Estómagos hartos; danza. La Escalanta se descalza un chapín, tañendo en él como en un pandero; la Generosa, luego de acariciarse sus cabellos fuertes y ensortijados, rasga una escoba de palma, acompañando al tañido seco y rápido del chapín; los bravos se solazan; la Cariharta—¡oh, las querellas de las mozas del partido!—ya se hocica con su amor; Monipodio, con grave continente, lleva el compás de la contradanza, y todo es ruido, estrépito y bullicio en esta famosa mansión de la hidalguía.

La Generosa tira la escoba. Escupe. Pone los brazos en jarras. Oye requiebros bárbaros y los devuelve con la natural desvergüenza. Echa atrás su medio manto de anascote y canta con el mismo ritmo de la Escalanta:

*Por un morenico de color verde
¿cuál es la fogosa que no se pierde?*

Risas, chancetas. Todos sabemos que la Generosa se pierde por cualquiera. Por un morenico verde y aceitunado. Por un rubio con bigotillos de azafrán. Por un barbilampiño de los muchos que en esta alegre ciudad de Sevilla cambian de cortejo con más frecuencia que de camisa. Por un bravucón de mostachos fieros y cejas cerdosas, mandíbulas terribles y hocico saliente. Por un barbilindo de voz atiplada y ademanes mujeriles. ¡Zape! Todos sabemos que la Generosa se pierde por cualquiera.

¡Pobre Generosa! Las tajadas de bacalao frito, las aceitunas, los camarones, el vino trasañejo de Guadalcanal, han hecho áspera y quebradiza tu voz; el albayalde y los afeites han acartonado tus pobres carnes de cortesana; el trato de los bravos, la tutela de Monipodio, las burlas y golpes con que responden a tus caricias fingidas y automáticas los Maniferros, Chiquiznaques y Repolidos de toda laya te han convertido en bestia pasiva, en mula de carga, que no sabe quejarse y que suspira por la tralla del arriero.

Sevilla, casitas blancas, jirones de cielo intensamente azul. Sevilla, prado de San Sebastián rumoroso y alegre, río ancho y navegable lleno de galeras y con gente de flota, manchones cárdenos de olivares, torre graciosa de la Giralda, celosías y ventanas adornadas de flores. Descuideros, ladrones, mozas del partido; la Generosa cantando seguidillas desvergonzadas... Miguel de Cervantes pasó días amargos, tristísimos en Sevilla; la tradición nos cuenta que un buen hombre del pueblo, que un excelente mesonero, fué el más desinteresado y fiel amigo de Miguel. Aquí, en estas agudísimas páginas de *Rinconete y Cortadillo*, volcó Cervantes toda su amargura de trashumante y andariego. Toda España era un patio como el de Monipodio; los Chiquiznaques y las Carihartas, los Maniferros y las Escalantas, los Repolidos y las Generosas, mostraban por todas partes la carroña de su desvergüenza y osadía. Advertid también que las tajadas de bacalao frito, las naranjas, las sabrosas aceitunas, mueven a Cervantes a exclamaciones de gozo...



LEONORA

«Leonora andaba a lo igual con sus criadas, y se entretenía en lo mismo que ellas, y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas y en otras niñerías que mostraban la llaneza de su condición y la terneza de sus años.»

(CERVANTES. -- *El celoso extremeño.*)

Leonorcica apenas se ha dado cata de sus bodas. Ha salido de casa de sus padres sin grandes alegrías, pero también sin grandes tristezas. Encerrada ha vivido siempre de soltera por el buen parecer y encerrada sigue viendo ahora en casa de su marido Felipe Carrizales.

Leonorcica no ha conocido el amor nunca, ese idolillo bobo que huye de nosotros cuando le llamamos y que se cuele de rondón en nuestra vida cuando nos guarecemos de sus flechas en la roca de la soledad. Para Leonorcica el amor ha sido siempre cosa de juglares y fantasía de poetas sin realidad alguna; argumentos de libros de caballerías y de romances de ciegos en las ferias. Su corazón ha latido siempre rítmica y acompasadamente.

No, no ha sabido Leonoreica de sobresaltos, de risas alocadas y nerviosas, de pesadumbres hondas, de sueños que nos transportan a una región azul, de dolores callados y humildes que se avergüenzan de salir a la plaza pública. No ha conocido Leonoreica el amor... Vive en Sevilla y no sabe apenas las calles de Sevilla; las ha visto de madrugada, envueltas en una neblina azul, cuando alegres campanas de monjitas tañían a la misa del alba.

No ha gozado la gentil casada de la alegría, de la gracia, del profundo encanto de su ciudad. Ha vivido siempre como una monja. Oraciones, ayunos, lecturas de libros devotos donde se pintan con vivos colores las penas infernales han alternado con sus quehaceres de cocina y de labor. Candorosa y simplemente se ha criado Leonoreica. Su experiencia matrimonial no ha podido ser, por otra parte, más sosa ni desabrida. Sus padres decidieron la coyunda, y ella obedeció a sus padres. No traía el galán acopio de ilusiones, sino carga de años; era un indiano el galán. Desde el principio, sus caricias estuvieron reglamentadas, y sus palabras fueron dichas sin excesivo calor. Felipe Carrizales era ya viejo.

Pródigamente había disipado Felipe su juventud y su patrimonio en Flandes y en Italia. Al encontrarse sin arrimo, embarcó para las Indias y de ellas trajo una fortuna que deseaba mantener con avaricia y con tesón. Pasando un día por la calle, vio a Leonoreica, habló con sus padres y la pidió por esposa, dotándola en veinte mil ducados. Hízose la boda, y Leonoreica desde entonces, no

ha vuelto a pisar más la calle. «La mujer casada, la pier-
na quebrada y en casa.»

Con ser casada Leonorcica, su conocimiento de las cosas del mundo es tan limitado como el de la más ingenua doncella. No entran jamás varones en su casa. Su saya rayada y su ropilla de tafetán han sido dichosamente trocadas en lindos y primorosos vestidos. Cuatro esclavas blancas y dos negras componen la servidumbre. La casa está llena de ricos tapices, doseles y estrados. Las ventanas que dan a la calle han sido tapizadas, cerrada la casa-puerta y levantadas las paredes de las azoteas. Felipe es harto celoso y no quiere que ojos extraños contemplan la beldad de su esposa.

Leonorcica se ha ido haciendo a la dura prisión. Con sus ayas y criadas se divierte cándidamente, comiendo toda suerte de golosinas. Acostumbrada a encoger los hombros, a bajar la cabeza, a obedecer ciegamente, no tiene más voluntad que la de su marido. Es pacífico Felipe; su pasión no tiene grandes complejidades ni recovecos; la niña le quiere como quieren los pequeñuelos a los que les complacen en sus antojos y caprichos.

Con sus golosinas, con sus juegos de muñecas, con otras niñerías y pasatiempos que muestran «la terneza de sus años», Leonorcica, que no ha conocido otras existencias más azarosas y sobresaltadas, que siempre ha vivido pacífica y caseramente, juzga que el matrimonio no es otra cosa sino el cambio de señor y dueño, la exhibición ante las ayas de los dijes, joyas y preseas, y el arte de regalarse y tocarse con mayor cuidado y esmero que de

soltera. Así, Felipe vive contento, y Leonorcica vive satisfecha, con sus deseos colmados y sus pequeñas vanidades satisfechas.

Ningún disgusto turba la placidez de este matrimonio. El viejo y la niña no han tratado nunca de comprenderse y por eso, tal vez, se estiman. Solamente los padres de Leonorcica entran en casa de nuestros amigos. Los domingos y fiestas de guardar, acompañan a su hija a la misa del alba. Durante la semana, Leonorcica platica con las ayas, luce vestidos nuevos, goza a su contento de los placeres de la mesa y se ufana de la opulencia de los bienes de Felipe, que ningún antojo sabe negarle.

Nadie conoce en Sevilla a nuestra Leonorcica, pero como es bella y primorosa, no sé qué calidades tiene la hermosura, que no sabe ocultarse del todo nunca, ni aun en la más estrecha mazmorra. Los virotes, que cazan las piezas del amor a salto de mata, han olido la rosa que con tanto celo oculta Felipe Carrizales a las miradas de los profanos.

Loaysa, un galán atrevido, ha logrado penetrar en la casa del celoso viejo. No contemos ahora menudamente las tretas y subterfugios de que se ha valido el mancebo; nuestro Cervantes las refiere donosamente en *El celoso extremeño*. La dueña Marialonso—a la que consagraremos más adelante, como homenaje a sus virtudes, una mención especial—encarece a Leonorcica las buenas prendas del mozo, comparadas con los alifafes y reumas del buen Felipe. Ocurre lo que tiene que ocurrir. Leonorcica falta a la fe jurada; Felipe enferma de la afrenta, y en la

hora clarividente de la muerte, ruega a su esposa que torne a casarse con un mozo de sus años. Leonorcica, desoyendo las advertencias de su marido, ingresa en un convento de monjas al quedarse viuda, joven, rica y libre.

Confesemos que no nos indigna demasiado la falta de la muchacha ni nos duele cosa mayor la trágica afrenta de Felipe. La vida tiene una lógica que vive y se desarrolla fuera de nosotros. Hay sucesos que se dan fatalmente, inexorablemente, que no dependen de nuestra voluntad ni se sujetan a nuestras ideas.

No casemos doncellas con viejos ni donceles con hembras añosas y quebrantadas por el tiempo. La timidez, el recato, la honestidad mejor guardada, la promesa mejor garantida caerán con estrépito ante las tentaciones de la osadía y las gratas sorpresas de lo desconocido; la impaciencia y fogosidad de los mancebos saltarán sobre los muros grietosos que los años han ido carcomiendo lentamente.

No seamos celosos; no pongamos guardianes a la honestidad si nosotros voluntariamente no sabemos guardarla ni defenderla. No confundan los ancianos a sus tiernas esposas con enfermeras nacidas para curar sus alifafes, reparar sus grietas y acallar sus dolores y pesadumbres; no quieran encadenar las viejas a sus donceles entre las mallas de sus caricias, que son molestos los besos que no se demandan y odiosos los juramentos que se repiten mucho.

El amor es egoísta. En su historia no hay jamás pasado ni futuro, sino presente. Caprichoso y paradójico,

huye hoy de lo que ayer buscó para adorar mañana lo que hoy odia y aborrece. No culpemos del todo a la dueña Marialonso del desliz de Leonoreica; no hagamos caso de las exculpaciones un poco capciosas de la gentil moza, que ha pecado como Eva, por curiosidad. Por curiosidad y un poco por instinto de naturaleza. ¿Qué mejor disculpa para nuestros actos que la curiosidad, madrastra del pecado desde los tiempos bíblicos del Paraíso?





ESTRELLA

«Sucedió que en este tiempo llegó a aquella ciudad (a Salamanca) una dama de todo rumbo y manejo.»

(CERVANTES. — *El licenciado Vidriera.*)

Cervantes no quiere decirnos cómo se llama esta dama que aparece por las páginas de *El licenciado Vidriera*, pero nosotros sabemos que se llama Estrella.

Vive Estrella en la calle de Pan y Carbón; el mes pasado vivió en la de Boneteros; su primera instalación, recién llegada a Salamanca, fué en el Parador de los Toros. ¿De dónde vino Estrella a Salamanca?

Un denso misterio envuelve el pasado de esta linda y desenfadada señora. Mientras ella afirma que viene directamente de Flandes y de Italia, maliciosos hay que aseguran en Salamanca que no ha pasado de Valladolid. Estrella conoce a los poetas y dice con voz suave y regalada

bellas canciones en toscano. Habla de Gante y de Amberes, de Florencia y de Bolonia; se perfuma con esencias penetrantes y viste con tanta elegancia como sencillez. Recibe en su casa a estudiantes y profesores, y en ella se platica de amor con ingenio y donaire. Estrella, muy sagaz, va enhechizando a sus amigos con el fuego constante de sus ojos garzos, con su plática llena de incisivos y malicias, con la elegancia de sus vestidos, con el atuendo y esplendor de su morada.

No conocemos mujer que encubra sus deseos y propósitos con mayor perfección que Estrella. Sus amigos parecen amantes, y sus amantes parecen amigos. En esta pequeña ciudad, donde todo se comenta y de todo se murmura, se forman las más extrañas cábalas y suposiciones en derredor de Estrella; pero la moza se las compone de tal suerte, que ninguna leyenda sobre su persona es aceptada con unanimidad y sin recelo.

No parece tener Estrella el corazón interesado por nadie ni por nada; sus miradas rápidas y burlonas resbalan sobre los hombres, dejando en ellos una estela liviana y pasajera. Y sin embargo... Y sin embargo, Estrella ama de amor a Tomás; al estudiante pobre que llena los estudios con el renombre de su ingenio; al muchacho inquieto que ha llegado de Italia para reanudar sus glosas y comentarios en los estudios salmanticenses. Estrella ama de amor a Tomás Rodaja y, con los recursos de su experiencia harto abundante en torno a las flaquezas y veleidades varoniles, pone estrecho cerco al corazón de nuestro licenciado.

En el asalto amoroso, dígase lo que se quiera, es la mujer la primera que bruñe sus armas preparándose para el ataque.

No hay recurso, por deleznable y subalterno que parezca, que no emplee con eficacia la mujer en estos menesteres. Jamás se entrega sino a medias. Solicitando una deferencia, parece responder a ella de mala gana. Demandando con apremio una caricia, obra de tal manera que no se atreve a otorgarla, sino, cuando vencedora, adopta la actitud de vencida.

No se enfaden con nosotros las mujeres que nos lean porque nos atrevamos a señalar aquí los signos más conocidos de su estrategia amorosa. Desde que Estrella se propuso enamorar a Tomás, trayéndole a su casa, procuró despertar su voluntad dormida con toda suerte de alusiones discretas y veladas a su talento; nadie más vanidosos y pagados de sus excelencias que los sabios. Mohines, gestecillos, pláticas gustosas, frases desabridas y frías sobre la calidad de los amigos. Incomprensiones de que era víctima su asendereado corazón de jamona, sed ardiente de ideales que anhelaba su corazón: de todos los recursos se valió Estrella para enamorar al estudiante.

Cuando ya le vió encandilado y lleno de interés, se mostró despegada y recelosa. Tomás seguía con curiosidad las altas y depresiones del corazón de Estrella; en la calle de Pan y Carbón estaba casi todas las horas del día. La misteriosa juventud de la moza se entenebrecía más y

más a medida que ella quería iluminarla con la lumbre de sus recuerdos.

Unos días aparecía solícita y abandonada; otros se encerraba en el silencio más huraño y ofensivo. La timidez de Tomás Rodaja—timidez de sabio pobre—lejos de alentar a Estrella, deshacía sus planes más atrevidos que en amor son siempre los más razonables.

Pronto fué Tomás el despegado, el hurañote, el seco y el olvidadizo; sus deserciones de la casa de Estrella comenzaron a ser frecuentes e intolerables sus faltas de memoria.

Como en un potro de tormento, pasaba Estrella sus horas lejos del mancebo.

Tomás redoblaba, a cada instante, su frialdad y hurañez. Estrella acudía al expediente de los celos, y Tomás no se daba por enterado.

Dama de rumbo y de manejo Estrella, como hemos dicho, o lo que es igual, cortesana encubierta y cautelosa, no hubo mozo en Salamanca que no tratara de rendirla. Para encender el fuego en el corazón del estudiante, Estrella se dedicaba a mostrar en público otras privanzas y amistades.

«Viéndose desdeñada, y a su parecer aborrecida—escribe Cervantes—acordó de buscar otros modos más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos.» No hubo vieja ni hechicera que no consultase la moza en esta dorada ciudad de la geomancia, de la hidromancia, de la piromancia, de la aeromancia, de la necromancia y de la astrología judiciaria.

La marcha de los astros desbarataba, sin duda, el cumplimiento de los amorosos anhelos de la moza.

Todos sabéis que Salamanca ha sido siempre fecunda en magias y hechicerías. La sombra de Don Enrique de Villena y del Marqués de Santillana sigue proyectándose en esta ciudad. Una morisca prometió a Estrella eficaz y saludable remedio para sus desventuras. Con un membrillo toledano, relleno de hierbas, había de seducir Estrella el corazón del licenciado. Logró Estrella que lo comiese Tomás; mas de pronto comenzó éste a herir de pie y de mano y a decir, con voz temblona y atolondrada, que el tal membrillo le había muerto. Anduvo la justicia en el suceso, y Estrella, temerosa de afrenta y de castigo, se puso a buen recaudo «y no pareció jamás».

No pareció jamás por Salamanca Estrella. Ni de su nombre quiere acordarse Cervantes. Muy pocas líneas le bastan a Miguel para señalar el paso de la guapa y arriacada mujer por Salamanca. Su huella queda, sin embargo, en el espíritu de Tomás. Da en la flor de imaginar que su cuerpo es de vidrio después de la aventura del membrillo toledano.

Certifica Cervantes de extraña locura la manía de nuestro licenciado. ¿Por qué? Después de estas hondas catástrofes de amor con las Estrellas que nos salen al paso, ¿no somos de vidrio real y verdaderamente? ¿No tenemos el corazón acorchado y embotada y entumecida la sensibilidad? ¿Podemos asegurar que si Tomás no quiso a Estrella

teniéndola al alcance del deseo, no cambió de parecer desde el punto y hora en que ella desapareció para siempre de Salamanca? ¿Hay algo más absurdo, más contradictorio, más desconcertante, que el corazón de un licenciado?





ISABELITA

«Estívola la reina mirando por un buen espacio, sin hablarle palabra, pareciéndole, como después dijo a su camarera, que tenía delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traía, su bello rostro y sus ojos el sol y la luna, y toda ella una nueva maravilla de hermosura.»

(CERVANTES. — *La Española Inglesa.*)

A todas horas piensa en su novio Isabela, Isabelita, que antes de dos años ha de recibirle por esposo y señor natural de su albedrío. La belleza de Isabelita, tan lozana, tan fresca, tan ingenua, aumenta por instantes.

Así como los graves quebrantos del entendimiento rinden y deforman el cuerpo, apagan el fulgor de los ojos y arrugan y marchitan la piel, así también la esperanza del amor, el constante y no interrumpido pensamiento sobre el objeto amado, el deleite anticipado de la ventura soñada, convierten lo feo en hermoso y lo hermoso en her-

mosísimo. No hay muchacha más linda que Isabelita, que lleva los amores en el semblante y la ventura en el pecho.

En presencia de la reina de Inglaterra, la niña gaditana da de sí «la más hermosa muestra que pudo caber en humana imaginación». «Era la sala del trono—continúa Cervantes—sala grande y espaciosa, y a dos pasos se quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela, y, como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella o exhalación que por la región del fuego en serena y sosegada noche suele moverse, o bien así como rayos del sol que al salir el día, por entre dos montañas se descubre: todo esto pareció, y aun cometa que pronosticó el incendio de más de una alma de las que allí estaban, a quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela.»

La metáfora de los rayos nos hace sospechar que son dorados y rubios los cabellos de Isabelita y que sus ojos despiden el más vivo y mágico fulgor que puede describirse.

Lindamente ataviada y compuesta se muestra Isabelita en público. La protección de Clotaldo y Catalina, nobles señores del Reino Unido, el cariño y afecto entrañables que sienten hacia Isabelita han aumentado ante la pasión de amor que la profesa el hijo de ambos, Recaredo.

Repasad estas extrañas páginas de *La Española Inglesa*; asistid al juramento de amor de Isabela y Recaredo; releed la insólita manera de tornar a ver la niña a sus padres, después de larga ausencia; venid con ellos a Sevilla; seguid sus pasos hasta el momento en que se muestra solícita y liberal la fortuna con Isabelita.

Isabelita vive en Sevilla junto al convento de Santa Paula. Hay junto al convento una plazoleta silenciosa y tranquila; hasta casa de Isabel llega el rumor de los cantos nasales y monótonos de las monjitas. En el convento vive una prima de Isabel; no hay monja de voz más peregrina y deliciosa que la prima. A todas horas platican las dos parientas; de deliquios místicos y de purísimos arrobos la esposa del Señor, de sus amoríos y esperanzas Isabelita. Nunca atraviesa nuestra doncella el río, ni pasea por Triana, ni se confunde con las gentes en la puerta de Jerez; su contentamiento está dentro de ella misma y no hay placer más sabroso que el de rumiar para adentro la callada dicha.

Isabelita espera al caballero inglés que ha de ser su marido; cuenta los meses, los días que faltan para expirar el plazo; no comunica sus esperanzas sino a su prima.

El amor hermosea cada vez más el rostro de Isabelita. La tranquilidad de su espíritu se espeja a maravilla en los ojos negros y dulces, en la suavidad y sosiego de sus maneras, en la dulzura de su voz y en el despejo y viveza de su mente. Cuanto más huye Isabelita de los requiebros y cortejos de la gente moza de Sevilla, más se empeñan los galanes en festejarla con músicas y otros amorosos pasatiempos.

Recaredo, su novio, no le escribe; año y medio ha transcurrido ya de ausencia. El corazón de Isabelita comienza a sobresaltarse ante la fatiga de la esperanza. La niña urde los más extraños pretextos para justificar la ausencia del que ha de ser su esposo; cuando llegue a Sevilla

Recaredo, Isabelita le reñirá para perdonarle en seguida. Deleitoso ha de ser el noviazgo que preceda a la boda de nuestros amigos. Y en los momentos en que la fe quiebra ante la duda y la desesperanza, Isabelita se llega a la iglesia de Santa Paula, y postrada de hinojos ante un Cristo amoratado y llagado, pídele consuelo para sus cuitas y pronto remedio para los males de amor que abrasan y destrozan el corazón de la doncella.

Un mensajero llega de Londres a Sevilla con una carta de Catalina, la madre de Recaredo. Temblando la coge Isabelita entre sus manos. Recaredo ha muerto en Italia, a manos del conde Ernesto, un pretendiente despechado de Isabelita. Serenamente recibe la noticia la doncella; haciendo un esfuerzo sobrehumano, sin derramar una sola lágrima, entra en su oratorio, se postra de hinojos ante una imagen y hace voto y promesa de ser monja.

Ha comenzado ya sus ejercicios y devociones la doncella; ahora ya no sale del monasterio de Santa Paula, Isabelita; con la prima platica del divino amor.

Ha llegado el momento de tomar el hábito; Isabelita se viste para honrar sus desposorios celestiales con su traje más rico; lleva la saya entera de raso verde acuchillada con que se presentó a la reina de Inglaterra; forrada de oro está la saya. Unas eses de perlas señalan las cuchilladas de su vestido. La puerta del monasterio está llena de gente principal y rica, invitada a presenciar la ceremonia. Isabelita sale de su casa acompañada de los padres, parientes y amigos. Al abrirse las puertas del monasterio y aparecer las monjas con sus tocas, un cautivo trinitario

detiene la comitiva. Es Recaredo, el prometido de Isabelita, que no ha muerto en Italia, sino sufrido cautiverio de los moriscos. Se conocen ambos jóvenes, y la toma de hábitos se trueca en desposorios.

Se ha casado Isabela, Isabelita. El Cristo amorado de las llagas sanguinolentas y de los ojos vidriosos ha perdonado la defección de la doncella. Recaredo renuncia las brumas espesas de su país y vive en Sevilla con su esposa. La ausencia, los extraños sucesos de su cautividad hacen más deleitosa la ventura de Recaredo. Isabelita ha tornado a arrodillarse a los pies del Cristo que venera en su oratorio. Los ojos vidriosos del buen Jesús dijérase que se han iluminado de un fulgor extraño de dulzura. El buen Jesús ha vuelto a confirmar su perdón generosamente.

Isabela, Recaredo, Inglaterra, Cádiz, Cervantes... Estos nombres barajados hallan ecos de evocación en nuestro espíritu. Los nobles Recaredos siguen amando mucho a las lindas Isabelas. Dos siglos después de las aventuras de Isabelita, viene un inglés aventurero e impetuoso a Cádiz a cantar las delicias de las bellas gaditanas. Los ingleses no se han olvidado tampoco de las gentilezas de Miguel. Los conterráneos de Shakespeare tienen cierto aire de parentesco espiritual con nuestro Cervantes. Más que en los llanos de Montiel, ha penetrado Cervantes en los mimosos prados de Escocia, en las brumas del Támesis, en los viejos condados del Reino Unido. Un gesto de piadosa comprensión viene de los mares del Norte hasta la Península, glosando las andanzas del caballero

manchego. «*Los ingleses*—contaba en Argamasilla un morador de la prisión de Cervantes al sutilísimo *Azorin*—*entran aquí y se están mucho tiempo pensando; uno hubo que se arrodilló y besó la tierra dando gritos. ¿No veis en esto el culto*—continúa *Azorin*—*que el pueblo más idealista de la tierra profesa al más famoso y alto de los idealistas?* (1).»

¿Y no es Hamlet hijo de Shakespeare? ¿Y no es Cervantes padre de Don Quijote? ¿Y no son las dudas del pálido príncipe de Dinamarca y los entusiasmos del enjuto caballero de la Mancha el más alto patrimonio de las densas nieblas de Inglaterra y del esplendente sol de nuestra España?

(1) AZORÍN. — *La ruta de Don Quijote*. — Madrid, 1912.





Mas y Fondevila pintó

LA ESPAÑOLA INGLESA



ESTEFANIA

«No era hermosa en extremo, pero éralo de suerte que podía enamorar comunicada, porque tenía un tono de habla tan suave, que se entraba por los oídos en el alma.»

(CERVANTES. — *El casamiento engañoso.*)

Valladolid: pueblo ancho, grande y destartalado que ha sido corte y que ya no lo es. Valladolid: la llanura ancha y amarillenta, apretujando, envolviendo un montón de casas grises; sobre los aleros y tejados, sobresalen torrecillas esbeltas y graciosas. Valladolid: portales y más portales, un palacio real deshabitado y triste; San Pablo, San Benito, San Llorente. Valladolid: morada de Colón, morada de Cervantes; la casa de Miguel es pobre y fea; los bajos de la casa están destinados a taberna...

Valladolid: hambre y donosura, ingenio y pobreza, pueblo que *iba a ser* y que no ha sido. Valladolid: pueblo que empieza y que no acaba; que sueña y se despierta en

lo más deleitoso del sueño. En Valladolid muere pobre el que nos regala un mundo; en Valladolid Miguel tiene querellas con la justicia. Valladolid: la plaza del Ochavo, la llanura tristona, el Pisuerga. Valladolid: mendigos pretendientes, arbitristas, soldados, corchetes, tahures. Valladolid: puerta del Campo, hospitales, bubas, lacerías de amor...

En Valladolid vive nuestra amiga Estefanía; ya tiene cerca de cuarenta primaveras la moza. Sus idealismos trasnochados de jamona de buen ver traen a mal traer a los alféreces y bravos que se ponen a tiro de ballesta.

Lleva Estefanía por la calle un manto que le cubre la cara, dejando adivinar el busto redondo y lleno. Las manos, blanquísimas y bien cuidadas, están enjoyadas con buenas sortijas. Habla con voz suave y adopta el tono lastimero de una palomica herida. No gusta de los requiebros callejeros, sino de las sosegadas pláticas caseras. Así que se la habla de amor, ella gusta de mostrar sus raras prendas de administradora, sus hábitos de ahorro y de limpieza, su fidelidad que llega hasta más allá de la muerte, su resignación y mansedumbre.

Pacata y modosica, prefiere pecar a pasar por pecadora. De sus padres no ha heredado patrimonio alguno, pero ella se las industria de tal suerte que el menaje de su casa vale bien hasta mil y quinientos ducados. Ha sido pecadora y no se ha apartado nunca del todo de la mala senda; pero sus trapisondas están envueltas con tal cautela, que ni los vecinos murmuran ni los ociosos advierten sus manejos y arbitrios.

No son los pecados de Estefanía hijos del deleite, sino de la flaqueza de su condición; ella es generosa y entrometida; cuanto más se esfuerza por idealizar sus pasiones Estefanía, por sublimarlas y limpiarlas de toda ruindad y bajeza, más saben hundirla los galanes en el cieno de la lascivia. Estefanía, como casi todas las jamonas sentimentales y lastimeras de los tiempos que corremos, es una incomprendida. Apañadita y diligente, caza los ducados al vuelo y ama los dijes, cintillos y sortijas con un amor furioso. La palomica de tono lastimero tiene sus uñas y ganchitos de urraca. «Mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala,» es el aforismo que encierra la norma de conducta de la gentil y avisada Estefanía.

No desperdicia cosa alguna jamás nuestra jamona; ella hila su ropa blanca sin encomendarla a tenderos ni lienceros; ella guisa a punto sus yantares sin gastar cosa mayor en condimentos ni especias; las monedas aumentan y multiplican su valor entre sus manos; no hay gallo viejo que no desplume, ni prenda ajena que con una pequeña variación imperceptible no cuadre bien a su persona. Y en esta lucha tenaz y encarnizada por el condumio—que es toda la lucha de España—Estefanía acaba por creer que riñe batallas de amor, sólo comprensibles para su espíritu castigado y zaherido por la desgracia, cuando es el hambre la que convierte el ingenio en necesidad y el presente o regalo en mercancía.

Sus escarceos espirituales, de puro sutiles y complejos, tienen apartada a Estefanía del pequeño mundo que la

rodea. No posee la buena moza noción neta y clara de las cosas. Para sus menesteres particulares se ha forjado un tufillo de grandezas y bienandanzas que no hay más que pedir. Retiene más a los galanes por la codicia que por el deleite. Como sus empresas de amor son siempre elevadas y sublimes, no repara Estefanía en los medios que la conducen a sus deseos. Para pedir ofrece, y urraca de condición como sabemos, se muestra generosa en promesas, ya que no piensa cumplirlas ni rematarlas.

Estefanía ha conocido al alférez Campuzano; con el galán ha concertado la moza una entrevista en la casa de una amiga que hace pasar por su propia mansión. La gallarda figura, el chambergo de plumas y cintillo, el vestido flamante y nuevo del alférez no han parecido costal de paja a Estefanía. Bien pronto se han concertado los desposorios de la urraca con el soldado. En cuatro días todo ha quedado concluído.

Ya viven los esposos en casa de Estefanía. El alférez se ha despojado de la cadena que llevaba al cuello y ha entregado a la esposa hasta cuatrocientos reales para los gastos de necesidad y urgencia. El regalo se ha disipado prestamente. Estefanía ha cambiado de casa, que esta en que vivía ya sabemos nosotros que no era suya. El baúl del alférez es el único ajuar del matrimonio. Al cuartucho mísero y raquíptico de una posada han ido a proseguir su idilio los dos enamorados. Durante una salida del alférez, la urraca se ha llevado en el piquito las existencias del baúl. Y no ha vuelto más por la posada.

El alférez Campuzano pronto se ha consolado del vue-

lo de la palomica. Sus desdichas le han llevado al hospital de la Resurrección, que está cerca de la puerta del Campo y cerca también de la casa de Miguel.

Las desdichas del bravo no logran movernos a lástima; la escapatoria de Estefanía no nos lleva, tampoco, a realizar ciertas diligencias para encontrarla. Estos bravos, estas jamonas son un pedazo de la patria, rozagante por fuera y podrida por dentro.

Valladolid: mendigos, pretendientes, arbitristas, pardillos, hampones, soldados, corchetes, tahures. España: guerras en Flandes y en Milán, armadas invencibles que se desmoronan a la primera furia de los vientos, campos abandonados y estériles, hospitales, pueblos grises, hidalgos de gotera, llanuras desoladas, hambre. Los ojos mirando al cielo, y los pies hundidos en el lodo.

Y sin embargo, nuestra miseria no nos encanalla. Sabemos ser caballeros sin un mendrugo que llevar a la boca; sabemos ser enamorados, y el engaño no nos hace desistir de nuevas empresas y devaneos. Cervantes, oyendo las trifulcas de la taberna, vive apartado de la baraúnda, cerrado con siete llaves de oro en los alcázares de su fantasía. Estefanía, fingiendo sueños de amor que alumbren el atardecer de su belleza, engaña a un alférez que trata de engañarla a ella. La realidad en pugna con el deseo; el deseo más fuerte que la realidad.

¡Honda paradoja la que nos ofrecen las postrimerías del siglo XVI y los albores del XVII! Frailecitos de alma de fuego en los claustros; monjas andariegas en los caminos; pícaros y más pícaros en las ciudades. Junto a las

Moradas, el *Lazarillo*; al lado de la *Noche oscura del alma*, las andanzas de nuestro Don Quijote. La música imprecisa y misteriosa de los cantares del encendido frailecico de Fontiveros; al lado, estas rudas y castizas exploraciones para engañar el hambre del alférez y de Estefanía en *El casamiento engañoso*.





LEONISA

« - En verdad, Ricardo - respondió Mohamut - que si la que has pintado con tantos extremos de hermosura no es Leonisa, la hija de Rodolfo Florencia, no sé quién sea, que esta sola tiene la fama que decís. »

(CERVANTES. - *El amante liberal.*)

Jardín de Ascanio, cercano del mar, según se va por el camino o vereda de las salinas. Mes de mayo, campos floridos y olorosos, casitas blancas, la veta azul del mar allá a lo lejos. Mañanas plácidas y tibias; el ambiente tiene una sonoridad cristalina; las amapolas enrojecen los campos; el agua murmura gratamente en los regatos, a la sombra. Lugar de Trápani, en Sicilia. Muchachas morenas y graciosas cantan a todas horas canciones de primavera; florecen los rosales en los huertos; al campo salen de madrugada los labradores.

Jardín de Ascanio en Sicilia; una tapia de piedra roja rodea la quinta; el agua cae, abundante y rumorosa, en las tazas de mármol del jardín; se columbran montañas azules y se divisa el mar.

Leonisa, la rubia de ojos negros, se solaza en el jardín

de Ascanio junto a Cornelio que por esposo le destinan. Un poco separados de los padres dialogan los prometidos. Ricardo, otro pretendiente de Leonisa, gana el jardín, hiere a Cornelio, se generaliza la refriega, salen a relucir los aceros, y Leonisa cae desmayada de súbito. Los turcos, con su acostumbrada diligencia, rodean el jardín y se apoderan de sus moradores. Cornelio huye, Leonisa queda prisionera de la gente de los remos, y Ricardo corre el riesgo de ser ahorcado por un arráez, que en la refriega ha matado a cuatro de los mejores turcos de las galeotas que penetraron en el jardín.

Ricardo no quiere rescatarse si antes no dejan los soldados en libertad a la doncella. Sufren algún aplazamiento las diligencias para el rescate. Vanse los turcos con Ricardo a tierras de Berbería; sepáranle pronto de Leonisa. Después de bogar el cautivo por los contornos y costas de la isla de Sicilia, llega a Trípoli, quedando a las órdenes del virrey de Chipre, después de extraños y nunca vistos sucesos.

A la vista de las ruinas de Nicosia llora sus tristezas Ricardo, creyendo que Leonisa ha muerto. Lamentándose de sus dolores con un amigo, contempla el cautivo las ringleras de genízaros que dan escolta a Alí Bajá, que acaba de encargarse del gobierno de Nicosia. Vienen unos genízaros con escopetas y otros con desnudos y afilados alfanjes. A la puerta de la tienda de Hazán, gobernador cesante, inclínanse todos con profundas reverencias y zalemas. Comienzan las audiencias de quejas y reclamaciones contra el gobierno que ha cesado, y Ricardo no se

harta de ver un cuadro de tanto color y movimiento.

Uno de los bajaes anuncia al cadí que un judío viejo quiere venderle una hermosísima doncella. Viene la moza vestida con hábito berberisco «tan bien aderezada y compuesta—escribe Miguel—que no lo pudiera estar tan bien la más rica mora de Fez y de Marruecos, que en aderezarse llevan la ventaja a todas las africanas, aunque entren las de Argel con sus perlas tantas.» Cubierto lleva el rostro la moza con un tafetán carmesí. Manillas o carcajes de oro puro rodean las gargantas de sus pies. Los brazos blancos, robustos y maravillosamente torneados se traslucen a través de una camisa de finísimo cendal que lleva puesta la doncella.

Ordena el cadí a la cautiva que se descubra; al caer de la faz el tafetán carmesí que lleva puesto, Ricardo—que ha presenciado la escena lleno de turbación—descubre que el rostro de la esclava no es otro que el de la misma Leonisa.

Ambos bajaes, Hazán y Alí, quedan prendados de la bellísima moza. Ricardo, a quien la insólita sorpresa ha turbado las artes del discurso, permanece arrobado y como en éxtasis. Alí Bajá ofrece por la doncella cristiana cuatro mil doblas; otras cuatro mil doblas ofrece Hazán. Entre ambos magnates de la turquesca gente se entabla en seguida la más sutil querella en torno a la cautiva, que los dos han quedado presos en las tupidas redes de su belleza y gentileza. Alí la reclama con insistencia; pero Hazán, astutamente, sostiene que son de tal calidad las buenas prendas de la cristiana, que en toda razón y justicia debe ser ofrecida al Gran Señor.

Agotados los razonamientos, Alí quiere asegurar la posesión de su presa con el alfanje. El cadí, que también está enamorado de la cautiva, tercia en la contienda de los dos enconados bajaes, disponiendo, con la habilidad que emplean los turcos para conducir a feliz arribada sus negocios, que la esclava sea de la propiedad de entrambos litigantes, quedando en poder suyo hasta que pase a Constantinopla, para solazar y regalar los ocios del Magnífico Sultán de la Sublime Puerta.

Hazán y Alí pagan al judío dos mil doblas cada uno por la doncella, sin contar el vestido—almalafa de paño verde, toda bordada de trencillas de oro—y las joyas que lleva puestas, por las que entrega otras mil doblas el astuto y solapado cadí.

Ricardo confiesa a Mohamut, su amigo, quién es la doncella, y los dos, con todo sigilo y prudencia, quieren sacar partido de la insólita aventura. Leonisa vierte tier-nas lágrimas al pasar del dominio del judío al del cadí. Mohamut, el amigo de Ricardo, es el encargado precisamente de conducir la esclava a la ciudad y de entregarla a la señora Halima, esposa del cadí. En el camino, Mohamut pregunta a la doncella en lengua italiana por su patria y nombre y se convence de que son ciertas las sospechas de Ricardo. Queda Leonisa en poder de Halima. La cautiva no se ha olvidado de Ricardo, de su amor y liberalidad y tiene desdenes para la memoria de Cornelio que no la defendió en el jardín de Ascanio cuando fué apresada de los turcos, ni quiso rescatarla después cuando Cornelio supo su condición de cautiva.

Halima, la esposa del cadí, se ha prendado de Ricardo, y Ricardo se ha puesto al habla con Leonisa. El cadí sigue enamorado de Leonisa y estudia con Ricardo y con Mohamut, que fingen complacerle, el modo de dilatar la entrega al Gran Señor. Lo que sufren Ricardo y Leonisa con estas trapisondas y sutilezas, para no ser descubiertos en sus amorosas y honestas pretensiones, excede de toda ponderación y encarecimiento. Leonisa simula delante de Halima que Ricardo arde en amores por la señora, y Ricardo aconseja al cadí que pronto se ponga en camino para hurtar la cautiva a la codicia de sus enemigos.

El cadí aparea un barco; Halima, Leonisa, Mohamut, Ricardo y buena tropa de esclavos y de siervos acompañan al cadí. Ya están todos en alta mar, fuera de Nicosia. Hazán que se ha dado cata de la astucia, persigue al bajel del cadí, en busca de Leonisa. Al encontrarse los dos bajeles, emprenden la más furiosa batalla. Mohamut y Ricardo, sacando partido para sus fines de la espantosa refriega, logran dar buena cuenta así de los soldados del cadí como de los turcos y corsarios de Hazán. Ayudados de dos sobrinos de Halima, saltando por entre los muertos y apoderándose de sus alfanjes, levantan el bajel y rinden a su antojo la galeota de Hazán. Los remeros cristianos, que ansían la hora de su libertad, ayudan a nuestros amigos. Luego de mil peripecias y peligros, los esforzados vencedores ganan las costas de Sicilia y desembarcan en Trápani. Leonisa y Ricardo se casan al pisar el dulce suelo de la patria.

Este relato de *El amante liberal*, el bellissimo episodio

de Zoraida que leemos en Don Quijote y algunas comedias del peregrino ingenio, son reminiscencias, recuerdos de su cautiverio de Argel. Bellísimas reminiscencias, recuerdos henchidos de vida y amargura que suspenden el ánimo por su justeza y fragancia. Más tarde, cuando tracemos el retrato de la lindísima Zoraida, advertiremos cómo Miguel no solamente sabe relatar con brío las más extrañas aventuras, sino intentarlas y realizarlas, en medio de los mayores peligros y contratiempos.

Digamos ahora que Miguel sabe pintarnos en dos trazos las delicias y bellezas de Sicilia: el jardín de Ascanio, las primeras horas de una tarde fragante de primavera, los prados olorosos y floridos, Leonisa que se solaza en el jardín, columbrando la veta azul del mar.

¡Tierras de Trápani, lamentables ruinas de Nicosia, alfanjes y astucias de la turquesca gente! Este mar Mediterráneo parece acompañar con su ritmo sosegado las deleitosas narraciones de Miguel. Hay en sus relatos la ponderación, la gracia, la majestad, el ritmo, el reposo, la cadencia de estas aguas azules y latinas. Y Cervantes no se cansa de cantarnos este mar, porque sabe que el Mediterráneo nos ha traído, desde Italia, desde Grecia, esta claridad y armonía, esta gracia y majestad, que es patrimonio de una raza de soñadores y aventureros.





LAS DOS DONCELLAS

«Y todos trataron de la grande hermosura y grande disposición del nuevo huésped, concluyendo que jamás tal belleza habían visto; tanteáronle la edad, y se resolvieron que tendría de diez y seis a diez y siete años.»

«Pero lo que más compasión les puso, especialmente a Teodoro, fué ver al tronco de una encina atado, un muchacho de edad al parecer de diez y seis años, con sola la camisa y unos calzones de lienzo, pero tan hermoso de rostro que forzaba y movía a todos que le mirasen.»

(CERVANTES. — *Las dos doncellas.*)

Prima noche. Mesón de la Jerezana que es el más abastecido y principal de todo el lugar de Castilblanco. Bien pronto comienza a anochecer. La torre de la iglesia se perfila sobre un montón de casas claras. Ni un ruido ni una estridencia en el lugar. El azul morado del cielo comienza a tachonarse y salpicarse de estrellitas blancas. En las ventanas aparecen las primeras luces amarillentas y temblonas. El mesón de la Jerezana, un poco apartado

de Castilblanco está sobre la calzada, según se va a Sevilla. Anochece con esa tristeza del día que acaba para no volver más.

Ruido de pasos sobre la calzada; las campanas de la parroquia tañen dulcemente cantando la oración. Un garrido mozo se acerca a la posada, desciende del cuartago, y sin esperar a que el mesonero le tenga del estribo, se arroja de la silla con sin igual presteza. El mancebo se sienta en un poyo y se desvanece de súbito; la mesonera, solícita y diligente, le rocía el rostro con agua, y apenas repuesto, quiere recogerse solo y se dirige a la estancia.

Muy pocos instantes ha visto la gente del mesón al mancebo, y todos ellos—el huésped, la mesonera, el mozo de la cebada y dos vecinos que sentados en el portal se encuentran—le reputan por el más lindo y garboso que sus ojos hayan contemplado nunca.

Diez y siete años parece tener el forastero; los ojos negros, tersa y blanquísima la tez, y redondas y delicadas las partes de su cuerpo como si fueran de tiernísima doncella.

Los del mesón comentan el desmayo del mozo y cada cual sustenta su opinión y parecer, aunque todos están intrigados de la gentileza y poca edad del forastero.

No duerme éste en la estancia. Sobre el lecho se revuelve a cada paso, dando muestras de inquietud y desasosiego. El mancebo ha cerrado el aposento con llave y ha puesto en la puerta las dos sillas de que dispone.

Al cabo de un buen rato, han llamado a la estancia, y, en nombre de la justicia, han pedido al mozo que compar-

ta su habitación con un viandante que acaba de llegar. El aposento tiene dos lechos; en el vacío se acomoda el recién llegado. Nuestro mancebo no ha respondido cosa alguna a estas razones, antes volviendo el rostro hacia la pared para no ser visto, hace como que duerme, ganoso de no trabar plática con el vecino importuno.

A media noche, nuestro mancebo ha comenzado a suspirar, hablando de desdenes y de engaños, de su crédito que yace por tierra y de un fementido Marco Antonio que parece ser el causante de tales disgustos y sobresaltos. Tornando a suspirar, ha vertido el mancebo el más amargo llanto del mundo.

El recién llegado ha preguntado la razón de sus cuitas al dolorido. Este ha confesado ser una doncella que marcha a Salamanca a exigir a Marco Antonio la palabra de casamiento que le tiene dada. Teodosia se llama el supuesto mancebo; el que le escucha no es otro que su propio hermano.

Temores y sobresaltos de Teodosia; perdón amplio y generoso del hermano. De madrugada, ambos jóvenes conciertan su diligencia para forzar al fementido al cumplimiento de su palabra. Quieren ir a Salamanca y se entienden con un espolique, llamado Calvete, para que les sirva de compañía en los riesgos del viaje. Pero luego saben que Marco Antonio se halla en Barcelona y a esta ciudad dirigen sus pasos los dos hermanos.

A Barcelona. De Castilblanco — por la Mancha — a Aragón. El alegre espolique solaza con sus ocurrencias a nuestros caminantes. Cortinas de agua borran y desvane-

cen el paisaje en estos días de invierno. Van quedando atrás los manchones cárdenos de los olivares, los pueblecitos blancos y risueños de la alta Andalucía. Los hermanos han entrado ya en el páramo manchego. La sabana amarillenta es interminable e infinita; se pasan muchas horas sin ver un poblado; miles y miles de surcos cruzan y quiebran las tierras paniegas en interminables direcciones.

El viejo y noble Aragón después; pueblucos negros y pintorescos, castilletes en los altozanos y prominencias, arbolillos. Ya no es igual el paisaje; ved aquí un valle gracioso y siempre verde; más allá, un montecillo; luego, un bosque; después, las aguas caudalosas del Ebro, cerca ya de Zaragoza, abriendo una cinta de cristal en las hendeduras y grietas del paisaje, rudo y sobrio.

Y las primeras tierras del Principado ahora; la decoración—mimosa—llena está de gracia y de reposo. Hay mayor tibieza, mayor alegría, mayor claridad en el ambiente. No es ésta la luz de Aragón ni de la Mancha. El corazón se dilata ante esta tibieza y suavidad, los pechos respiran alborozados, los ánimos se aquietan y solazan en este hidalgo suelo de Cataluña.

Teodosia y su hermano Don Rafael han llegado a un pueblo grande—Igualada—que está a nueve leguas de Barcelona. El paisaje adquiere diversidad de tonos, de matices; se divisan a lo lejos las pinceladas zarcas de las montañas.

Nuestros amigos han atravesado un bosquecillo. Hay bandoleros y forajidos—según reza la fama—en su espe-

sura; las huestes de Perot Roca Guinarda—que conoceremos más despacio en *Don Quijote*—desvalijan y roban a los caminantes (1).

Colgados de los árboles han visto Teodosia y Don Rafael más de treinta hombres en camisa.

Especialmente les ha movido a compasión la presencia de un bellissimo mancebo que está colgado del tronco de una encina; se cubre con un paño y unos calzones de lienzo. Nuestros amigos desatan al muchacho. A las preguntas de sus protectores, responde que es un mancebo oriundo de un lugar andaluz que apenas dista dos leguas del de nuestros amigos. Don Rafael advierte que el mancebo tiene las orejas horadadas; el cuitado no cesa de incurrir en toda suerte de contradicciones...

Pero al día siguiente confiesa el mozo su calidad de doncella; cuando fué desvalijada por los bandoleros de Roca Guinarda se dirigía a Barcelona, para reclamar de Marco Antonio, estudiante de un lugar vecino al suyo, promesas amorosas que le había hecho. Leocadia (que así se llama la doncella) sabía que Marco Antonio andaba enamorado de una cierta Teodosia, estimada por gentil y hermosa de cuantos la conocían.

Nuestra Teodosia siente celos terribles ante la presencia de su nueva compañera, pensando en las complicaciones de su negocio; Don Rafael, en cambio, mira y remira a su antojo las buenas prendas de la doncella. Nuestros

(1) Véase, si se quiere, el libro curiosísimo de Don Luis María Soler y Terol, titulado *Perot Roca Guinarda; Historia d'aquest bandoler. Il·lustració als capítols LX y LXI, segona part, del Quijot* (Manresa, 1909) y que conviene revisar al encontrarnos con este pasaje de *Las dos doncellas*.

amigos visten a Leocadia, así que hay ocasión para ello, de un rico vestido de paje. El donaire, el garbo, la discreción, el brío, la belleza de Leocadia van enamorando a Don Rafael de tal suerte que no duerme por las noches en los mesones del tránsito. Por otra parte, advirtiendo el caballero que los derechos de Leocadia para con Marco Antonio son mucho más deleznable que los de su hermana, que Teodosia reclama el pago de una afrenta, y Leocadia el precio del amor propio, comienza a urdir en su corazón las más placenteras y gustosas esperanzas.

Los viandantes se hallan a la vista de Barcelona. Los tres contemplan con embeleso el espectáculo que tienen delante de los ojos. Van bordeando las faldas de una montaña que llaman Montjuich. El sol poniente se espeja sobre las aguas del mar tranquilo, tiñéndolas de una color de púrpura. El puerto está lleno de galeras. Todos los habitantes de la ciudad están en la playa, contemplando el estruendo y barauúnda de la gente del puerto.

Ganada la falda de Montjuich, vese la ciudad entera resguardada por altas montañas en todos sus confines y con la salida al mar. El reflejo de los últimos rayos del sol poniente varía, a cada momento, el tono de las montañas; ora son verdosas, ora zarcas, ora añiles, ora azules, ora rojas. Sirviendo de antesala al Mediterráneo, la ciudad, espaciosa y grande a lo que descubren los ojos, se extiende a guisa de anfiteatro. Las casas son grandes, esbeltas y graciosas. En una palabra—dice Cervantes—«admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de Espa-

ña, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.»

Hacia el puerto se encaminan Teodosia, Leocadia y Don Rafael. La gente de la marina se está acuchillando sin piedad. Un mancebo, vestido de verde, con chambergo de la misma color, pelea con denuedo y gentileza, des- embarazándose de sus contrarios.

Pálidas se han quedado las doncellas a su vista; el mozo es el mismo Marco Antonio. Leocadia y Teodosia, con sin igual ligereza, se han puesto al lado del luchador. Una piedra certera ha derribado a Marco Antonio; Leocadia, sosteniéndole, ha subido con él a un esquiife. Minutos después, el herido y la doncella cuitada, con los dos hermanos, se han aposentado en una casa de un rico caballero de la ciudad.

Un cirujano cura a Marco Antonio. ¿Diremos que el herido, repuesto de las sorpresas, reconoce la preferencia de los derechos de Teodosia sobre Leocadia? ¿Añadiremos que la desdeñada acepta la mano de Don Rafael? ¿Pintaremos las bodas de seres tan felices y venturosos? ¿Describiremos el retorno de los desposados a casa de sus padres, la visita a la cueva de Montserrat, la peregrinación a la tumba del Apóstol en Santiago, las callejas de Compostela, la vuelta por León, las murallas grietas de Zamora, junto al Duero, los campanarios y el toro del

puede de Salamanca, los peñascales de las Extremaduras, el valle natal del pueblecito de nuestros amigos, la reconciliación, los abrazos, las lágrimas de los ancianos padres?

En esta novela de *Las dos doncellas*, ingenua, agradable, tan abierta al inocente optimismo de los contemporáneos de Miguel, hay apuntes, visiones rápidas, sagaces, precisas, sobre el paisaje de España. Valen más estos apuntes por lo que sugieren que por lo que dicen. Aquí, de igual manera que en la segunda parte de las andanzas del ingenioso hidalgo, se advierte—imperceptible, tenuemente trazado—el distinto ambiente de las diversas regiones de nuestra patria. Advertimos—sin que Miguel nos lo diga—a poco que conozcamos la pintoresca topografía española, la huella imborrable del paisaje regional en los escenarios de nuestros héroes. Aquí un monte, allá una ladera, a la derecha un río, más tarde un bosque, atrás la llanura desolada, en frente el mar ancho, azul, sereno. Y ante nuestros ojos absortos desfilan, con sus contornos precisos, los olivares cordobeses, las manchas blancas de los pueblecitos andaluces bajo un manto de terciopelo, las cumbres de Montserrat, las pinceladas zarcas del Tibidabo, la presencia azul, tranquila e infinita del Mediterráneo.





LA ARGÜELLO

«...y la Argüello, que era una mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos...»

(CERVANTES. — *La ilustre fregona.*)

La Argüello tiene cuarenta y cinco años. Los ojos de la Argüello son inexpresivos—de besugo o de carnero degollado—y están embutidos en la bolsa fofa de sus párpados. La Argüello habla más que un relator en funciones. La Argüello tiene el aliento fiambre y huele a rasuras desde una legua. La Argüello se enjabelga el rostro curtido y amojamado, dejándole como un mascarón de puro yeso. La Argüello tiene postizos los dientes superiores y artificial un lunarón de la barbilla. Los senos de la Argüello son voluminosos y colgantes, la voz hombruna y desabrida, la boca de oreja a oreja, la nariz respingona y amoratada, las piernas largas, la cabellera fuerte y recia como

de crines, las manos amercilladas y grandes, los pies tan bastos como las manos, el hocico puntiagudo y saliente, los ademanes lentos y desmayadotes, las sayas remendadas y sucias.

La Argüello—que aun no hemos acabado de enumerar sus buenas prendas—persigue con amorosos pensamientos a los mozos del mesón. La Argüello sabe de sisas y rate-rías. La Argüello es trapacera, osada, nada corta de entendimiento, taimadita, puerca y rencorosa. La Argüello sirve de constante desazón al Sevillano. La Argüello es oriunda de los mimosos y risueños valles del Pas, en las montañas santanderinas. La Argüello vino al mundo por la puerta de los carros y no conoció a sus padres, los que, a juzgar por el fruto de sus diligencias encubiertas y de contrabando, no eran seguramente de solar y escudo conocidos. La Argüello, en fin, anda ganándose la vida al servicio de este mesón, con la ayuda y coste de los pluses que le renta su averiada doncellez, tan lejana como su remota adolescencia.

Ya conocéis todos vosotros el mesón en que la Argüello rinde toda suerte de servicios desde hace más de treinta años; seguramente, no se ha borrado todavía de vuestra memoria la dulce imagen de Constancia. La Mesonera, el Sevillano, las gallegas de servicio, Carriazo y Avendaño son antiguos amigos y conocidos nuestros. Todos sabéis igualmente que Avendaño se trocó en mozo de paja y de cebada, para estar cerca de la hermosa y recatada Constancia y que Don Diego de Carriazo se convirtió en aguador, fingiéndose asturiano, olvidándose del don y

cambiando su verdadero nombre por el más llano de Lope sin otras añadiduras.

Pues volvamos a la posada que ya conocemos, en el punto y hora en que los ojos de Constançica, alumbrando el corazón de Avendaño con una luz nueva, han sido causa bastante poderosa para detener el viaje de los amigos burgaleses a las almadrabas. En el momento mismo de trocar su calidad los mozos, la Argüello se enamora de Lope. Sin remilgos ni escrúpulos ociosos e importunos, emprende la moza prestamente la conquista del seor gentilhombre de las aguaderas. Se ha propuesto regalarle de tal suerte—refiere la puntual historia—que aun cuando, él, Lope, «fuese de condición esquiva y retirada, le volviese más blando que un guante».

La Argüello ha de imponer, no obstante, una limitación al mancebo en el señorío y usufructo de su persona; no ha de mostrar celos ni despachar enojos ni remover iras, si este señorío es compartido, de vez en cuando, por los caminantes y forasteros que se aposentán en el mesón. Mal puede regalar la Argüello a Lope el asturiano, si no pagan las costas de presente los naturales tributarios de estas generosas ninfas. Y la Argüello, refocilándose ante la proximidad de la ventura, tañerá el pandero a satisfacción del mozo, que lejos de ser moco de pavo, es lindo como un querubín y tiene la gentil prestancia y los ademanes sueltos de los caballeros y de los señorones.

Harto desdichado ha sido Lopeçillo el asturiano en sus primicias de aguador; bajando por la cuesta del Carmen—no lejos de la posada—ha tenido una reyerta con

otro del oficio; la justicia se ha servido atraillarle entre sus redes, dando con los huesos de nuestro Lope en la cárcel. La Argüello, piadosa, al saber la desgracia del que ella quiere convertir en su trainel o punto menos, le ha llevado viandas a la prisión. Los carceleros no han permitido a la moza que vea a Lope; luego, ante las dádivas de la Argüello, han cambiado mansamente de parecer. La Argüello, constante en sus buenos propósitos, no ha cesado de amparar y requebrar al cuitado, con la esperanza de realizar sus pensamientos cuando Lope, más desgraciado que culpable, salde su deuda con la justicia y el pago de las costas con esos gatazos uñilargos, de corazón de peña, de inteligencia de argamasa, de moral de bandoleros—carne de galeras—que se llaman escribanos y relatores de cámara de Su Majestad.

Lopecillo ha logrado apartar al herido, por seis ducados, de la querella; los gatos de la curia han dejado de maullar también por unos cuantos escudos de oro. A duras penas ha vuelto el aguador a la posada del Sevillano; los tejidos adiposos, los párpados caídos y el recio cuero de las carnes de la Argüello, no han hecho mella alguna en el corazón del gentilhombre. La moza no se ha batido en retirada con los desdenes de su galán. Una vieja enamorada es mil veces más testaruda y presumida que la doncella más mimosa. La Argüello no cesa de acosar y perseguir a nuestro Lope. Se adereza con sayas nuevas, se afeita y pinta con albayalde y colorete, pone los ojos en blanco, suspira con ternura, parla con humildad; y Lopecillo, incommovible, hace gala de la esquivaza y hura-

ñez de su condición, ante las expansiones de nuestra Argüello.

Noche de verano. Luna clara y llena. Baile a la puerta de la posada. Se oye, en el silencio, el bramido ronco del Tajo, angustiado en el hondo cauce de su estrechez. Lopecillo ha comenzado a rasgurar la guitarra, de tal suerte, que la hace hablar. La Argüello, con las dos gallegas de la posada y otras tres mozas de un mesón cercano, componen el cuadro de las bailadoras; muchos mozos de mulas se entregan a los placeres de la danza con las cantantes del fregadero. Lopecillo, instado por la Argüello, ansiosa de lucir sus grasas ante el gentil desdeñoso, inicia un romancillo a la guitarra.

Antes de cantarle, Lope advierte al brillante concurso que haga lo que él vaya señalando en la canción. La Argüello, citada en el romance la primera con el dictado de hermosa, hace una profunda reverencia señalando dos pasos hacia atrás; un mozo de mulas, que le sirve de pareja, coge o «agarrafa» de la mano a nuestra Argüello; la galleguita más carigorda, saliendo del corrillo, se enlaza con otro mozalbete llamado Torote, y los cuatro, entre un frenesí de vueltas, mudanzas y meneos, comienzan un vivo contrapás.

«La turbamulta de los mulantes y fregatrices» se hace rajadas con las contorsiones del baile. Lopecillo, contento con el partido que va sacando de sus romances y burletas, no deja en paz los bordones y cuerdas de la guitarra. La Argüello, molida de la danza, regala al músico con sus miradas más untuosas y expresivas. Un embozado del

corro se encara con Lopecillo, denostándole, y el baile hubiera sido repetición de lo de Mazagatos, si no llega la justicia disolviendo el concurso de fregatrices, músicos, mozos de mula, embozados y aguadores fingidos.

Lopecillo se ha quedado aquella noche con Avendaño en la posada. En el mismo aposento descansan los amigos. Quedito han llamado a la puerta de la estancia desde fuera. La Argüello y otra de las fregatrices—una galleta melindrosa, apañada, limpia y desenvuelta—han pedido a horas tan desusadas hospitalidad a nuestros jóvenes. Lope, con desabrimiento, las ha motejado de brujas y bellacas: «idos de ahí luego, si no por vida de..., hago juramento que si me levanto, con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas.» Y en el silencio de la noche, ha dicho la Argüello, poniendo el hocico puntiagudo en el agujero de la llave:

—No se ha hecho la miel para la boca del asno.

Ha dicho y se ha largado quedito con la gallega melindrosa. Lopecillo y Tomás se han quedado riendo. Las dos brujas, tristes y malaventuradas, han vuelto con todo sigilo al antro donde bailan, montadas en la escoba de sus malos deseos, con los rojos diablillos de su liviandad. Y no se ha turbado más el reposo de la noche en la posada del Sevillano.

Tal vez las personas ñoñas y graves de los tiempos que corremos tachen de irreverentes estos escarceos de Miguel y de harto desenfadadas y libidinosas estas glosas nuestras en torno a la castiza y españolísima figura de la Argüello. Y hasta es posible que achaquen a Miguel de

complaciente con el torpe desenfado en su pintura y que nos motejen a nosotros—modestos y honrados glosadores—de buscar con estos retoques el aplauso de aquellos lectores que huelen lo descarado y deshonesto como los cuervos la carnaza podrida de los cadáveres. Protestamos con todo respeto, pero con toda energía, contra esa suposición, si es que algún espíritu asustadizo llega a formularla después de pasar la vista por estos renglones. Una cosa es el regodeo del apetito y otra, muy distinta, la pintura exacta de la realidad. Una cosa es el hocicar por las alcantarillas, como ciertos ingenios gabachos que están muertos y bien muertos—y otra detener la mirada compasivamente ante las flaquezas y desmayos de los hombres. Y así, mientras nos producen asco las detalladas y minuciosas descripciones de rameras, que, escritas en París, han sido analizadas y ensalzadas por escritores indígenas; las pinturas de Cervantes, y en general, las de todos los costumbristas de la raza, moviéndonos a risa bienhechora, nos apartan del pecado, mostrándonos los abrojos y malezas de su sendero. La Argüello, Maritorres, la galleguita melindrosa, la Escalanta, la Cariharta, la Generosa, la Molinera, la Tolosa y demás hembras alegres y desenvueltas de Cervantes—para no hablar aquí de todas las damitas de rumbo y manejo que aparecen en nuestras letras desde los tiempos del Arcipreste, del bachiller talaverano de la Celestina, de Quevedo, etc., hasta Don Ramón de la Cruz—son unas desdichadas criaturas, dignas de los arrieros y bravos, sus iguales, que aquietan y no sacuden, que reposan y no excitan los ba-

jos estímulos del apetito grosero. El castizo realismo español no ha tenido nunca las pretensiones de la docencia, ni se ha cubierto jamás con la torpe celada del celestinaje y de la tercería. Con rostro jovial fustiga las costumbres, descubre los bajos fondos de la sociedad, se tapa las narices y deja en pos de sí un reguero de franco y de gracioso humorismo, que penetra alma adentro, apartándonos de la visión de lo feo, de lo grotesco y de lo triste.





LA DUEÑA MARIALONSO

«Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó a mirar de arriba a abajo al bueno del músico.»

(CERVANTES. — *El celoso extremeño.*)

La dueña Marialonso—que ya conocéis de nombre—tiene una edad indefinible. No caeremos nosotros en la tentación imperdonable de revelar sus años. Pueden llegar a cuarenta, a cincuenta, a sesenta otoños; con la luz de los velones, temblorosa e intermitente, a ratos parece una moza madurita y a ratos una vieja prematura. Los ojos son grises y desconfiados, la frente estrecha, la nariz larga, la boca ancha, carnosa y saliente la barbilla. Apenas se destacan en el busto los senos rasos, flácidos y hundidos. La toca cubre de todo punto los cabellos de la señora dueña Marialonso.

Altas horas de la noche en casa de Felipe Carrizales. En un aposento cercano se escuchan las cadencias de un guitarrico; el tañedor preludia seguidillas, zarabandas y folías al uso con singular destreza. Loaysa dentro de la

casa de Felipe por el buen artificio del criado negro, regala a los oyentes con la música de su guitarra; a través de un torno, le escuchan las siervas y doncellas de Leonorcica. Todas se relamen de gusto ante los compases de las diabólicas zarabandas; la misma Marialonso, directora por la autoridad de sus tocas del regocijado cotarro, baila con presteza las coplillas de la Seguida, que el bueno del músico tañe y vuelve a tañer, a petición del concurso, que quiere indemnizarse, con este pasatiempo, de la dura prisión en que viven sepultadas por los celos y manías del viejo de Felipe Carrizales, el extremeño celoso, marido de la gentil Leonorcica.

Leonorcica duerme arriba, en su cámara nupcial, bien ajena al esparcimiento de su alegre servidumbre. Las mozas y siervas de la casa prometen al músico la presencia de su señora, para otra velada tan gustosa como ésta. Loaysa replica que si quieren escucharle todas, sin los sobresaltos que la ligereza del sueño de Carrizales les produce, él proporcionará unos polvos que hagan dormir al viejo con pesado y no interrumpido sueño.

Marialonso da cuenta a Leonorcica de estos proyectos de solazarse durante las noches, encareciendo de paso, con el más vivo colorido, la destreza del tocador, la gallardía de su figura y la gracia de las canciones con que sabe acompañarse al guitarrico. Leonorcica, curiosa de novedad, acude al reclamo del pasatiempo. Ni corta ni perezosa, consiente a sus criadas que abran un agujerillo en el torno con una barrena para ver a su talante al músico. Loaysa viste con calzones y jubón de tafetán leona-

do, montera de raso y lindo cuello de encaje; el mozo es guapo y de gentil prestancia.

Leonorcica—hecha a los alifafes y ruinas de su velado—encuentra lindo como un ángel al tañedor. Del mismo parecer es la dueña que ya ha pensado la traza de convertir estos pasatiempos en cosas más provechosas y de substancia. Loaysa habla de ganar el aposento donde le escuchan las mujeres. Marialonso defiende el propósito del músico, y a los reparos de la señora de que tales pretensiones van en peligro de la honra, nuestra dueña ha sabido calmarla, asegurando, que los deseos del tañedor son tan lícitos como recatados y honestos.

Marialonso no ha podido conciliar el sueño. Las buenas prendas del galán han sido un bebedizo que ha corroído sus sensibles entrañas de corderita. La buena dueña se ha prendado locamente del tañedor y concierta en su mágn, como razonables, las más absurdas aventuras de amor para la noche venidera.

Ha vuelto a repetirse la zambra.

Marialonso al oír el guitarrico, se ha dirigido a la cámara de sus amos para prevenir a la lozana y tierna esposa del extremeño. Leonorcica, desvelada con la esperanza de oír al músico, recoge los unguentos y polvos milagrosos que han de amodorrar al viejo. Con ellos unta la inexperta niña los pulsos y las ventanas de las narices del buen Felipe. Pronto ha comenzado a roncar el bienaventurado marido. Leonora, convencida de la rapidez y eficacia del remedio, se ha apoderado de la llave que oculta Felipe entre los colchones de su lecho. Y saliendo

de la estancia con el ánimo lleno de alegría, Leonorcica ha dado albricias de su ventura a la dueña Marialonso, gozosa de poder franquear la puerta de la casa al tañedor.

Antes de penetrar en ella Loaysa, le ha advertido la discreta dueña que ha de jurar y de retejurar mil veces que no atentará contra el recato de las mujeres que van a oírle. El tañedor jurará besando la cruz una y mil veces. Leonora ha celebrado la determinación de nuestra Marialonso. Todas las servidoras han vitoreado también a la buena dueña. Loaysa ha escuchado con gran reposo la juiciosa arenga, prometiendo guardar la compostura que se debe al recato de la señora y doncellas allí presentes.

A la redonda del tañedor se han colocado las muchachas. Leonora, que ha salido un momento a vigilar el sueño de su esposo, ha vuelto a la estancia de sus doncellas, preguntando, con alguna turbación, si el músico ha hecho los juramentos que la dueña le previno. Al entrar Leonora, Loaysa ha querido arrodillarse para besarle las manos. El concurso no habla temeroso de la ineficacia de los ungüentos; pero Loaysa, adivinando el sobresalto de las candidas palomas, les ha jurado que su medicina tiene tal virtud que Felipe no ha de despertar en toda la noche. Y así lo confirma Leonora, pues su esposo sigue roncando como un bendito varón.

El cotarro, con esta seguridad, ha recobrado su alegría. Marialonso, cogiendo una vela, ha mirado a su antojo al bueno del músico. Todas son alabanzas y ponderaciones de su gentileza. Una ensalza su lindo y rizado copete, la otra sus dientes blancos y menudos, la tercera

la luz de sus ojos que parecen esmeraldas. Leonora, que calla discretamente, encuentra en el músico hechizos y perfecciones de que carece su velado.

La música ha comenzado en seguida; las mozas, dirigidas por Marialonso, bailan al son del guitarrico. Guiomar, la criada negra que está al acecho de las sorpresas que pueden ocurrir, alarmándose ante un ruido cualquiera, ha llevado la confusión a las mozas, interrumpiendo los compases y los rasgueos. La banda de palomas se ha desbandado—según la imagen de Cervantes—como si el anuncio de la criada fuese el gatillo de la escopeta de un cazador. Marialonso, ya muy hecha a las sorpresas de todo linaje, ha ocultado a Loaysa en lo obscuro de su aposento.

Todo ha sido una falsa alarma. El buen Felipe sigue dando a la cámara nupcial la cadencia de sus largos, sonoros y musicales ronquidos, con acompañamiento de dulces silbos, que naciendo en las angosturas de su garganta, suben, rítmica y graciosamente, por los conductos de su nariz. La banda de palomas ha tornado a juntarse en la estancia. Loaysa y Marialonso platican en el aposento de ésta. La dueña requiebra al mocito que dilata con insistencia promesas que pueden cumplirse sin nuevos plazos. No hay qué decir que las siervas y criadas que andan de escucha dedican los más expresivos dictados a las tocas de Marialonso; algunos son tan fuertes y rotundos que nosotros, medrosicos, no nos atrevemos a consignarlos aquí, aun a riesgo de que pierda vigor la pintura de las escenas de esta verdadera y lamentable historia.

Las mozas no oyen, sin embargo, todo el diálogo de nuestros amigos.

—¡Lindo sois, mancebo; lindo y garboso como un paje!—suspira la buena dueña.

—¡Y mucho me placéis vos, hermosa!—replica el tímido tañedor devolviendo la gentileza.

—Vuestra sierva soy, y no tenéis otra cosa sino disponer de mi persona—agrega, quedito, Marialonso; sin que sus palabras lleguen al oído de las curiosas, que desde fuera la espían.

—Eso no lo haré yo en mi vida, que ya dije que mi juramento era lo mismo que hacer una obligación cuarentigia—, responde el astuto virote urdiendo las redes de su trampa.

—Yo os reporto de *vuesa* palabra, *seor* gentilhombre, que con los discretos como vos no rezan esas prevenciones—susurra la doncella dolorida e impetuosa.

—Para todo hay trazas y concierto en la vida, gentil doncella—dice con reposo el músico—. Procuradme primero las llaves de la fortaleza de vuestra ama, que como eso hagáis vos con la presteza que os encarezca vuestro deseo, seré vuestro rendido servidor, regalándoos a vuestro antojo.

El músico y la blanda moza han salido de su escondite de perfecto acuerdo. Marialonso ha rogado a las criadas que se recojan en su aposento, que ya holgarán y danzarán mañana. La dueña ha encarecido a Leonorcica que corresponda al amor del músico. Su arenga ha sido larga y concertada; Leonorcica, dura e impasible al principio, se ha ido animando poco a poco ante el relato de la due-

ña, más atenta a las promesas de Loaysa que al buen nombre de su señora. Y Leonorcica se ha rendido; Felipe ha sorprendido la infidelidad de su esposa, ha muerto de pena—como sabéis—y no ha dejado otra manda a Marialonso sino la paga de su salario.

Las luengas y repulgadas tocas, escogidas para dar gravedad y respeto a los estrados y salones, antes se curan, hogaño como antaño, de la satisfacción de sus deleites y caprichos, que del buen nombre de las damas y damiselas que viven bajo su guarda y autoridad.

No se ha perdido del todo la casta de las desenvueltas y taimadas Marialonsos. De los estrados de los poderosos se han trasladado a los más llanos gabinetes de la plutocracia. No hay viudo ocioso ni marido petulante de nuestra alta burguesía que se estimen si no hacen acompañar a sus hijas doncellas o a sus esposas tempranas de ciertas apacibles señoras, venidas a menos, que las prestan con su compañía el prestigio de sus años. Nuestras repetidas experiencias en algunas populosas ciudades españolas nos permiten asegurar, sin temor a rectificaciones, que entre tales damas y damiselas de compañía—señoras, por lo demás, de todos nuestros respetos—abundan las Rodríguez, Trifaldis y Marialonsos de remilgadas, escrupulosas, honestísimas y luengas tocas.

Ellas exigen juramentos a los novios y acompañantes de las doncellas de su custodia, sin perjuicio de que los cancelan cuando se trata del provecho y liviandad de estas señoras dueñas contemporáneas y redivivas. ¡Sí, sí; no hagas aspavientos, doncellica huérfana; no me taches

de malicioso, linda esposa que tienes a tu marido siempre atareado, en la hueca parlería de las Cortes, en el bufete de la oficina y en el tráfago de los negocios, sin que disponga de un minuto para acompañarte por la calle! ¡Si éste fuera un libro de confidencias, yo te contara tantas cosas! Esas damas de tu compañía fingen trabajos, desabrimientos, dolores, historias lamentables, calamidades y afrentas para justificar la abundancia de sus canas, las arrugas de su rostro, los arreglos de su sombrero, los teñidos de sus faldas y el crepúsculo de un esplendor que nunca conocieran. Esas damas abandonan las palomicas en las garras de los gavilanes y sirven lindamente de terceras en los negocios amorosos. Te diré finalmente, para ensombrecer el cuadro, que ellas son ladinas, ruines, desenvueltas, aprovechadas y envidiosas.

Marialonso retoña en nuestros días. Los padres que no pueden vigilar a sus hijas, y los maridos que no disponen de un segundo para acompañar a sus esposas en los paseos, teatros, festines y reuniones, han de alejarse de las tocas de las dueñas contemporáneas—si son discretos y avisados—como de la misma peste.





LA MUJER EN LA PRIMERA PARTE DE «DON QUIJOTE»

MARITORNES

«Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana.»

(*Don Quijote de la Mancha*. — Capítulo XVI. — Primera parte.)

La estancia de Maritornes en la venta es acaso el término de la desventurada carrera de la moza.

Se crió en Asturias de padres pobres y humildes; muy pronto abandonó las dulces riberas nativas del Sella, las suaves pomaradas, los crepúsculos largos y lentos, los anocheceres tibios, cuando la luna aparece en las cumbres de los montes y preside las danzas aldeanas.

Los padres de Maritornes murieron cuando ella era una rapaza. Marchó a Oviedo, Maritornes; allí sirvió

a una señora áspera y huraña; comió poco y trabajó mucho. El duro trajinar la volvió flaca y amarilla.

Desde Oviedo marchó a una venta que cerca de León estaba; arrieros, soldados, estudiantes no sólo la requerebraban constantemente sino que a todas suertes de libertad y licencia estaba sujeta su dura condición de servidumbre.

No fué nunca agraciada Maritornes. Los ojillos, pequeños y un tantico bizcos, estaban velados por un humorcillo acuoso que destilaba de continuo. Su figura era pequeña y exigua, y sus espaldas, desiguales y cargadas, privaban a la moza de toda esbeltez y gentileza. La nariz era roma, llano y nada terso el cogote, la frente estrecha y la boca ancha. En los requiebros de los viandantes más parte tenían la burla y la chacota que la fineza y la afición.

Un día pasó por la venta un soldado viejo; venía de Flandes cargado de achaques y de bubas; cayó enfermo, y Maritornes, que era de suyo generosa y bien nacida, curó al herido con más diligencia de la que usan en tales casos las mozas de los huéspedes. Entre el soldado y Maritornes se acentuó una corriente de simpatía, de lástima tal vez, que ésta es más aliada y amiga del amor de lo que los muchachos inexpertos y atolondrados suponen y pregonan.

Contenta estaba Maritornes de poder servir al soldadote, y éste no quería perder la ocasión de ser regalado con tanto amor y desprendimiento. No pensaba en el amor el soldado, que ni su cuerpo ni su espíritu soportaban ya

tales pasatiempos; pero Maritornes que había sido vejada por todo el mundo, que estaba ahita de ser el blanco de las caricias brutales de los arrieros, de las exigencias y duras palabras de la mesonera, dió alas al soldado achacoso para que expusiera con toda claridad sus pensamientos.

No era otro el propósito del soldado que el de llevarla consigo a Valladolid donde la trataría con todo cariño y mansedumbre, a cambio de que Maritornes atendiese la curación de sus achaques. Más no podía pedir la infeliz doncella, que el desprecio ajeno, si es constante y sostenido, labra el propio desprecio. Por el amor del soldado, así que éste pudo caminar y valerse de sus propias fuerzas, dejó Maritornes el servicio del mesón.

En Valladolid se redoblaron las desgracias y amarguras de la moza. Un hijo fué el fruto de sus amores con el bravo. Una lupicia ó pelarela, enfermedad harto corriente y moliente entre soldados y aun entre gente letrada y de solar conocido, comenzó a cebarse en el desmedrado cuerpecillo de Maritornes. Peláronsele las cejas y las pestañas; vaciósele el ojo derecho; brotó sarpullido en sus brazos y piernas; sintió dolores de cabeza y flojedades y desmayos en todo el cuerpo; aumentó la carga—nada ligera—de sus espaldas, y los dientes comenzaron a desamparar y desguarnecer su boca ancha, larga, descuidada y maloliente.

El bravo abandonó bien pronto a Maritornes. Luchó primero la moza con el hambre a brazo partido para sustentar al pequeñuelo; pero su leche era bien flojo y mise-

nable alimento. La muerte piadosa llamó a su seno al encanijado retoño de las culpas y complacencias de Maritornes.

Puede pensar en la caridad, en la misericordia, en el amor del prójimo, la moza que sabe plañir sus cuitas con donaire; llorar con lindos ojos, velados por la emoción y la desgracia, a la vista del compasivo y dadivoso; ostentar cierta honestidad en la aflicción y un estudiado recato en la solicitud. El arte de pedir requiere aprendizaje, y la ficción es más diestra en sus pinturas que la dura necesidad, muda, esquiva y más amiga de la soledad que de presentar sus llagas y carcomas a la vista de las ociosas gentes.

La caridad de antaño, como la de hogaño, tenía también sus jerarquías y pragmáticas, consagradas por el uso y la costumbre, y pecaba de casuista y escrupulosa como confesor de monjas.

A nadie movió a piedad la pobre y desventurada Maritornes.

Abandonando las gratas orillas del Pisuerga, los atrios de San Llorente y de San Benito, las puertas de los conventos y de los hospitales, fué a parar a Salamanca donde sirvió algún tiempo en estas que llaman casas llanas, por ser la entrada libre, la concurrencia ruidosa, el trato llano y sin afectación, la confianza ilimitada, la alegría mucha y mayor el peligro.

Prontó tornó Maritornes a las primitivas vejaciones del mesón en esta desenfadada ciudad, donde si la belleza tiene toda suerte de privilegios, la fealdad, en cambio, es

menospreciada así de obra como de discurso. No paró en Salamanca la dura peregrinación de Maritornes por las ásperas sendas de la vida; ganó las Extremaduras, y después de servir aquí y de importunar allá, ha venido a parar, con sus huesos pecadores y machacados por el hambre, a esta venta que en la Mancha tiene Juan Palomeque el Zurdo, un pícaro, que ha dado en mesonero, oficio adecuado a la condición de picardía.

Dos años hace que vive en esta venta Maritornes y ya no se rebela contra su triste sino. ¿Para qué? Yace con los arrieros que la toman y dejan a su antojo, y solícita con los quehaceres de la casa y atenta a que ningún forastero se marche sin pagar las costas de la posada, de otras cosas no se cura; que pensar en sus recuerdos es aplicar sal y vinagre a las heridas abiertas de sus desdichas.

Animado grupo forma Maritornes, a la puerta de la venta, con la mesonera apetitosa y de buen ver todavía, con el ventero gordinflón, sonriente y sosegado, y con la hija de los amos, que es apañadita, guapetona y limpia.

Don Quijote y Sancho han entrado en la venta; Don Quijote, mal herido y atravesado en el rucio, y Sancho guiando con toda gravedad su recua.

Maritornes, con la hija de los mesoneros, se ha encaminado al pajar para acomodar con presteza el camaranchón de Don Quijote; sobre cuatro tablas, harto sutiles y flojas, han extendido un colchón que apenas si tiene dos dedos de gordo, dos sábanas de cuero de adarga encima y una frazada deshilachada y rota. Al acostarse Don Quijo-

te, Maritornes, que entiende a su modo de burlas y chacotas, parecen que ha sonreído, pues en la obscuridad del aposento, cual disimulada con la temblorosa y tenue lucecilla de un candil de aceite, ha aumentado la raya de su boca, descubriendo el boquete obscuro y desgarnecido de sus encías.

Acardenalado y molido ha dejado a Don Quijote la aventura de los yangüeses. Maritornes contempla la faz desencajada y lívida de Don Quijote, su cuerpo recio y enjuto, sus brazos hinchados y amoratados de los recientes golpes. Por un momento se acuerda Maritornes de los achaques de su soldadote; pronto se desvanece en ella la visión dolorosa de su pasado.

A Sancho le pregunta Maritornes por el nombre de su señor, y como no sabe qué es el oficio de la caballería, demanda una explicación al escudero.

Comedido y cortés se muestra con las dos mujeres Don Quijote; con todo reposo, sosiego y cortesía les encarece sus buenos servicios y favores. Maritornes agradece con toda su alma al caballero tales gentilezas, tan opuestas a todos los requiebros por ella escuchados hasta ahora y se pone a curar a Sancho de las salpicaduras que hasta su cuerpo llegaron de la desdichada aventura de su señor.

Curado Sancho, salen las mujeres del aposento. Cuando todo está en calma y en sosiego, y los huéspedes duermen, y el arriero que aloja en la venta descansa en el pajar junto al caballero andante y su pacífico escudero, Maritornes, cautelosamente, vuelve al lado de nuestros amigos.

Andando a tientas, que la palabra que ha dado al arriero la compasiva moza no es de las que suelen cumplirse a la luz del día, Maritornes se topa con los brazos de Don Quijote que le atenazan y asen fuertemente de una muñeca. Requeiebros insólitos del caballero, finezas y palabras que llenan de sudor y congoja a Maritornes.

Conocéis la escena; el lecho de Don Quijote se viene a tierra con estrépito; el rijoso arriero de Arévalo reparte puñadas y mojicones en las narices y en la boca del caballero; graciosa pendencia entre Sancho y Maritornes, llegada de Palomeque, intervención de un cuadrillero de la Santa Hermandad, que, al palpar el cuerpo de Don Quijote, le reputa por muerto.

Maritornes, cautamente, ha vuelto a su rancho en oyendo las voces del cuadrillero, y medrosica y tímida, se ha puesto a rezar salves y credos. Con el día ha recobrado el sosiego su espíritu sobresaltado y atormetado.

Cuando han manteado a Sancho, Maritornes se ha dolido de la burla de los brutos de la venta, y, pagándolo de su mismo dinero, la moza ha regalado a Sancho con un vaso de vino para quitarle el sobresalto y la congoja del manteamiento. Para nada se acordaba Maritornes, consolando a Sancho, de los cachetes y porrazos de la víspera en el pajar.

No ha vuelto a borrarse de la flaca memoria de Maritornes la figura escuálida del aventurero ni el rostro mofletudo y grave del buen Sancho. Don Quijote ha sido con ella caballero y bien nacido, y Panza uno de los

pocos hombres que han recibido consuelo de su piedad.

La moza ha tornado a los trajines y ajetreos de su oficio, a las pendencias nocturnas del pajar con otros viandantes de todo rango y catadura; ella sigue escuchando diariamente los insultos de Palomeque, las intemperancias de su mujer, las finas burlas de la hija que tiene sus puntas y ribetes de taimada y nada generosa, y los burdos caprichos de los transeuntes a los que Maritornes se somete pasivamente.

Muchas veces, sentada la asturiana en el poyo de la venta, a la hora de la fresca, recuerda Maritornes las congojas y sustos que pasara la noche de la terrible trifulca en el pajar. Don Quijote la asía fuertemente de las muñecas, es cierto, pero no con intento de forzarla, ya que tan buena coyuntura se le deparaba y no lo hizo. Cosa singular que no acertaba a esclarecer del todo el menguado magín de Maritornes. Sólo sabía que el caballero le llamó señora y doncella y que los requiebros que oyó eran de los que se dirigían a las altas y principales damas, requiebros que ella oía leer en los dos o tres libros de caballerías que tenía el ventero y que daban gusto y deleite a la imaginación.

¿Señora ella? ¿Doncella ella? Quería reír Maritornes y estaba a punto de llorar, de llorar de gratitud: un hombre, un solo hombre, habíale hablado con comedimiento y cortesía. ¿Qué sería este oficio de caballero andante y de buscador de aventuras que ella no había conocido nunca? ¿No eran, por ventura, casi todos los hombres, arrieros y soldados?

A la venta han vuelto Don Quijote y Sancho, con otros caballeros principales y con una dama que bien revela en su vestido la calidad de su linaje. Maritornes ha reconocido con alegría a Sancho y ha contemplado la facha de Don Quijote, más flaca, enfermiza, sucia, desmayada y amarillenta que la otra vez. Verdad es que aquella noche ha cometido una felonía Maritornes, atando la mano de Don Quijote, cuando éste hacía guardia de honor sobre Rocinante, del agujero del pajar; pero la moza redimirá su falta con el arrepentimiento.

Maritornes no ha visto más al caballero. Todos los personajes principales que había en la venta se han ido de ella para nunca más volver. La moza no ha oído más requiebros en su vida.

Los años van discurriendo con celeridad: ya va envejeciendo Maritornes, si es que ella conoció alguna vez la juventud.

Un día ha llegado a la venta la noticia de que Don Quijote ha muerto en su lugar, dando grandes pruebas de fortaleza y cordura; Maritornes pensando dulcemente que sólo el caballero de la Triste Figura ha sido con ella cortés y comedido, ha rezado por él aquella noche. «Las sombras y lejos que hay en ella de cristiana», apareciendo de pronto en su espíritu amodorrado por el dolor, le han inundado de una emoción extraña y desconocida.

Y al recordar la faz seca del caballero, Maritornes ha pensado también, por una extraña asociación de ideas, en su hijo muerto. Y luego, entre tales arrobos de emoción,

ha creído aspirar la fragancia de las suaves pomaradas que contemplara en su niñez—arbolitos verdes salpicados de frutos rojos—y vislumbrar la claridad de aquellas noches lejanas, cuando la luna aparecía allá arriba en su aldea, plateando las cumbres de los montes dormidos y callados.

La opinión que tienen las gentes de la pobre Maritornes, es hoy, tres siglos después de yacer en su huesa Don Quijote, la misma que tuvieron de ella los arrieros y mercaderes.

Desdeñosamente han acogido a la doncella casi todos los lectores de la novela inmortal; asturianos hay que reniegan públicamente del paisanaje de Maritornes y que no quieren incluirla, con letras de oro, en el catálogo de los hijos famosos del Principado.

Nuestras fregonas, desgredadas y sucias, nada caritativas ni mansas de condición, con liviandades que atañen más al provecho propio que a la compasión ajena, han heredado el nombre de la doncella asturiana. Burlas y risas, soeces y groseras, resuenan todavía a cuenta de los ojillos bizcos, de las espaldas cargadas, del olor a fiambre trasnochada y de los siete palmos de estatura de Maritornes. Bowle nos ha dicho que hasta el nombre de la doncella tiene su sentido oculto y que Maritornes quiere decir hembra de mala ralea.

Protestamos en nombre de Miguel de Cervantes, quien nos advierte que Maritornes era generosa, con presunciones de hidalguía y con lejos y sombras de cristianidad.

«Maritornes—escribe con toda justicia el maestro señor Unamuno—no es una moza del partido que por no trabajar o por ajenas culpas comercia con su cuerpo, ni es una pervertidora que embruje a los hombres encendiéndoles los deseos para apartarles de su ruta; es pura y sencillamente la criada de un mesón que trabaja y sirve, y alivia las gravezas y remedia los aprietos de los viandantes, quitándoles un peso de encima para que puedan reanudar, más desembarazados su camino» (1).

Así es, en efecto. La piedad de Maritornes, es de tan subidos quilates que sus pecados son hijos de la blandura de su condición. Pecados humildes y veniales, donde no juegan para nada el engaño ni la soberbia ni el deseo de luero, sino simplemente el anhelo de complacer las arrieriles exigencias de la canalla. Un fondo de inconsciencia se descubre en todos los actos de Maritornes. Y pues ella curó a Sancho de sus heridas, le regaló piadosamente con un vaso de tinto después del manteamiento en el corral, oyó finezas de Don Quijote y guardó de su figura una imagen dulcísima que contrastaba con la de los brutos que la solicitaban en la venta, vindiquemos para siempre la memoria de Maritornes. ¿Que ató la mano de Don Quijote con un lazo corredizo, sujetándole en el agujero del pajar? ¿Quién no ha sujetado alguna vez la mano de los caballeros que están prontos a realizar alguna hazaña? ¿Y no fué culpable, en cierto modo, Don Quijote de la trave-

(1) MIGUEL DE UNAMUNO. — *Vida de Don Quijote y Sancho*. — Fernando Fe, Madrid, 1905. — Cap. XVII (1.ª p.) pág. 99.

sura de la doncella? Con la fe que había jurado guardar eternamente a la Dulcinea del Toboso, ¿no era una flaqueza peligrosa dejar descansar su diestra entre las manos asperotas de la pobre, de la desventurada, de la compasiva servidora de Juan Palomeque el Zurdo?



LAS MUJERES DEL QUIJOTE



Mas y Fondevila pintó

MARCELA



MARCELA

«...y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba a su fama su hermosura.»

(*Don Quijote de la Mancha*. - Capítulo XIV
- Primera parte.)

El nacimiento de Marcela ha costado la vida a su madre. La muerte de la madre ha causado tal pesadumbre al esposo, el rico Guillermo el labrador, que éste la ha seguido pocos meses después en la sepultura. La memoria de la buena labradora se conserva en toda la comarca, que era la muerta tan honrada como hermosa mujer, hacendosa y amiga de los pobres.

La niña huérfana vive con un tío suyo, sacerdote y beneficiado de un lugar manchego, que está cerca de la raya de Andalucía. Vivo retrato es la niña de la madre; el tío la cuida con todo regalo y abundancia, pero con recato y honestidad.

Pródiga es la chiquilla en bienes de fortuna y en bienes de naturaleza. Con los años crece en hermosura e ingenio; los ojos son negros, brillantes y vivos; las pestañas pobladas y abundantes; el pelo rubio y el rostro tan blanco como gracioso. El cuerpecillo, sólido y bien proporcionado, promete una lozana madurez. Pues del donaire de la doncella, de su fertilidad y agudeza de pensamiento, de la facilidad y música de su palabra, de su aplomo para no inducir a aficiones pecaminosas, de su cuidado y diligencia para no ser vista por varoniles ojos ni ensalzada por lenguas de mancebos, no nos hartaríamos jamás de hacer ponderaciones.

Sébase que Marcela está en la edad de los amores, que el tío quiere casarla con un mozo de su calidad (sin mirar en ello la granjería y buena cuenta que le proporcionan la guarda y custodia del patrimonio de su sobrina), que Marcela se excusa con su poca edad y que los mejores partidos de la comarca piden al beneficiado la mano de su sobrina.

Cuanto más se oculta ella de las miradas de las gentes, más crece la fama de su hermosura y con mayor ahinco se clava la flecha del amor en el corazón de los mozos que alientan esperanzas todavía, con ser Marcela de tal modo que nada promete ni insinúa, en lo tocante a sus sentimientos y propósito.

De repente la moza ha dejado la casa del beneficiado. Por los valles y cañadas se ha ido vestida de pastora a gozar de los encantos que la visión y amistad de la naturaleza proporcionan. En un principio, las gentes graves

del lugar han achacado a licencia y osadía de moza caprichosa la resolución de Marcela; el pobre sacerdote se ha mostrado inconsolable y confundido. Mas cuando se ha sabido que fuera de la casa sigue vigilando con todo cuidado su honestidad la zagala, los comentarios y pláticas han cambiado de rumbo, juzgando de locura su manía y de extravagancia disculpable su afán de vivir bajo el manto de los anchos cielos, con el alma abierta a las caricias y rumores de los valles y de los prados.

Detrás de la doncella, para quebrar sin duda su integridad, han salido también no sé cuántos mancebos ricos, hidalgos y labradores, vestidos con arreos pastoriles, dando al aire cuenta de sus deseos y las primicias de sus lamentaciones y suspiros.

Marcela, cuya visión alegra al ánimo más encogido y melancólico, no esquivaba la conversación de sus amadores, trátalos con cortesía y llaneza, gusta de sus trovas y canciones, oye con placer la música de los rabeles y zampoñas, y sólo se torna hosca cuando alguno se propasa a revelarle su deseo, así sea éste tan razonable y tan juicio-soso como el de pedirla por esposa.

Con este trato que da a sus enamorados y cautivos la doncella, los corazones de los pastorcicos andan consumidos y abrasados, esperando sin desesperar, que es el más extraño y peregrino sufrimiento de amor.

El corazón del hombre, hasta del que se tiene por más avisado y corrido en amatorios devaneos, es casi siempre de una simplicidad desgarradora; si la amada se le mues-

tra afable, aunque inflexible en lo que atañe a la correspondencia del afecto que se demanda con suaves y regalados circunloquios, siempre imagina el amador que todo es fingimiento y retórica para prenderle mejor en sus encantos y retardarle el premio de posesión que su fidelidad merece; si la mujer se le aparece hosca y huraña, tampoco pierde la esperanza de ser correspondido, y sutaliza de tal modo la esquividad en sus monólogos secretos y desvariados, que la confunde con el desquite y prueba que han de aquilatar, en buen crisol, las excelencias y calidades de la fineza.

Imagínese, pues, cómo andan los pastores en derredor de Marcela, y si añadimos que algunos de éstos son estudiantes y poetas, nos haremos cabal idea de sus lamentaciones, propósitos, esperanzas, desmayos y deseos.

Los estudiantes son impetuosos, alegres y confiados, pero los poetas son como los locos y los niños. ¡Cómo que dan en la flor de sospechar los muy inocentes que no hay arma más terrible contra las mujeres que las endechas, dando más valor al estrambote de un confuso sonetillo que a las obras calladas y los propósitos mantenidos con firmeza!

Los valles y las sierras de estos contornos resuenan con los gritos, lamentos y exclamaciones de amor de sus moradores pasajeros.

Dos docenas de hayas que hay en un paraje oculto y silencioso, a la vera de un regato que canta a todas horas su canción de humildad y mansedumbre, dos docenas de hayas llevan grabado en su lisa corteza el nombre de Mar-

cela; por algo están poblados estos contornos de estudiantes, que también en los bancos de las aulas y en los muros de los aposentos, como he visto en Salamanca, gustan de grabar las gracias de sus musas y novias, verdaderas o fingidas.

¡Melancólicos y dulces sonidos los de estos valles! El uno suspira, el otro canta, un tercero llora, ése vive distraído y ensimismado, aquél deja espejar en su rostro la esperanza que no ha perdido de gozar las preferencias y favores de Marcela. Mas a todos vence ésta en discreción y donaire, y cuanto las pasiones son más caldeadas y manifiestas, mejor triunfa la moza de las redes que tienden estos pastores a su fortaleza y hermosura.

El amador más impetuoso de todos ellos ha sido un escolar llamado Crisóstomo, que se ha matado por no sufrir los desdenes de Marcela. Ha pedido a sus amigos que le entierren en el mismo sitio donde sus ojos no pudieron sondar con calma el misterio de la mirada de la dulce su enemiga. Los pastores que sienten entre sí la solidaridad de su común desgracia y el fracaso de sus anhelos, aunque todos piensen que, al fin y al cabo, han de gozar de los regalos y caricias de la hija de Guillermo el rico, quieren cumplir la voluntad, un poco literaria, del estudiante enamorado.

Por entre la quiebra que hacen dos altas montañas, descenden en dos hileras los pastores, vestidos con pelli-
zas y zamarras negras y coronados de guirnaldas. Seis de ellos conducen unas armas cubiertas de flores diversas y de variados ramos. Don Quijote, callado contra su cos-

tumbre, y pensando tal vez en que si la nunca bastante celebrada Dulcinea del Toboso fuese de todos los hombres conocida, estos espectáculos se repetirían a cada paso, mira, con los ojos muy abiertos, a la extraña comitiva pastoril.

Son las primeras horas de la mañana; el sol dora, a trechos, la cumbre de las dos montañas; el cielo es diáfano y el ambiente tiene una pureza y transparencia de cristal.

Reina un denso silencio en el que se reposan y solazan los sentidos.

Ambrosio, uno de los pastores y el más fiel amigo del difunto, pronuncia un discursillo fúnebre; en él llama fiera y basilisco a la moza solicitada de todos y dice que es de mármol la fingida continencia de la común enemiga.

El cuerpo del infortunado Crisóstomo descubre un hermoso rostro varonil, y al derredor del cadáver, hay libros y papeles de coplas que van a ser enterrados con su dueño, piadosa costumbre que es lástima que no haya servido de ejemplo en tantos otros casos de poetas muertos en la flor de su edad y que después de su desgracia han llenado el mundo con las no menos terribles del delito de sus cuitas precoces y lacrimosas.

En este momento, por encima de la peña donde se está cavando la hoya que ha de encerrar para siempre los despojos del impetuoso estudiante, surge Marcela como una aparición celestial. Maravillados y suspensos acogen su presencia los espectadores de la fúnebre ceremonia. Don

Quijote, que aparte de su fidelidad acrisolada por Dulcinea y de su continencia de hidalgo madrugador y aventurero, se solaza contemplando bellezas, encuentra la de Marcela muy digna de admiración y alabanza.

Solamente Ambrosio se atreve a increpar a nuestra amiga por su presencia en aquel paraje. La respuesta de Marcela no puede ser más comedida y elocuente, aunque no gustan de su razonamiento las mocitas de hogar, que sin pesar demasiado sus arrogancias, se atribuyen todas las finezas de los galanes que las rondan, más por matar el hastío que por dar contento a la voluntad.

Marcela rechaza con entereza toda culpa propia y voluntaria en las penas, locuras, desesperanzas e infortunado acabamiento de Crisóstomo. Su libertad de amar es tan grande como la de la turba de amadores que la importunan a cada paso. Su hermosura no la obliga a querer a nadie, como, en otro caso, su fealdad no sería razón suficiente para quejarse del despego y de la poca afición que los hombres la tuvieran.

Al acabar su oración Marcela, volviendo la espalda a los circunstantes, se ha entrado por lo más espeso y cerrado de un monte que desde el mismo sitio de la sepultura claramente se divisa. Algunos pastores han querido seguir a Marcela, movidos de esa ingenua condición de los varones que ya hemos apuntado, de creer más verdaderos los favores que falsos los enojos de las mozas que solicitamos con todo ahinco y perseverancia.

Don Quijote se ha creído en el caso de desenvainar su

espada en defensa de las doncellas menesterosas y desvalidas.

Con esta amenaza del caballero, que tan profunda idea tiene de la justicia en este momento, y con el ruego de Ambrosio de que se entierre cuanto antes el cadáver de su amigo, nadie ha osado moverse de su sitio.

Se han quemado las coplas y endechas, cumpliendo la voluntad de Crisóstomo. La caja ha caído con un ruido seco en la hoya; dos pastores, de los de zamarras negras, han ido echando paletadas de tierra en la sepultura. Cubierta y llena, se han esparcido flores sobre la tumba.

Mientras tanto, Marcela ha vuelto al amor y compañía de sus zagalas en el corazón del monte. Así ha proseguido algunos meses, hasta que, empezado el invierno, ha vuelto a casa del tío que ha celebrado su retorno con grandes extremos de alegría. Documentos fidedignos que hemos encontrado en algunos archivos lugareños—documentos que ponemos fervorosamente a disposición de los eruditos que esperan la ocasión de este centenario para sorprendernos con investigaciones que han tenido tapaditas y ocultas diligentemente hasta el momento actual, papelotes viejos, amarillos, fidedignos, curiosos y saturados de autenticidad por todos sus poros—, nos permiten asegurar rotundamente, sin temor a ser desmentidos, que Marcela se casó con un labrador de su aldea, que tuvo muchos hijos y fué el encanto de la vejez del señor beneficiado, su tío, al que ella cerró los ojos dulcemente, cuando el bendito varón fué a dar a Dios cuenta de lo discreta y cris-

tianamente que había regido su rebaño de humildes feligreses.

Marcela, la pastorcita Marcela, es una de las figuras más literarias, pero no de las más expresivas y reales que trazara la pluma peregrina de Miguel. El gusto por las narraciones pastoriles y campestres entraba muy de lleno en la afición de los contemporáneos de Cervantes.

La Diana de Jorge de Montemayor había sido popular entre los lectores de la segunda mitad del siglo xvi; ingenios tan diferentes como Gil Polo y como el médico salmantino Alonso Pérez, habían seguido las huellas del suave poeta valenciano.

Ninfas, zagalas, pastorcillos, requiebros inocentes y un tantico enmarañados y conceptuosos, felices desposorios al abrigo de los montes y bajo la bóveda estrellada de los altos cielos—pastores del Henares y del Tajo, zagallillas del Betis, galanes de Garcilaso que en la vega del Tormes discretean a la sombra del castillo de los Duques de Alba—commueven e interesan los ocios de los pícaros y aventureros, de las almas ardientes e impetuosas que crecen paralelamente a la de Cervantes, quien ya había compuesto la primera parte de *La Galatea*.

El episodio de Marcela está, pues, en el *Quijote*, como una concesión graciosa al gusto del público. Reparemos en que la donosa muchacha habla como una bachillera y dice agudezas sobre lo feo y lo hermoso, sobre la razón de amar, sobre si el verdadero amor no se divide en partes; agudezas que son impropias de una doncella criada en un

lugarejo, aunque esté educada por el beneficiado de la Mancha en urdir silogismos y dilemas. Pero el genio de Cervantes es de tal naturaleza, que aun imaginando y trazando figuritas como ésta, destinadas más al aplauso de sus amigos de letras que al fallo de la posteridad, siempre se rebela contra los cánones accidentales y transitorios de una moda literaria, para salvar su creación del amaneramiento y raquitismo, infundiéndole soplos de vida que la harán eterna.

No tiene la creación de Marcela la fuerza, el vigor, la plasticidad de Maritornes, del Ama, de la Duquesa, de Teresa Panza, de las mujeres de *Las Novelas Ejemplares*, en nada inferiores, digan lo que quieran los manuales universitarios, a las mujeres del *Quijote*.

Marcela, sin embargo, puede sostener gallardamente su esquividad y hermosura al lado de las más frescas creaciones de la novela pastoril, así de Italia como de nuestro suelo.

Observemos también que es animadísima, exacta y precisa la pintura del escenario donde castiga Marcela con sus desdenes a los petulantes pastorcillos.

Rasgos, apuntes de paisajes, hay en estas descripciones que pueden ser recogidos y comentados sutilísimamente por ingenios que ya nos han dado una sensación justa de la Mancha (1).

(1) Véase, a este propósito, el libro ya citado (Cap. 1, Isabelita) de AZORÍN, *Laruta de Don Quijote*. Edición ilustrada, Madrid, 1912. Las sensaciones de paisaje son agudísimas y deliciosas.

Estos ingenios tienen el deber de trazar, con todo reposo, una guía completa de las veredas, caminos, calzadas, trochas, bosques, montes, valles y pradecillos por donde discurriera el Caballero de la Triste Figura con su fiel y magnánimo escudero.

No requiera el lector para la viva y fecunda inteligencia del espíritu quijotesco el concurso de ciertos eruditos con sus escarceos a flor de piel, con sus acotaciones, textos, gramáticas y resonancias de voquibles; no es con conminerías ni con palmetas de dómine ni con gafas y lupas de aumento ni con birretes doctorales, sino con emociones y temor santo—nuncios de seguro deleite—como hemos de penetrar en el alcázar de la divina fantasía de Cervantes.

Vienen a ser los eruditos que quieren imponernos su personal interpretación sobre los partos de la fantasía, como esas comadres chismosas de los pueblos que tejen los más absurdos comentarios en torno a los sucesos que ellas presencian más con el deseo y la imaginación que con los ojos.

No hagamos mucho caso de los eruditos; sonriamos de sus documentos y de sus archivos discretamente. Ahora van a señalarnos la huella que dejaron en el discurso de Marcela autores pastoriles muy celebrados en los mismos días en que la garrida moza mejor comunicaba sus pensamientos con los árboles y con las aguas de los regatos que con los mancebos y pastores. Tarea inútil para nuestra tradicional testarudez.

Admiramos más en las doncellas las obras que los dis-

·cursos, y Marcela se mostraría tan esquiva y desdeñosa con estos buenos eruditos como con los estudiantes, vestidos de zamarras y de pellizas, que la festejaban de continuo, en la soledad de los montes y al abrigo de los piadosos cielos:





DOROTEA

«...me daba a mí un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas...»

(*Don Quijote de la Mancha*. — Cap. XXVIII
— Primera parte.)

Dorotea es una de las mujercitas más lindas de Osuna; ojos azules y dulces, cabellos rubios y abundantes, manos breves y blancas, cutis como de rosa, cuerpo primoroso y bien proporcionado, ingenio fértil y agudo, despejo pronto, ricas joyas, gentiles vestidos y tocados.

Vive Dorotea con sus padres en este ancho y rumoroso pueblo andaluz. Su casa—como de labradores riquísimos y harto bien acomodados—tiene panares, lagares, bodegas, establos, colmenas, cuadras y un hermoso y retirado jardín. Dorotea es el alma de la casa; ella dispone de la hacienda de sus padres; recibe y despide a los criados;

ordena y dispone los yantares; lleva razón de las rentas y tributos; interviene los quehaceres de los mayoresales, capataces, jornaleros, hortelanos, segadores, colonos y mozos de labor; conoce el estado de las fincas y las reparaciones de que han menester; actúa, en una palabra, de mayordoma y administradora de sus padres con gran contento suyo y provecho de todos.

Los ratos que tiene libres Dorotea los dedica a la lectura de romances y de libros devotos y de caballerías; otras veces tañe el arpa y arranca de sus cuerdas los más suaves, tiernos y regalados sonos; la rueca, la almohadilla y la aguja ocupan también, de cuando en cuando, sus escasos ocios, y es de ver la ligereza de sus dedos y la destreza de sus manos blancas y pulidas que con la misma blancura de los lienzos y telas se confunden.

Pocas veces sale de casa la doncella, si no es a misa los domingos y fiestas de precepto. Del cielo no contempla otros jirones que los del terciopelo que se columbran desde el retirado jardín. Pero con todo este recogimiento y recato, Dorotea se ha dejado ver y admirar, ya a través de una celosía, ya desde una ventana del piso bajo, por un desenvuelto mancebo, enamorado y atrevido como rico y poderoso que es.

De toda suerte de ardidés y tretas se ha valido Don Fernando—que éste es el nombre del galán—para acercarse a la doncella.

Las criadas de Dorotea sufren apretado cerco hasta que las dádivas abren honda brecha en su voluntad.

Los parientes y deudos de la moza se ven favoreci-

dos, estrechados y rogados de continuo por el mismo pretendiente, tan amigo de encarecer promesas como de no cumplirlas; el sueño de Dorotea se interrumpe a media noche con el ruido de las músicas y de las serenatas, acompañadas del canto de endechas prometedoras y corteses; epístolas inflamadas y ardientes de Don Fernando, hijo de duques y dechado de gentileza y de buena crianza en pintar sus inclinaciones y deseos, llegan a todas horas a las blancas manos de Dorotea.

No desagradan a la doncella tales extremos y ponderaciones de amor; pero discreta y cautelosa en medio de estos transportes y obsequios de Don Fernando, considera la desigualdad de linajes y la oposición que harán los padres de Don Fernando a las repentinas inclinaciones de su hijo.

Con todo, gusta la moza de ser el blanco e imán de los amores del caballero, de verse loada y requerida en trovas y billetes, que no hay mujer tan áspera que rehuya requiebros de calidad, aunque aparente enfado, ni moza tan huraña que deje de solazarse consigo misma, aunque otra cosa disimule, con las caricias que el halago y la vanidad procuran.

La aguja, la rueca y la almohadilla descansan ahora en el más perfecto sosiego; en cambio, la lectura de los romances y de las aventuras caballerescas prestan solaces y alegrías al espíritu, un tanto inquieto y agitado, de la doncella.

Los padres de Dorotea que ya saben las descubiertas pretensiones de Don Fernando, advierten la desigualdad

de linajes y hasta insinúan a su hija que los deseos de caballero tan principal y libertino más pueden enderezarse al deleite y provecho suyo que a la buena fama y honestidad de la doncella. No sé qué tienen de tentadores los vicios y de atractiva la mala fama de los hombres, que antes gustan de tal conocimiento las mocitas que manifiestan remilgos y aspavientos, como sería natural y pertinente. Es tal vez porque las mujeres piensan purificar a los mancebos al crisol de su amor, y mejor prefieren conversión de pecadores y de réprobos que santificación de inocentes con bulas de comedimiento y de templanza.

Los moralistas se las arreglan y componen de tal suerte que no siempre hacen amable la virtud ni aborrecible el vicio.

Queremos decir con esto que las advertencias paternas han excitado la curiosidad de Dorotea, aunque ella diga muy otra cosa, y que los romances y libros de caballerías que ahora están continuamente abiertos sobre la mesa de su aposento, resuelven sus temores en esperanzas y sus recelos en felicísimos barruntos y conatos de ventura.

Reinas poderosas se han enamorado de pastores, zagalas han ceñido coronas en sus sienes, y Cupidillo ha sido tan ciego e impetuoso que ha saltado con agilidad por las barreras que el artificio ha abierto siempre entre los hombres.

¡Ancho campo para las esperanzas de amor el de los libros de los poetas y los relatos de las aventuras caballe-

LAS MUJERES DEL QUIJOTE



Mas y Fendevila pintó

DOROTEA

rescas, a partir del Rey Artús, fundador de la gloriosa dinastía de los caballeros de la Tabla Redonda! Despierta Dorotea a las primeras emociones de la juventud; se hace la remilgada y ofendida, pero las pruebas de amor de Don Fernando encuentran gratísima acogida en su corazón que ya late con dulce desasosiego.

Los padres de Dorotea redoblan la vigilancia de su hija; las criadas más fáciles a las dádivas han sido despedidas de la casa labradora; celosías y ventanas permanecen cerradas durante todo el día.

Estas prevenciones estimulan la impaciencia de Don Fernando. Sin saber cómo, estando una noche Dorotea en su aposento, acompañada de una doncella, vió que penetraba en él la gallarda figura del caballero. Turbada y sobresaltada, no pudo concertar razón valedera para castigar el atrevimiento y la insolencia de su amador.

Don Fernando, ni corto ni perezoso, tomando entre sus brazos la liviana carga de la doncella, comenzó a pintar con tan vivos colores y encarecimientos la nobleza de su amor y la honestidad de sus amorosos pensamientos, que a la turbación de Dorotea siguió la maravilla de escuchar tan ardientes palabras y tan puros y amorosos pensamientos.

Hablaba Don Fernando como los personajes de las novelas que Dorotea leía constantemente; eran expresivos los ojos del galán, señoriles sus ademanes, y sonoro y varonil el timbre de su voz. Había tales matices de ternura, tanta sinceridad en sus afirmaciones, que la doncella sin-

tió los dulcísimos ojos azules en un mar de lágrimas inundados y desvanecidos.

Dorotea se oponía cada vez más débilmente a los propósitos y designios del caballero. «Todo esto he dicho—agregó la enamorada moza—porque no es pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo.»

«Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea—aseveró el galán—ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los ciclos, a quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de Nuestra Señora que aquí tienes.»

No necesitó de otras palabras la gentil moza para rendir el cerco de su fortaleza. La Virgen ha servido de testigo en los desposorios de nuestros amigos. Juramentos y juramentos han redoblado la eficacia de las promesas del mancebo. Todavía insiste Dorotea en la humildad y baja-za de su nacimiento; por centésima vez renueva Don Fernando sus honrados propósitos.

No tarda el galán en recibir el premio de sus deseos. A guisa de arras, el caballero ha ceñido al dedo de la amada un riquísimo anillo. Pronto se han separado los amantes, que no hay horas más breves que las de la dicha.

Nuestra labradora, ya rendida del todo, ha declarado franca y libre la entrada en su aposento al que ya es dueño de su libertad y de su vida.

Pero no ha vuelto Don Fernando a insistir en su demanda, que el torpe deleite de los sentidos, una vez satis-

fecho y apagado, más bien nos separa que nos encadena a nuestros primeros propósitos e intenciones. El sentimiento del amor es tan quebradizo y sutil de suyo que muere con el deleite y sólo se satisface de la viva esperanza que el espíritu pone en encontrar otro espíritu gemelo para descansar y reposar en su regazo eternamente.

Amor de mozo liviano era el amor de Don Fernando; amor de caballero ocioso que no conoce otras complacencias que las del apetito y otro gusto que el de pregonar su ventura entre los amigos y camaradas que le rodean.

La desventurada Dorotea no ha tornado a ver a Don Fernando; ahora es ella la de los billetes y la de las súplicas; el tinglado de los ensueños se ha venido abajo con todo estrépito. Ni en la calle ni en la iglesia ni en otros sitios donde ha enviado ella emisarios y embajadores, ha aparecido el desleal y fementido mozo.

En vano se ha refugiado Dorotea junto a la aguja y la almohadilla; del seno del arpa ya no brotan regaladas y dulces melodías; la hacienda de la casa de sus padres está entregada al desbarajuste mayor que puede concebirse.

En vano ha castigado Dorotea a la doncella de su servicio que franqueó la entrada del aposento a Don Fernando, que ella sola se siente la responsable de todo lo sucedido.

Poco a poco, va perdiendo la moza la confianza en las encendidas promesas de su galán. Noticias han llegado a la desventurada de que Don Fernando se ha desposado con

otra doncella en Córdoba; Dorotea siente la vivísima comezón de pregonar por el pueblo, a voz en grito, la villanía y afrenta de que ha sido víctima.

Quiere comprobar esas noticias Dorotea; por la noche ha salido de casa para Córdoba, vestida de zagal, con capotillo, calzas, polainas, y una monterilla parda; en un saquito o almohada ha metido joyas, dineros y alguna ropa. No sabe la doncella cómo templar y calmar el escozor de sus heridas amorosas; de un criado se acompaña Dorotea hasta la ciudad donde Don Fernando goza acaso de los favores de otra hermosa y más afortunada criatura.

Después de dos días de caminata, llegan a Córdoba señora y criado. Las noticias de la traición se confirman y esclarecen en el mismo escenario donde han acaecido los sucesos.

Don Fernando se ha desposado, en efecto, con una bellísima doncella que se llama Luscinda; al acabar los esponsales, se desmayó la cuitada. Por artes y modos que se dirán más adelante, sabe Dorotea que Don Fernando no está realmente casado, pues fué forzada la palabra de Luscinda. Tenues esperanzas vuelven a palpar y cobrar vida en el corazón de Dorotea.

Mas hasta Córdoba han llegado también las nuevas de la fuga de nuestra moza de la casa paterna; público pregón ofrece buena recompensa a quien la encuentre en compañía del mozo que la acompaña; abandonando la fragante y perezosa urbe cordobesa, asiento y corte de todo regalo, Dorotea, que ha oído el pregón de su propia

afrenta, se ha internado por lo más espeso de una montaña que hay cerca de la ciudad.

En el criado, ha comenzado a titubear y apagarse la fe guardada a su señora; con toda desvergüenza y grosería, aprovechándose de la soledad, ha tratado el muy bellaco de forzar el recato de su ama. Pero Dorotea, sacando fuerzas de flaqueza, ha dado un gran empujón al criadillo, haciéndolo rodar por un despeñadero. Entre los montes ha paseado sus desventuras Dorotea. Un zagal y un cabrero, para colmo de males, han querido repetir la misma gracia del desenvuelto criadillo.

Estando sentada Dorotea una tarde al pie de un fresno, lavándose los pies en un cristalino regato, que hay detrás de un peñasco en estas sierras cordobesas, se ha encontrado con tres caballeros de extraño aspecto, pero corteses y bien criados. Uno de ellos está desastrado y sucio; otro viste una saya de paño verde con fajas de terciopelo negro de un palmo de anchura, con un gorro o birretillo de dormir en la cabeza; el tercero lleva una disforme barba, entre roja y blanca, áspera y fuerte como de cola de rocín.

A tan extraños sujetos ha declarado la doncella la historia de sus desventuras, derramando con el recuerdo muchas y abundantes lágrimas.

Al acabar su narración, ha oído de labios del desastrado y roto el nombre de su padre.

A la admiración de Dorotea ha replicado el desconocido diciendo que es Cardenio o el verdadero esposo de aquella Luscinda, con la que, a fuerza de ardides, se había desposado traidoramente Don Fernando.

Con toda suerte de finezas y cortesías se han ofrecido todos al entero servicio de la doncella, que no están cerradas del todo, sino simplemente entornadas, las puertas de su ventura.

Con Cardenio han usado también el de la barba y el del bonetillo de los mismos ofrecimientos, y los dos infelices amadores han agradecido y aceptado la merced que se les hace de regalarles con casa y hacienda, mientras se trazan diligencias convenientes y acertadas para el logro de sus afanes.

El del gorro o birretillo de dormir es clérigo, y barbero y albéitar del mismo lugar el que arrastra la barba, entre roja y blanca, como de cola de rocín.

Ambos caminan en esa facha porque van buscando a un hidalgo, su convecino, que ha dado en la extraña manía de creerse caballero andante y anda por lo más áspero de aquellas sierras haciendo penitencias por una dama fantástica.

En esto han oído grandes voces, y Dorotea ha visto a un hombre gordinflón, ventrudo, bajo, rechoncho y grave que hacia el grupo con todo reposo se encamina.

El Cura y el Barbero cuentan que aquel hombrecillo es el escudero del hidalgo al que buscan por aquellos andurriales y refieren las trazas de que quieren valerse para reducir al hidalgo a la tranquilidad de su aldea.

Todos convienen que Dorotea haga de doncella menesterosa y que pida favor al caballero contra sus enemigos naturales; Dorotea acepta con gozo su papel, cuya ficción ha de ocultar solamente al escudero, ya que la locura del

hidalgo es tan densa y tupida que no ha de descubrir el engaño.

Dorotea saca de la almohada que lleva consigo rica saya y una mantellina verde; se viste y adereza en un momento; un collar y otras joyas completan el adorno y tocado de la doncella.

A Sancho, el escudero, le dicen que Dorotea es nada menos que heredera del gran reino de Micomicón, la cual, sabedora de la fama y concedora del renombre de Don Quijote, viene a impetrar merced de la fortaleza de su invencible brazo para que deshaga un entuerto de un gigante follón y mal nacido.

La doncella burlada—el mundo es así—se presta a la burla donosamente.

Al cabo de un rato de caminata, descubren a Don Quijote entre dos peñas, escuálido, flaco, melancólico y ojeroso, con sus largos bigotes caídos, y Dorotea, que se ha adelantado un buen trecho con el rapabarbas y el Cura, Panza y Cardenio, pide la merced de protección que es acogida favorablemente por tan esclarecido caballero.

La supuesta princesita y el auténtico caballero entablan el más peregrino diálogo de la tierra; fértil de ingenio se muestra Dorotea y muy sabedora de retóricas y pláticas caballerescas, aunque no tiene reparo alguno en hacer de Osuna, su pueblo, puerto de mar.

Sancho Panza, pensando en el botín de la batalla y en el rango y alteza de la señora que pide favor del invencible arrojo de Don Quijote, no cesa de solazarse con las ganancias y despojos de la aventura. Hasta insinúa

que Don Quijote, olvidando a Dulcinea, debe unirse con la princesa en vínculo matrimonial e indisoluble. Con dos palos de lanzón, descargados con furia en las espaldas de Sancho, responde Don Quijote a las soeces impertinencias de su escudero.

Dorotea pone paz entre los contendientes, si contendiente puede llamarse a Sancho, que no hace otra cosa sino recibir cristianamente la lluvia de palos y denuestos de su colérico señor.

Unos y otros se dirigen a reposar a una venta cercana, donde llegan al día siguiente, harto molidos y quebrantados.

Lectura de una novela del ventero; pendencia de Don Quijote con unos pellejos de vino; aparición en la venta de cuatro hombres cubiertos con antifaz y de una mujer vestida de blanco. La mujer es Luscinda; el hombre del antifaz que la sujeta el mismo Don Fernando... Desmayo de Dorotea, reconciliación de Luscinda con Cardenio y de Don Fernando con nuestra doncella. Tristeza de Sancho que ve cómo se evapora la figura de la gentil princesa. Inauditos sucesos. Relato de un cautivo que acompaña a su mora. Llegada de un oidor con una niña preciosa. Alegría de Dorotea que no se harta de mirar a Don Fernando al que regala de vez en cuando, aun a trueque de ser vista, con suaves ternezas y caricias. La figura bizarra de Don Quijote presidiendo sucesos tan extraños y novelescos. Alborotos, agarradas, escaramuzas de todo jaez. Contenido singular, alborada de amor en el cielo de Dorotea.

Y las aguas tornan a sus cauces; Dorotea se desposa

con Don Fernando. Vuelve nuestra moza a la rueca, a la aguja, a la almohadilla; del seno de su arpa arranca suaves, dulces y deleitosas armonías; sus senos de alabastro juegan—como palomicas en la nieve—sobre la ropa blanca que ha de servir de envoltura a lindos y linajudos infantes; sus padres la abrazan con alegría, que la suerte borra las huellas de la desventura como borra el sol las negruras y tristezas de la noche.

Alborada de amor en el cielo de Dorotea; nubecillas blancas, algodonosas, deshaciéndose en el firmamento azul.

Otra vez la calzada, las asperezas de la sierra, la paz y abundancia de su casa labradora, la mansión señorial de su esposo bien amado. La esperanza que en amor parece recuerdo y el recuerdo que el amor trueca en anhelo que torna a vivirse con nuevas ansias.

Han pasado algunos años. Dorotea, bajo las miradas de su esposo, está leyendo las andanzas del ingenioso hidalgo. Escalofrío de ventura siente la gentil señora. Un capítulo ha comenzado a interesarla en extremo; el que trata de sus cuitas de doncella menesterosa precisamente.

¡Y fragilidad del recuerdo! Apenas, apenas se reconoce bajo la rica saya y bajo la mantellina verde de la princesa Micomicona; ¡así es de olvidadiza y de aplanadora la felicidad! ¡Oh, el buen hidalgo de la mirada ardiente, de los amores puros, de la faz lívida y descarnada, de los ojos tristes y hundidos, de las bien trabadas razones, del espíritu candoroso y aniñado y de los largos bigotes caí-

dos! Una lágrima de Dorotea ha rodado sobre la página del libro que tiene abierto. Don Quijote ha cumplido su palabra, restituyendo a Dorotea en el trono de su dicha y dejándola en quieta y pacífica posesión de sus esperanzas, hoy convertidas en gustosas realidades.





LUSCINDA

«Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y a lo que más se extendía mi desenvoltura era a tomarle, casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos, y llevarla a mi boca, según daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividía.»

(*Don Quijote de la Mancha*. - Capítulo XXVII. - Primera parte.)

Córdoba, cielo violeta, patios de naranjos, palmeras, callejas blancas y silenciosas, bienestar, perfume, luz. Rejas, celosías, ventanas bajas, mujercitas con la roja flor al pelo.

Córdoba, blancura, silencio, fragancia. Sombra de la magnífica Rusafa, de la Azhara de Abderramán, eco de amores y de celos moros, melodías de Góngora, prados, potros que relinchan de placer. Quebrada puente sobre el turbio río. Amores, misterios, huertas, languidez. Córdoba la vieja, Córdoba la sultana, Córdoba.

Cordobesa es Luscinda con más bienes de naturaleza y de linaje que de fortuna. Luscinda es una niña rubia—plácenle a Cervantes las rubias; ya lo habrá notado el lector—. Es una niña rubia, menudita, grácil, esbelta, dulce. Tiene ojos azules, piecitos andaluces que vale tanto como decir que son breves y ligeros, y manecitas rosadas y primorosas, tan expresivas, que al jugar, acarician y sonríen.

Es una temprana doncellica Luscinda que apenas ha florecido quince abrilés. Y en su pecho ya brotan los primeros rosales del amor. ¡Y qué amor el suyo! Parlero, juguetón, gracioso, puro. Amor de niña, amor de cordobesa, amor de virgen. Un amor sin pasado ni futuro, goce vivo del presente, diástole del corazón en un ambiente tibio y de caricia, sin sobresaltos ni temores.

Desde niña viene sintiendo Luscinda inclinación por Cardenio, mozalbete de su misma edad y condiciones. Ha jugado con él en la infancia; le ha besuqueado y acariciado muchas veces; los dos, seguidos de sus padres, han pasado infinitas tardes la quebrada puente bajo un cielo intenso de violeta, a gozar de las delicias de primavera, fuera de la ciudad.

Los prados, los cortijos, los regatos, las huertas olorosas y perfumadas, conocen ya de antiguo a nuestros amigos. La niña era traviesa y juguetona; Cardenio seriecito y parado. Las horas de ausencia eran terribles para los niños. Cardenio pensaba en los bucles de oro de Luscinda, y Luscinda en los ojos negros y en la carita morena de Cardenio.

Crecieron los niños entre el placer de verse siempre juntos. Iguales en linajes y en fortuna, los padres han pensado prematuramente en el natural coronamiento de la amistad de entrambos niños.

Luscinda ha cumplido quince años; Cardenio es un mozalbete lleno de garbo y de gracia, que pasa las horas muertas al lado de su amiga. No hablan nunca de ellos mismos ni de sus esperanzas; los objetos que les rodean, los sucesos y acaecimientos de la ciudad, las cosas menudas y al parecer indiferentes, les sirven de tema para pláticas gustosas e inacabables, de cuyo hechizo y fragancia, aunque se traducen y exteriorizan en gestos, mohines, ponderaciones y complacencias, Luscinda y Cardenio guardan la llave del secreto.

Los padres de Luscinda, que a muchas de estas pláticas están presentes y atentos, unas veces sonríen y guardan otras cierta gravedad placentera.

¡Sagrados encantos de la amistad: nuestros amigos tienen los mismos gustos, las mismas opiniones, iguales pasatiempos y preferencias! La coincidencia es perfecta, no ya sólo en los negocios de monta, sino en las cosas subalternas y menudas. La color que encanta a Luscinda para sus sayuelos y sayas es la blanca que armoniza maravillosamente con el oro de sus cabellos, la transparencia de su piel rosada y el azul cobalto de sus ojos tranquilos y confiados; Cardenio es del mismo gusto y parecer. Luscinda ama el revoltijo de casucas blancas y tortuosas de la ciudad, que tan curioso aspecto dan a los barrios bajos o Ajarquía; Cardenio piensa como su amiga y pasea sus

sueños por aquellos parajes silenciosos, sin temor a que los rompan las estridencias exteriores. Los dos gustan de las mismas músicas, de las mismas trovas, de las mismas lecturas y se sorprenden, con grata ingenuidad, de la identidad de sus espíritus llamados a recorrer un solo camino, confundidos y abrazados estrechamente en un abrazo perenne de emoción.

Los padres de Luscinda piensan que, por buenos respetos a la fama de su hija, están en el caso de negar la entrada de la casa al impetuoso Cardenio, hasta que éste torne a entrar en ella en calidad de prometido y futuro esposo de Luscinda. Nuestros amigos están enamorados y los padres lo han advertido, holgándose mucho de que, así sea.

Luscinda y Cardenio no se han dado cata de ello, pero su amistad se ha ido trocando lentamente en un amor tranquilo, y ambos han pensado que una misma callada esperanza confunde sus almas en una sola.

El apartamiento que ha puesto trabas a las palabras, ha prestado alientos a las plumas de ave, de suyo atrevidas y alocadas, y los billetes y epístolas han pasado a las manos de los mozos sin tregua ni descanso.

Cardenio compone canciones y versos donde recrea su voluntad, pinta sus gustos e inclinaciones, declara su deseo, exalta su gozo y manifiesta, con fogosas y encendidas metáforas, la dicha que inunda su corazón. Luscinda gusta tanto de estos billetes y canciones que se los aprende de memoria.

De noche cuando puede burlar la vigilancia de sus pa-

dres, baja a la reja a platicar con su Cardenio; casi siempre baja Luscinda vestida de blanco, su color favorito; las horas pasan rápidas y fugaces en estos deliquios y devaneos.

Cardenio, arteramente, se apodera de las manecitas de Luscinda—blancas, perfumadas y tibias—, y no hay placer que al de este pasatiempo se compare. No conocemos caricia de tan subido y honesto deleite como la de recoger y reposar en nuestras manos las manos de la amada; un poeta diría que el espíritu del amor circula por ellas, ya que nos transportan al quinto cielo y nos mantienen en éxtasis y en arrobos, fuera de nosotros mismos, oyendo regaladas músicas y desvaneciéndonos en una dulce y placentera beatitud.

Las manos saben de mimos, de reconvenciones, de asperezas, de ternuras, de promesas, de esperanzas, de desdenes y de celos; subrayan las emociones con su tibieza, nos hunden en el silencio con su contacto, nos prometen la paz con su abandono, nos hacen vislumbrar la infinitud con su blancura, y con su despego nos llenan de dolor.

¿Cómo no va a ser poeta Cardenio? A la luz de la luna, en estas noches tibias de Córdoba, cargadas de perfumes y de silencios rumorosos, ¿qué espíritu no encontrará su ritmo en el ambiente, ni su placidez en la serenidad de los cielos, ni su canción soñada acariciando las manecitas de una doncella temprana que se abandonan sin recelo a sus caricias, prometiéndole paz?

Cardenio ha pedido a Luscinda por legítima esposa.

Se acercan las horas de ventura. Cuando Cardenio se atreve a rogar a sus padres que obren de concierto con los de Luscinda, en lo que atañe al logro de sus propósitos y deseos, recibe una carta del duque Ricardo, encareciéndole con toda suerte de promesas y cortesías, que se ponga en camino para Osuna, donde a cambio de servicios, recibirá mercedes y favores. No sabe Cardenio si alegrarse o entristecerse con la fortuna que tiene delante de los ojos; pero obediente y respetuoso con los consejos de su padre, se prepara a partir al punto a la disposición del duque.

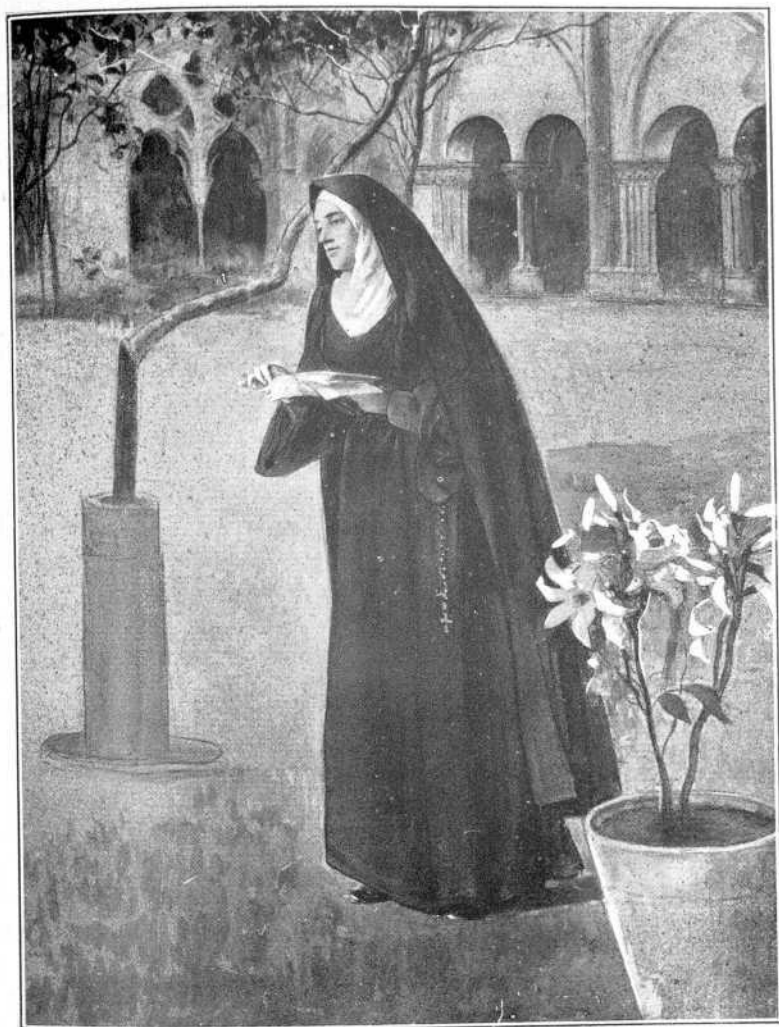
Dolorosa ha sido la despedida a la reja de nuestros amigos; dolorosa e inacabable. Mejor se han entendido los novios con el silencio que con las palabras. La misma pena los invade, y el dolor de la ausencia pesa sobre sus corazones candorosos y leales.

No llega nunca el momento de la separación. La campana de un convento de monjas tañe a maitines rompiendo el silencio profundo de la media noche; Luscinda concede unos instantes más a nuestro amigo; los instantes se convierten en horas. Y con el canto de la alondra, tan dulce de escuchar, y ante las primeras luces del alba, ha sonado en la calle cordobesa un beso largo y chasqueante.

La ventana se ha cerrado, el mancebo se aleja lentamente, y las codornices se han desperezado con los golpes secos, rápidos y alegres de su canción mañanera.

Ya no está Cardenio en Córdoba; Luscinda no ha vuelto a salir más a la reja.

LAS MUJERES DEL QUIJOTE



Mas y Fondevila pintó

LUCINDA

La lectura de las canciones y billetes del prometido esposo son el continuo regalo de nuestra amiga.

Oye Luscinda la misa del alba con sus criadas y prepara después con diligencia los trajines caseros.

Un libro de caballerías, el *Amadis de Gaula*, sirve de manantial de quimeras a la niña, para matar estas terribles horas de la ausencia. Los libros de caballerías son el pasatiempo de las doncellas; la misma Teresa de Jesús, que por aquel entonces anda fundando palomares místicos en la abrasada meseta de Castilla, ha gustado también en su adolescencia de tales lecturas y narraciones. «Era tan en extremo lo que en esto me embecía—nos cuenta la Dama Andante a lo divino en el capítulo segundo de su *Vida*—que si no tenía libro nuevo, no me parecía tener contento...» (1).

Las páginas del *Amadís* se han cerrado a los quince días, pues Cardenio ha vuelto a la ciudad, acompañado del hijo segundo del Duque que se llama Don Fernando.

Las pláticas de la reja se han reanudado en seguida. Cardenio, fuera de los ratos que pasa con su novia, no se separa de Don Fernando, y las conversaciones de los dos amigos versan siempre sobre el sujeto inagotable del amor.

Tales encarecimientos y ponderaciones hace nuestro amigo de la hermosura y donaire de la bella, que Don

(1) OBRAS DE SANTA TERESA DE JESÚS - *Vida*, tomo I, pág. 34. - Librería religiosa, Imprenta de D. Pablo Riera - Barcelona, 1851.

Fernando quiere conocerla; Cardenio se presta a tan gentil propósito; a la luz de una vela, encendida en el aposento de la reja, contempla Don Fernando a Luscinda; absorbo y fuera de sentido le deja la angélica visión; los cabellos de oro, el azul de los ojos, las proporciones del busto y el timbre de la voz de la doncella le maravillan y suspenden. Y como las palabras de los mancebos descubren prontamente sus más ocultos designios y propósitos, las ardorosas y enamoradas de Don Fernando siembran de recelo el alma de Cardenio y de inquietud el plácido corazón de la muchacha.

Lo que luego sucede, ya lo sabéis; Miguel de Cervantes, con su diligencia acostumbrada, puntualiza admirablemente estos extremos de nuestra historia. Cardenio, por orden de Don Fernando, se ausenta de Córdoba en busca de dineros para feriar unos caballos; Don Fernando, aprovechándose de la ausencia de su amigo, ha pedido la mano de Luscinda a los padres de la doncella, que, más codiciosos que discretos, han olvidado la promesa hecha a Cardenio.

¿Repetiremos lo que todos vosotros guardáis en la memoria? Luscinda da cuenta a su novio de la gravedad del peligro; los amantes tornan a sus juramentos acudiendo el mancebo a la cita de su amiga; Luscinda prefiere la muerte a verse en los brazos del fementido galán.

Llegan los desposorios; Luscinda viste de blanco y de rojo y en su tocado centellean las joyas; lleva el rostro ensombrecido y pálido, y con voz entrecortada y temblorosa, accede a las pretensiones de Don Fernando; en segui-

da se desmaya, y en sus vestidos encuentran una daga y un papel con la declaración solemne de sus ocultos y amorosos pensamientos.

Al día siguiente, Luscinda burlando al esposo que la obediencia de los padres y los rigores de la suerte le han impuesto, se retira, con una doncella de su confianza, a la paz de un monasterio que se oculta entre las sierras.

El silencio del claustro aumenta las inquietudes y desazones de Luscinda.

Unos hombres con antifaces la han arrebatado violentamente de aquel retiro. Luscinda ha vuelto a los desmayos, a las lágrimas, a los suspiros, y se ha encerrado en un profundo silencio. No sabe dónde la llevan los secuestradores; en el hombre que la tiene sujeta entre sus brazos, ha reconocido Luscinda la voz odiosa de Don Fernando; de Cardenio no ha vuelto a saber cosa alguna.

Luscinda con sus verdugos entra en una venta; oye la voz dulce de una señora que quiere consolarla en su llanto; en seguida Luscinda percibe otra voz amiga: la de Cardenio... Con el sobresalto deja caer Luscinda el tafetán que le cubre el rostro; Don Fernando forcejea por retenerla entre sus brazos; una mujer está a los pies de su verdugo; después... Después, Don Fernando la ha dejado libre; Luscinda se ha echado a los brazos de Cardenio regalándole con toda suerte de besos y caricias.

Luscinda abre mucho los ojos, no sabiendo si su ventura es soñada o verdadera. Dos días ha pasado Luscinda con su Cardenio. Luego se ha casado con él. En

Córdoba ha rebrotado el amor de la infancia de nuestros amigos.

Cardenio, curado del recuerdo de sus desgracias, sigue escribiendo canciones.

Luscinda, ardiente y traviesa como una niña, sujeta a su esposo con la dulce cadena de sus brazos, y todos los días le descubre mundos inexplorados de caricias y de venturas.

El matrimonio no ha disipado ni desvanecido en estos mozos las frivolidades y niñerías de la reja. Son los novios del mes pasado y los amigos inseparables de la niñez.

Ningún dolor es tan fuerte que no se diluya en la sonrisa de la esposa, ni tan graves son las preocupaciones de Luscinda que resistan a los mimos y ternezas de Cardenio.

La maternidad ha doblado las ingenuidades y donosuras de la bellísima cordobesa. La niña que tiene los ojos negros del padre y los cabellos rubios de Luscinda, cuenta en la madre una compañera más, y nuestra amiga juega con su retoño, aprende sus mohines, imita su lengua de trapo, conoce sus preferencias y caprichos y se da cata de todos los deseos de la nena para satisfacerlos, por absurdos y arbitrarios que le parezcan a Cardenio...

Algunos anotadores de las andanzas del ingenioso hidalgo se dicen al oído que estas doncellicas de Dorotea y de Luscinda—con otras que irán apareciendo ante los ojos del lector—son del todo ociosas a la verdadera acción de la historia quijotesca.

Otros acusan a nuestras amigas de un poco desenvueltas y atrevidillas.

Pero esos juicios se nos antojan ligeros y pueriles. Si bien se mira, no son ociosas a la acción de la novela, ya que el heroico brazo del caballero las defiende y ampara, por las vías intrincadas y misteriosas que elige la Providencia para remediar las cuitas de las doncellas de amor.

La bondad es tan fecunda en gérmenes de todas clases, que cuando se propone desfacer entuertos, no solamente endereza los que procura, sino otros accidentales que surgen en el camino por vía de magia y encantamiento.

Los favores de los caballeros andantes rebotan sobre todas las personas que se hallan al alcance de su heroísmo. Unos son ostensibles y conocidos, pero otros crecen en la soledad y en el silencio.

Dorotea y Luscinda son, sobre todo—dejando a un lado estas digresiones quiijotescas más amigas de ahondar en el espíritu que en la letra de la obra de Cervantes—, primorosas creaciones femeninas del ingenio de Alcalá.

¿No te dan, lector amigo, la sensación justa, peregrina, de mujeres que tú conoces? ¿No viven en tu imaginación, como figuras de carne y hueso, Luscinda y Dorotea?

¿No has visto a Dorotea en un cortijo, en un ancho y rumoroso pueblo andaluz, cosiendo a la luz de una ventana, sonriendo a la entrada de un patio mientras arregla

las flores, ceceando donaires espontáneos y alegres? A la vuelta de la Mezquita, en una tarde de Abril, cuando sales del patio de los naranjos, ¿no has contemplado la elegante silueta de Luscinda, detrás de una reja, pelando la pava con un mozalbete que se estremece de dicha? Ya brillan las primeras estrellas en el cielo; una guitarra dice de celos y desdenes; la fragancia de las flores arroba y enardece los sentidos.





ZORAIDA

«Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allí mi marido, si quieres, y si no quisieres, no se me dará nada; que Lela Marién me dará con quién me case.»

(DON QUIJOTE DE LA MANCHA. — Capítulo XL. — Primera parte.)

La hija de Agí Morato se cría con todo regalo en casa de su padre, el viejo moro, que la adora.

Es Zoraida la más hermosa mujer de Berbería; tiene los ojos verdes y la color morena. Los cabellos, negrísimos, andan sueltos por encima de sus espaldas; un cuello apretado y firme sirve de sustento a la cabeza primorosa. Las perlas de su atavío moruno hacen pobre competencia a las calidades de su espléndida hermosura. Bajo las cejas sombreadas y expresivas, el brillo de sus pupilas moras luce más que el reflejo de los diamantes que lleva esparcidos por sus cabellos. Los brazos son un dechado de gracia y de armonía; las muñecas van aprisionadas en pulseras

de finísimo oro y las gargantas de los pies en ajorcas, manillas o carcajes de tanta riqueza como las pulseras.

Una cautiva cristiana está encargada de la educación de la doncella mora; ella habla a Zoraida de Lela Marién, que es la madre de Dios y de los cristianos, dulcísima señora, refugio de pecadores y consuelo de afligidos. De Lela Marién tienen imágenes los cristianos en sus mezquitas o santuarios.

La cautiva describe a la doncella el primor y el número de estas imágenes; hay vírgenes morenas y menuditas y vírgenes rubias y opulentas, todas preciosas y muy lindas, representaciones diversas de Lela Marién que es una sola. Zoraida escucha a la cautiva con embeleso. Los cristianos, cuando mueren, suben a los cielos que son más bonitos que el paraíso del falso Alá. Lela Marién, sobre un trono de nubes, sonríe a los que gozan de su presencia, y unos mancebos muy hermosos, con alas blancas y azules, llamados serafines, son el cortejo de Lela Marién. Alá es hijo de la Virgen, que en la tierra se llamó Jesús el Nazareno. Porque bajó del cielo a la tierra para que todos los hombres gozasen eternamente de su presencia. Lela Marién era pobre, y pobre su esposo José, con descender ambos de linajes de reyes y de príncipes. Lela Marién recibió la visita de uno de esos mancebos azules y blancos, que ahora la acompañan en el cielo, para anunciarle que de su vientre saldría Alá, el hijo de David. Lela Marién era entonces una doncella peregrina por su recato y su hermosura; llena era de gracia y de pureza. Jesús nació en un pobre portalillo, junto a un establo, recibiendo el

aliento de una mula y de un buey; para Egipto partieron con el niño, José y Lela Marién; un rey malvado y feo, llamado Herodes, ordenó la matanza de los nenes, temiendo que alguno de ellos fuese el Redentor del mundo.

Zoraida, la niña mora, que tiene ingenio fértil y un natural despejo, oye a todas horas con embeleso estas bellas, estas poéticas narraciones de los cristianos. Jesús, el hijo de Lela Marién, murió en la cruz para salvar a todos; llevaba en la cabeza una corona de espinas, y un verdugo le abrió el costado con una lanza. Lela Marién presenció la muerte del Nazareno; sus ojos se velaron de lágrimas, y sus entrañas se partieron de dolor. En tierras de cristianos hay imágenes de Lela Marién que así la pintan y representan. Un manto le cubre la cabeza; las manos se retuercen en contorsiones de angustia; las lágrimas resbalan por sus mejillas...

Zoraida hace el signo de la cruz y aprende las zalás o plegarias donde se invoca el auxilio de Lela Marién. Agí Morato, codicioso y ocupado en aumentar sus riquezas y tesoros, no se cuida de la educación de la doncella. Zoraida quiere mucho a Lela Marién, y como perdió a su madre de muy niña, pregunta a la cautiva si la Virgen la adoptará por hija. Que sí responde la cristiana, y Zoraida no sabe disimular su dicha. Y como los cristianos son leales, caballeros y muy hermosos, ella quiere irse allá lejos, a las tierras donde se contempla el rostro de Lela Marién.

La cautiva se ha muerto, pero más de una vez ha aparecido en sueños a Zoraida, con el encargo de que abandone Berbería; en tierra de nazarenos casará con un

caballero principal, que lejos de maltratarla y recluirla como hacen los hombres de su tierra, la llenará de dicha y de alegría.

Pero Zoraida no sabe cómo cumplir con el encargo de Lela Marién. No conoce cristiano alguno que quiera llevarla a las tierras donde se ven los rostros de la madre del verdadero Alá. Uno de los huecos o ventanas de su casa, mira a un baño de cautivos nazarenos; son muy esbeltos y hermosos estos cautivos; uno de ellos parece caballero y principal por la gentil arrogancia de su figura. A todas horas pregunta Zoraida a Lela Marién que le indique el camino de su ventura; pero Lela Marién no quiere responder a la doncella. Zoraida, nada esquiva ni melindrosa como buena mora, arroja una bolsa con monedas al cautivo más lindo y caballero de los del baño y le pregunta en un billete si quiere llevarla a su tierra, donde será su esposa. El cautivo se lo promete como buen cristiano. Zoraida le tira desde la ventana nuevas bolsas con escudos de oro para que se rescate y la lleve consigo, en calidad de esposa, a ver el rostro bonito de Lela Marién.

Los deseos de Zoraida comienzan a cumplirse, y la Virgen, que ha callado tantos días, ha tornado a aparecer a la morita, entre un coro de angelitos con alas blancas. Zoraida, sin ser vista—que el hueco de su casa que mira al baño es una tupida celosía—contempla durante horas enteras al cautivo con prestancia de caballero quien no aparta su mirada de lo que ha de ser norte de su ventura y esperanza.

Para un viernes, ya rescatados los cautivos del baño,

señala Zoraida la fecha de su partida a tierras de cristianos. Ella se hallará, a la caída de la tarde, en el jardín de su padre, que está a la puerta de Barbanzón, junto a la orilla del mar. Los cristianos comprarán una barca para llevarse a la mora.

Con toda diligencia satisfacen los hijos de Lela Marién los deseos de Zoraida; a todas horas la bendicen y ensalzan éstos. Por consejo del caballero guapo que ha de ser el marido de la doncella, Zoraida se encomienda de todo corazón a la Virgen, con las zalás o plegarias que aprendió de la cautiva muerta.

La víspera de la partida, el futuro esposo de Zoraida en tierras de Lela Marién, entra en el jardín de Agí Morato, en busca de hierbas, fingiéndose esclavo de un señor argelino, gran amigo del padre de nuestra mora. Zoraida, que ha visto entrar al cautivo, se dirige a su encuentro, y para mejor encubrir sus propósitos y determinaciones delante de su padre, bien ajeno a las desventuras que le aguardan, moteja al cristiano de mentiroso y le trata con afectado despego.

Un esclavo corre hacia el grupo que forman Zoraida, su padre y el redento, gritando que unos turcos han saltado las bardas del jardín para robar fruta. Agí Morato corre en busca de los turcos; Zoraida y el cristiano han quedado solos. Más por señas que por palabras ha descubierto la doncella las ansias de su corazón al caballero. Con la osadía que tienen las mujeres enamoradas para alcanzar el logro de sus deseos, Zoraida, fingiendo un desmayo, ha echado sus brazos al cuello del caballero, para

encarecerle de esta guisa su resolución. Agí Morato, después de disuadir a los turcos, ha consolado y calmado a su hija con todo amor.

Al anochecer del día siguiente, se acerca el momento de la partida; la barca está dispuesta, y los cautivos y remeros prontos y preparados a la primera señal. El jardín de Agí Morato tiene libre la entrada. Penetran en él los cristianos, y Zoraida, que los aguarda asomada a una ventana, cambia con ellos las señas convenidas. En un momento ha bajado la doncella vestida con sus mejores trajes y engalanada con sus joyas más ricas y valiosas; los cristianos, tomándola de la mano, la colman de caricias de gratitud, como si fuera la madre y señora que ellos veneran en los altares de sus mezquitas.

Agí Morato duerme en el jardín, bien ajeno al concierto de su hija con los cristianos. Zoraida, ausentándose un momento, ha vuelto al lado de sus amigos con un cofrecillo lleno de escudos de oro. Agí Morato despierta, y oyendo ruidos extraños en el silencio de la noche, prorrumpe en grandes y desaforadas voces, poniendo a los cristianos en grave aprieto. Zoraida se desmaya, y el caballero la sostiene con amorosa honestidad entre sus brazos. Uno de los cautivos, para enderezar el mal negocio del sobresalto del viejo, se apodera de éste, atándole las manos y tapándole la boca con un pañuelo. Con toda presteza—que no hay momento que perder—los cristianos meten en la barca a Zoraida y a su padre, con los servidores del viejo moro que vigilaban el jardín.

Los remeros hienden las aguas con alegría; la barca se

aleja de tierra firme; Zoraida sigue abrazada al caballero, y el infeliz Agí Morato va descubriendo, poco a poco, la razón de su desventura. La barca navega con rumbo a las islas de Mallorca; un viento contrario la conduce a Orán. Los fugitivos no temen otro peligro que el de tropezar en ruta con un bajel de corso. Zoraida quiere que liberten a su padre a la salida de Argel; los cristianos hacen comprender a la muchacha el riesgo de tal propósito, prometiendo dejarle libre con sus esclavos en la primera tierra de cristianos que les depare la suerte. El pobre Agí Morato ofrece a nuestros amigos todos sus tesoros y dineros para el rescate de Zoraida; ésta desvía sus ojos verdes de los enrojecidos y llorosos de su buen padre, y no se atreve a responderle razón alguna. Agí Morato cae en la cuenta de que su hija lleva puestas sus mejores joyas y empieza a comprender.

Empieza a comprender Agí Morato; la doncella mora no se atreve a romper el obstinado silencio. Cuando el caballero cuenta al viejo moro la verdad de la historia, y Zoraida apenas pronuncia otro nombre para justificarse que el dulcísimo de Lela Marién, Agí Morato se arroja de cabeza al mar. Su vestido largo y embarazoso ha sido la causa de su salvación; a los gritos de Zoraida, los cristianos, asiéndole de la almalafa, le sacan del agua medio ahogado y sin sentido. Al cabo de dos horas, vuelve en sí el viejo moro, y nuestros amigos dan con una cala que hay al lado de un promontorio.

En aquel despoblado sueltan los cristianos a Agí Morato y a sus esclavos o siervos. El viejo, con voces esten-

tóreas, reniega de Zoraida, cubriéndola de toda suerte de maldiciones y denuestos.

La barca ha comenzado a navegar de nuevo; Agí Morato, convirtiendo en dulces súplicas sus rudas exclamaciones, sigue gritando a su hija que no le abandone en aquel trance; Zoraida no sabe qué responderle y encomienda a Lela Marién el consuelo de su padre. Allá quedan los moros en el promontorio; apenas se los divisa; los lamentos y gritos del padre desventurado no llegan ya a la barca. Zoraida sigue reposando entre los brazos del caballero. El viento próspero facilita y aligera la marcha; todos piensan columbrar, al amanecer del día siguiente, las dulces costas de la patria ausente.

Un bajel redondo con las velas tendidas a todo viento atraviesa delante de la barca; es un bajel corsario de los franceses. Dos piezas de artillería han destrozado el árbol de la barca de nuestros amigos; doce soldados con arcabuces se han llegado a inspeccionarla. El cofrecillo de Zoraida ha ido con sus escudos al fondo del mar, temerosos los españoles de tentar la codicia de los corsarios; éstos han despojado a la doncella de sus joyas, haciéndole en cambio la merced de cuarenta escudos y dejando a los cristianos el esquite de su navío, con galletas y bizcocho, para el sustento de la corta travesía que aun les queda para llegar a España.

De noche cerrada, desembarcan los fugitivos al pie de una altísima montaña, olvidando los riesgos y peligros del viaje ante la imagen de la tierra natal. Ni senda ni persona alguna descubren desde la solitaria costa. Zoraida

camina sobre la arena, sin dar muestras de cansancio. Amanece. Al cabo de un cuarto de hora de caminata, los cautivos oyen el dulce tañido de una esquila y divisan a un pastor que junto a un alcornoque labra un palo con un cuchillo. Asustado el pastor de la traza de los cautivos, se interna corriendo por un bosque, con grandes exclamaciones de susto y sobresalto. Los cristianos siguen caminando por la vereda del pastor.

A las dos horas de caminar, soportadas por Zoraida con grandísima alegría, cincuenta caballeros, a medio galopar, se dirigen al encuentro de nuestros amigos, creyéndoles moros desembarcados en la costa. Confusos han quedado al verse con pobres y desventurados cautivos; uno de éstos ha reconocido a un jinete, tío suyo, recibiendo gran consuelo unos y otros del feliz hallazgo. Los caballeros se han apeado de las cabalgaduras para ofrecerlas cortésmente a los fatigados redentos; Zoraida ha montado en el caballo del pariente del cautivo.

Algunos caballeros se han adelantado al pueblo para dar a los vecinos cuenta exacta del suceso; los cautivos han sido hospedados en las mejores casas. La belleza de Zoraida ha causado gratísima impresión en el pueblo de Vélez Málaga; la doncellita entra en la iglesia con los cristianos que van a dar a Dios las gracias por su feliz arribo; Zoraida ha visto en seguida rostros bonitos como los de Lela Marién, que la sonrén con alborozo.

Después de reposar algunos días en el lugar, Zoraida y el caballero se dirigen a tierras de León, donde espera estrechar éste los brazos de su anciano padre. Va Zoraida

montada en un jumento, comprado con parte de los cuarenta escudos de los franceses, sirviéndoles el resto para las costas y menesteres del viaje. Zoraida soporta las duras estrecheces de la pobreza y va contenta con su cristiano, que de padre y de escudero, que no de esposo, la sirve con todo regalo y contento de los dos. Zoraida se llamará María como la madre de Jesús el Nazareno; la visión del rostro de Lela Marién en la iglesia de Vélez. Málaga ha llenado de sosiego y de poesía el corazón de la doncella; los rendimientos y cortesías del caballero guapo que Lela Marién le ha buscado para marido, hacen olvidar a Zoraida las riquezas de su casa mora, ya que no la soledad de su padre viejo y desvalido; pero Lela Marién mirará por él.

Después de algunos días de camino por los pueblos andaluces, han llegado los dos enamorados a una venta de la Mancha. En ella ha tornado Zoraida a encontrar rostros de tanta dulzura como el de la Virgen, que en tierras españolas se contemplan a docenas. En la venta se ha encontrado el caballero—que por Rui Pérez de Viedma responde—a uno de sus hermanos convertido en oidor y sabe nuevas de su viejo padre que sueña a todas horas con el rescatado. Zoraida ha conocido a una lindísima sobrina de su futuro esposo, hija del señor oidor. Las mujeres cristianas, de suyo buenas y agradecidas, han besado y acariciado una y mil veces a Zoraida, y la morita, que no sabe la lengua de los cristianos, agradece con grandes zallemas y reverencias estas deleitosas demostraciones de amor y cortesía.

LAS MUJERES DEL QUIJOTE



Mas y Fondevila pintó

ZORAIDA

Con el oidor y su hija han llegado nuestros amigos a Sevilla, variando el rumbo de su viaje. Eu esta ciudad, y delante del padre de Don Ruy, ha recibido Zoraida, con las aguas bautismales, el nombre de María; Lela Marién, desde los altares, escucha con alegría las zalás de la doncella y por las noches se la aparece sobre un trono de nubes, con un traje blanco y con los cabellos sueltos y flotantes de oro.

Zoraida es una de esas creaciones cervantescas grabadas en nuestro espíritu con tal vigor, que ella nos hace comprender, con más eficacia que todos los relatos del cautiverio de Miguel, el temple de su espíritu y la juventud, siempre lozana y fresca, de su corazón sediento de reposo. No necesitamos de una gran perspicacia psicológica para comprender que hay muchos retazos autobiográficos en el relato dramático y emocionante del cautivo.

Cuatro años después de la batalla de Lepanto—en 1575—volviendo Cervantes a las costas españolas con su hermano Rodrigo en una galera, cayó prisionero del arráez Dalí Mamí, sufriendo cinco años de cautiverio en Argel. Pocos hombres más crueles y sanguinarios que el patrono de Cervantes; éste, despreciando el peligro, huyó de casa del arráez, escondiéndose en una cueva cavada en el jardín, cerca de la playa, con otros compañeros de infortunio.

Cervantes esperaba el rescate que un mallorquín, llamado Viana, había ofrecido a sus compatriotas en diferentes ocasiones. Fué Viana excelente cumplidor de su

palabra; equipó una barca, se acercó a la playa de Argel, y cuando iba a realizar su propósito, le conocieron unos moros que le obligaron a alejarse de la costa.

Cervantes no perdió sus esperanzas ante el fracaso. Su ingenio era fecundo en todo linaje de recursos e iniciativas. Un compañero de cautiverio descubrió al rey Azán el escondite de la cueva. Tampoco desmayó Cervantes ante la vergonzosa traición, hasta el punto de que se presentó al rey con toda serenidad y entereza, ofreciéndose como víctima propiciatoria, en calidad de responsable único del ardid del escondite, con tal de salvar la vida a los demás cautivos. El arráez Dalí Mamí reclamó a su esclavo, y admirando la grandeza de su corazón, no quiso castigarle por sus intentos de fuga y evasión.

Los incidentes del cautiverio de Cervantes han sido descritos muchas veces; no es nuestro propósito repetirlos en este lugar. El mismo Ruy Pérez de Viedma recuerda en el capítulo XL de la primera parte del *Quijote* la fama que dieron a Miguel sus intentos dramáticos de fuga. El dolor y el infortunio, lejos de quebrar su ánimo, le elevaron a las cumbres del heroísmo y de la abnegación. Sabido es que a continuación del incidente de la cueva, siguió Cervantes concertando otros proyectos que fueron malográndose sucesivamente, hasta que pensó en soliviantar a los esclavos, ponerse a la cabeza de ellos y apoderarse de Argel.

La grandeza de este arriesgado pensamiento sólo cabía en el corazón del padre de Don Quijote. El Rey Azán se estremeció de espanto y solamente se juzgó seguro comprando a Mamí nuestro cautivo y convirtiéndose personalmente en

su custodia y celador. A tales presos, tales carceleros...

De los recuerdos del cautiverio de Cervantes en Argel, surge, entre otras, la figura hechicera de Zoraida. Sus ansias, nunca amortiguadas de libertad, encarnan de este modo en los ensueños más inefables y sutiles. En todo hombre de acción verdaderamente grande—Napoleón, Cervantes, Julio César—hay escondido siempre un poeta que imagina las empresas más arriesgadas y atrevidas, infundiéndolas vida antes de que nazcan y se desarrollen, y en ese concierto de la mente que traza con la voluntad que ejecuta, estriba la eficacia de su genio.

El espíritu vale más por lo que intenta que por el resultado práctico que logra de las cosas. Un espíritu apocado y tímido hubiera recordado su cautiverio en tierras de Argel, desatándose en injurias con los carceleros y verdugos; Cervantes encarna sus anhelos de independencia en la lindísima hija de Agí Morato. Ninguna evasión más romántica, más caballerisca que la de Ruy Pérez de Viedma. La morita huye de casa de su padre, impulsada por el vehemente deseo de conocer las tierras donde se venera a Lela Marién y de casar con un caballero cristiano, pues en sus caricias y favores aprendió Zoraida, de la cautiva, que estribaba la ventura mayor de una mujer sobre la tierra. Cervantes responde a los golpes de su infortunio, trazando nuevos proyectos de evasión y guareciéndose en la roca inexpugnable de sus quimeras. ¡Cuántas veces soñaría Cervantes con la Zoraida libertadora de los ojos verdes! ¿Quién no cifra sus sueños de redención en la figura de una mujer?

Cervantes: Zoraida. El dolor de la desgracia y el fervor de los sueños sobreponiéndose a las desventuras, la lucha eterna de la vida con el ideal, las músicas del espíritu acalladas por las estridencias de la carne, la libertad del pensamiento atenazada por la esclavitud de la palabra, el ensueño contra la burla, Don Quijote ferido de punta de ausencia llorando los desdenes de Dulcinea, y Sancho reclamando las cédulas de los pollinos. ¡Mi yo y el Universo contra mí, Dios mío! Pero en el corazón de Cervantes—corazón cristiano—Zoraida rompe las cadenas de los cautivos, Sancho el bueno, a la cabecera del lecho de su señor, sueña en toparse detrás de una mata con la figura desencantada de Dulcinea.

Este optimismo, esta frescura, esta muchachez perenne del corazón de Miguel, mueven a Zoraida a soportar con alegría los rigores primeros de su entrada en España, con tal de contemplar los ojos bonitos de Lela Marién—lucercitos de la mañana y estrellas errantes de la noche—en las mezquitas y santuarios de los *nizarani*.





CLARITA

«Y hay más, que cada vez que le veo o le oigo cantar tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre lo conozca, y venga en conocimiento de nuestros deseos.»

(DON QUIJOTE DE LA MANCHA. — Capítulo XLIII. — Primera parte.)

Clarita—Doña Clara de Viedma, la hija del oidor—es una niña de quince años. Hasta San Miguel, para las vendimias, no cumplirá los diez y seis. Tiene Clarita ojos negros y pelo rubio, boquita breve y pies diminutos, manos lindas y un gestecillo de encantadora vivacidad y alegría.

Vive en Madrid Clarita con sus padres; ya conocéis vosotros a las doncellas tempranas de la corte; la belleza de Clara es de una finura, de una elegancia, de una entonación que yo no sabré encareceros ni pintaros a buen seguro. Pues no reside el hechizo de Clarita en el fuego de los ojos anchos y dulces ni en el trazo breve y rojo de la boquita ni en el perfecto óvalo de la faz ni en la vi-

veza de su discurso ni en la armonía que guarda su tocado con la figura ni en la expresión de sus ademanes y movimientos, sino en la perfecta proporción de las partes. Sorprende el detalle y enhechiza el conjunto.

Es Clarita la estampa de la lozanía y el espejo de la primavera. Refleja todas sus emociones con plena gracia y tiene la fragancia de las rosas, la frescura de los regatos y la transparencia del cristal. De cristal y de rosas es el corazón de Clarita. Su cuerpo, apretado y firme, señala tenuemente las líneas más delicadas y tentadoras. Serena en reposo como una deidad griega, es expresiva en su inagotable movilidad como una mujer española y madrileña. Goya nos trazaría su expresión; Miguel Angel el encanto y la suprema armonía de su majestad en reposo. Madrid nos ofrece todavía la silueta de Doña Clara. Al salir de los toros, visitando los monumentos en la tarde primavera del Jueves Santo, yo he visto, más de una vez, a los remedos de Clarita, alegrando el ambiente tibio de la Corte con la lumbré de sus ojos y con el ritmo inefable de sus pasos.

Clarita sale mucho de casa con una doncella, que su padre, el oidor, harto distraído y ocupado está con sus pedimentos, resoluciones y audiencias en justicia. Vive cerca de San Andrés, Clarita. Esta linda iglesia es con la de San Pedro de las más favorecidas de los devotos. Clarita no se cura de mirar ni de ser mirada. Gusta del ruido, de la animación de las calles y pasa muchas horas a la ventana, oyendo, a través de los lienzos y celosías, los animados gritos de los transeuntes.

En frente de la casa de Clarita, se alza el palacio de un gran señor que tiene un hijo, muchacho y estudiante.

Clarita ha visto muchas veces, desde su ventana, a este mancebo que no se harta de mirarla, arrobado y absorto.

Se ha dejado contemplar la niña, y advirtiéndolo el mancebo, tan discreto como principal, ha encomendado a las señas y a los gestos lo que apenas saben decir con desembarazo las palabras. Unas veces, las lágrimas del estudiante descubren sus enamorados propósitos; otras, hace mil reverencias y cortesías; cuándo parece alegre y lleno de contento; cuándo triste y abatido.

Clarita, detrás de la celosía, vigila los ademanes y movimientos del vecinito. No pueden hablarse los dos muchachos; no se han hablado nunca. El mocito, una tarde, ha juntado las manos como queriendo manifestar a Clarita que se casaría con ella. La niña, huérfana de madre desde el mismo día de su nacimiento, no sabe con quién comunicar sus pensamientos, y su padre, el licenciado Don Juan Pérez de Viedma, ya hemos dicho que está fuera de casa casi siempre, y cuando regresa al lado de su hija, no sabe hacer otra cosa, luego de acariciarla con gran ternura, que consagrarse al despacho y resolución de sus graves negocios.

Clarita ama al estudiante; el vecino—que don Luis se llama—es tan lindo como gracioso; hasta Clarita han llegado nuevas de que el estudiante tiene renombre de poeta e ingenioso. Cuando los padres de los muchachos salen de casa, Clarita se atreve a alzar un poco el lienzo

o celosía de la ventana para mostrarse, en todo su esplendor y lozanía, ante los ojos absortos de don Luis. Momentos dichosos e inocentes que inundan de alegría el corazón de los vecinos. El estudiante hace tanta fiesta de la merced de Clarita, que el que no supiera de qué holgaba, le reputaría por enajenado y orate.

Con estas alegrías y pasatiempos, a hurto de la vigilancia de sus padres y servidores, pasan algunos meses nuestros amigos. Don Luis ya conoce el lenguaje de los gestos y no hay sabrosa esperanza ni delicado deleite que no sepa leer en los ojos de doña Clara; doña Clara, por su parte, tampoco puede vivir sin las zalemas del estudiante y a todas horas piensa en los obsequios y finezas de su vecino.

Un extraño accidente quiere acabar con la candorosa ventura de los muchachos. Don Juan Pérez de Viedma ha sido nombrado por la cesárea majestad de don Felipe—que Dios guarde—oidor en la Audiencia de Méjico; dentro de unos días, partirá Clarita con su padre para las Indias. Don Luis ha sabido la nueva del traslado, causándole tal pesadumbre que ha debido de caer enfermo de tristeza, pues Clarita no ha podido verle a la ventana. Ni aun despedirle con los ojos le ha sido hacedero a la doncella. Y con su padre ha tomado el camino de Sevilla, donde los dos se embarcarán con rumbo a los lejanos estados de Méjico.

Pero en el camino, la niña ha visto, bien a las claras, a la puerta de un mesón, vestido de mozo de mulas, al mismo Don Luis, que, a espaldas de su padre, ha sabido

mirarla larga y amorosamente. Lleva tan grabada en el corazón la imagen de su dueño la preciosa niña, que no es posible que la engañen sus sentidos. Don Luis se esconde cautamente siempre que atraviesa delante del oidor y de su hija. El corazón de Clara es una mezcla de alegrías y sobresaltos que no sabe si le causan placer o pesadumbre.

Clarita se alegra de la resolución de su amigo, pero se turba pensando en las fatigas y molestias de don Luis, que no se detiene en reparos por seguir el norte de su ventura.

Teme Clarita que su padre se entere de los deseos de los tiernos amadores y donde pone don Luis los pies, pone los ojos la niña. No se hablan doña Clara y don Luis, no se han hablado, no han podido hablarse nunca. Pero los ojos son fecundos en pensamientos para el que sabe descifrarlos y traducirlos al romance común. Amor no ha menester de palabras para ser constante y bien nacido, antes se nutre de las raíces del silencio, y ellas le sostienen y vigorizan.

Y así, es de ver a nuestra doncella, sentada en el coche, en frente de su padre grave y reposado con su toca luenga de mangas arrocadas, mirando a través de las ventanillas el rostro del estudiante; es de ver a don Luis cómo se goza en la contemplación muda de Clarita, espionando las miradas del oidor; hay, en fin, que contemplar a los muchachos, por estos caminos de la Mancha, no sabiendo si anhelar el término de la jornada o desear que ésta se prolongue indefinidamente por la llanura amari-

lenta, donde unas veces surgen aspas de molinos y otras caseríos pardos y bajitos, acurrucados bajo la torre o espadaña de una iglesia humilde.

Son tantos los criados y servidores del señor oidor, que nadie repara en la presencia de don Luis, y nuestros mozos renuevan su gusto de verse con más espacio a cada parada, y el padre de la niña, fatigado de las molestias del viaje está muy lejos de fijarse en la turbación de Clarita, y Clarita no sabe qué pensar de su don Luis, con el corazón pendiente del remate que tendrá la fuga, cuando su padre descubra la verdad de todo lo que sucede.

El coche del señor Pérez de Viedma se detiene a la puerta de una venta; los escuderos demandan posada a los huéspedes; el señor oidor desciende con su hija del vehículo, y al trasponer los umbrales venteriles, se encuentran con tres hermosísimas doncellas y con varios caballeros principales y de calidad. Uno de ellos tiene la más extraña catadura del mundo; sin esperar un punto, ha salido al encuentro del oidor y de su hija, dándoles la bienvenida, rogándoles que se espacien a su talante por el castillo y loando con extrañas imágenes la singular belleza de Clarita. Más llanos y corteses ofrecimientos escucha el oidor de las demás personas. Las doncellas saludan a nuestra turbada amiga, pendiente no tanto de lo que ve, como de lo que ha dejado de ver hace un momento.

El oidor no sabe qué pensar del caballero alto, triste, enjuto y amarillo que, armado de extrañas armas, le ha

dirigido el inaudito discurso de salutación. Nuestra Clarita oye, mira, calla, sigue pensando en las andanzas de su don Luis...

A los pocos momentos ha sucedido algo extraordinario, insólito, que ha roto el monorritmo interior de la doncella. El oidor derrama abundantes y no disimuladas lágrimas, ante un caballero vestido con una casaca azul, armado de un alfanje puesto en un tahelí que le atraviesa el pecho. Es el caballero el hermano mayor del padre de Clarita, y no solamente ha abrazado la amorosa niña al tío, sino a una bizarrísima mujer que le acompaña, vestida con una almalafa blanca a la usanza morisca, bonita señora que ha de ser la esposa de su tío y a la que debe éste el término de su cautiverio y las venturas de su corazón.

Clarita se ha ido a recoger a un aposento para pasar la noche con las doncellas, que la venta está llena de gente, y para que las mujeres reposen y sosieguen, han de velar en pie los caballeros. Clarita se ha acostado al lado de una doncella que conocemos: de Dorotea. Profundamente se ha quedado dormida la niña tan pronto como se ha acomodado en el lecho.

Una voz sola—no acompañada de instrumento alguno—entonada y varonil, se deja oír en el aposento, rasgando el silencio de la noche. Dorotea, a quien el hallazgo de su don Fernando y la alegría de su desventura traen desvelada y atenta al más pequeño rumor, oye con maravilla el regalado cantar; Clarita sigue durmiendo profundamente. La voz continúa cantando con arrobadora y

dulce melodía, y de escucharla tanto y tanto, se solaza Dorotea, que para que guste del tal recreo la sosegada Clarita, no acierta a industrializar otra cosa que zarandearla para que despierte.

Todo soñolienta y adormilada se despereza la niña del oidor, y cuando escucha la pretensión de Dorotea y oye el timbre del amoroso cantar, la abraza estrechamente, con «un temblor tan extraño—escribe Cervantes—como si de algún grave accidente de cuartana estuviera enferma».

El cantor es el mismo don Luis que compensa las fatigas del día con las canciones de la noche, esclavo del mismo pensamiento; así, Clarita se confunde y sobresalta con tanto extremo.

La niña cuenta sus amores, punto por punto, a Dorotea. No sabe qué será de ella cuando el oidor, su padre, se entere de sus preferencias por el señor de lugares al que impaciencias de felicidad le han trocado en mozo de mulas. Dorotea ha estampado un beso en las rosadas mejillas de la gentil narradora, ha callado el cantar con los barruntos del alba, y la venta duerme en silencio.

Al día siguiente, unas palabras de Dorotea tornan a llenar de turbación a Clarita; cuatro criados han venido en busca de don Luis y quieren restituirle, de grado o por fuerza, a los brazos de su afligido padre. El donoso cantor se ha defendido de sus criados. Pero no cesan las pendencias y las escaramuzas. El oidor ha reconocido a su vecino...

El mozo de mulas, con extremo donaire y con el respe-

to que el padre de su amada le merece, ha contado al oidor la causa de su disfraz y el motivo de su fuga, pidiéndole con humildad y nobleza, no exentas de esperanza, la mano de Clarita. La causa de don Luis ha ganado el corazón de los circunstantes y—¿por qué no decirlo?— el del mismo oidor. Éste resuelve que tres criados marchen a Madrid a dar cuenta al padre de don Luis del paradero del fugitivo; don Fernando, siempre liberal, ruega al mozo de mulas que acepte la franca hospitalidad del marqués, su hermano, que regalará a don Luis como su calidad merece. Uno de los criados que ha venido en busca del estudiante le acompañará a Sevilla.

Las doncellas festejan y acarician a Clarita, que revela una alegría tan intensa y tan comunicativa, que todos se solazan de su ventura, como si por todos fuera gozada y compartida. El semblante del oidor es tal que bien refleja en él el gusto que le producen las determinaciones de don Luis y las honestas esperanzas de su retoño. Zoraida, la futura esposa del caballero cautivo, sin comprender el habla de los cristianos, besa tiernamente a la que ya quiere como sobrina y hermana. Don Luis, vuelto a sus hábitos de caballero, se acerca medrosamente a la doncella, y ahora que puede hablarla con el consentimiento tácito del oidor, no sabe cómo trabar plática con Clarita; más fáciles y elocuentes eran los guiños y gestos del balcón.

Felicísimo ha sido el viaje hasta Sevilla. Dos semanas después se ha celebrado la boda de los muchachos. El padre de don Luis ha consentido en el enlace, que los padres

discretos, no conocen otra felicidad que la que descubren sus hijos.

A las bodas han asistido varios amigos nuestros: Zoraida, Dorotea, don Fernando, don Ruy, el oidor, el abuelo de Clarita, que desde su apartado rincón de las montañas leonesas, ha venido a bendecir las nupcias del cautivo y las de su nietecita; en un mismo día se han celebrado con toda pompa.

El rey don Felipe—que Dios guarde—satisfecho de los servicios del oidor y amigo del padre de don Luis, ha dado a los tiernos esposos pruebas de su real aprecio, otorgándoles un título de nobleza.

El mozo de mulas se ha trocado en Duque y Clarita en Duquesa.

El oidor ha partido, días después, solo, con rumbo a las Indias, pues está escrito y es dura ley de vida, que los hijos abandonen a los padres por sus mujeres para criar hijos que también les abandonarán a ellos.

«Esta linda figura de doña Clara—escribe el señor Rodríguez Marín—es de lo más bello y delicado que se vió jamás en novela alguna (1).» Pensamos, en esta ocasión, como el estudioso cervantista sevillano.

(1) CLÁSICOS CASTELLANOS. — *Cervantes*: Don Quijote de la Mancha. Edición y notas de *Francisco Rodríguez Marín*, de la R. A. E. Ediciones de *La Lectura*, Madrid, 1912. (Tomo IV, página 129, nota). Y ahora que citamos al docto y erudito cervantista andaluz y hacemos referencia a su edición — por tantos conceptos admirable — de *Don Quijote*, debemos añadir que de ella nos servimos siempre que tenemos que citar algún pasaje de la novela inmortal en este libro. El texto de la edición del señor Rodríguez Marín — dejando a un lado las notas, que no hacemos labor de investigación en estas páginas para impugnarlas o aquilatarlas — es mucho más depurado y racional que el de cuantas ediciones han visto la luz hasta la fecha. A cada cual lo suyo. Si el anotador no nos convence siempre, el restaurador del texto nos

Hay que leer y releer el bellissimo episodio de la llegada del oidor a la venta y saborear con deleite el maravilloso diálogo de Clarita y Dorotea en el aposento donde reposan, mientras lanza sus canciones al aire el enamorado y donoso don Luis, para darse entera cuenta de todo el amor que ha puesto Cervantes en la creación de esta asombrosa figura de mujer. Páginas más candorosas, de más puro arte, de más subido valor estético, más delicadas y expresivas, surgen pocas veces de pluma humana.

Clarita nos atrae con los hechizos que le prestan su pureza, su inocencia y su candor de niña. Ella no ha hablado nunca con Don Luis, «y con todo eso le quiero de tal manera—dice Clarita a Dorotea—que no he de poder vivir sin él.» No sabe decir otra cosa de su inclinación la niña. Sus concesiones al vecinito no han pasado nunca de alzar las celosías o lienzos de sus ventanas, mostrándose en toda su hermosura, para que Don Luis haga fiesta de tan gentil contemplación.

Ignora Clarita cómo ha nacido su amor al estudiante, pero sabe que se encuentra enamorada. «No sé qué diablos ha sido esto—sigue diciendo Clarita en sus confidencias a

convence del todo. Estos comentarios nos sugiere el *Prólogo* del mismo señor Rodríguez Marín puesto al frente de su otra edición crítica — en curso de publicación todavía, al escribir estas páginas, 16 de mayo de 1914 — de las *Novelas Ejemplares* (Ediciones de *La Lectura*, Madrid, 1914, *prólogo*, págs. VIII-XII) ya que hemos sostenido en artículos publicados en *La Vanguardia* de Barcelona, en *La Lectura* y en el *Mundo Gráfico* de Madrid, en contraposición a los puntos de vista un poco bruscamente sostenidos por el señor Rodríguez Marín en este *Prólogo*, que la interpretación del *Quijote* no se logra solamente con rebuscas, papeletas y documentos sevillanos, sino con... espíritu.

Dorotea—ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años; que para el día de San Miguel que vendrá dice mi padre que los cumplo.»

El que no conserve la niñez en su espíritu, el que la tenga tan distante de su corazón que no pueda recordar los anhelos vagos y sin contornos de la misteriosa adolescencia, no podrá saborear todo el encanto, toda la fragancia de la figura de Clarita. Sus amores son los primeros amores, el continuo asombro de las cosas que la rodean, el latido de su corazón puesto al unísono con el corazón del universo, el velado deleite con que se anuncia la ventura para que corramos a su alcance en plena adolescencia, la primera floración de la semilla del espíritu.

No viven los amores de Clarita del pasado ni del futuro; se nutren del presente, y el momento es tan intenso y pródigo que deja un poso de eternidad en el corazón de la niña, poso de eternidad que ha sabido prender Miguel en los sutiles hilos de oro de su divino arte. Clarita tiene la magia del ritmo de la primera canción que brota de nuestros labios y la luz de las antorchas triunfales a cuyo resplandor emprendimos una dorada tarde de mocedad—tan cercana y tan distante ¡ay! al mismo tiempo—la conquista ingenua de las cosas. Clarita es una mujer, pero es también un símbolo; el símbolo de lo que fuimos, de lo que quisimos ser, de lo que pudimos ser, si la niñez se hubiera mantenido fresca en nuestro corazón, antes de

LAS MUJERES DEL QUIJOTE



Mas y Fondevila pintó

CAMILA

conocer las amarguras y tristezas de amor, ya sazonados en plena madurez. Yo no sé lo que es, Dios mío, pero tengo para mí que la poesía no es otra cosa que el eco de las sensaciones dormidas en plena infancia, latentes en nuestra fantasía. Y solamente cuando despiertan en nosotros, oteamos el alma de las cosas y vislumbramos el grado de eternidad que encierran.

Clarita, adolescencia, tardes perfumadas de primavera, sueños radiantes y maravillosos, sangre rica que corre a raudales por nuestras venas, balbuceo de la palabra que se recoge tímidamente antes de formularse, canciones no-cherniegas cantadas a pleno pulmón para que el aire se las lleve a prisa, mientras la amada duerme; todas estas sensaciones lejanas, puras, de santa adolescencia nos sugiere a nosotros la contemplación de Clarita, la hija del señor licenciado Pérez de Viedma, a través de tres siglos de distancia.

Tornemos a repetirlo una vez más; los comentarios eruditos nos interesan poco; ante estas creaciones de los poetas, que palpitan todavía llenas de gracia y de frescura, creemos percibir algo así como el reflejo de las sensaciones que produjeron a nuestros abuelos, lectores del *Quijote*, y más nos importa revivir estas palpitaciones de la emoción, más nos encanta sentir de nuevo los aleteos de la poesía que las generaciones pasadas y la presente pusieron alrededor de Luscinda, de Dulcinea, de Clarita, de Zoraida, que el comentario—frío como el soplo de la muerte—con que ciertos eruditos andan a caza de lo anecdótico y de lo subalterno.

Huella de sombras adorables entrevistadas en sueños mozos, tiene Clarita la sonrisa, la misma sonrisa con que acogieron nuestras primeras novias—la niña aquella de la trenza de oro, la niña aquella de los ojos negros—los mudos presentes de nuestro amor callado y fervoroso... ¿Te acuerdas, corazón?





CAMILA

«Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general, y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden.»

(DON QUIJOTE DE LA MANCHA. - Capítulo XXXIV. - Primera parte.)

Florenzia en la Toscana: orillas del Arno, valles perfumados de rosas, casas limpias y elegantes, palacios sobrios y sencillos, fuentes, estatuas, la cimera recta y gallarda de la Señoría hendiendo el cielo azul; torres de Santa Cruz, de San Lorenzo, de San Juan, de Santa María de las Flores, laderas de San Miniato, jardines, huertas, puestas de sol majestuosas, ambiente cargado de perfumes, valles de graciosos y cambiantes tonos, montes cercanos, cipreses, puente viejo con la sombra de Beatriz la bella que el Alighieri cantó. Florenzia paraíso, Florenzia ciudad, Florenzia valle, Florenzia río, Florenzia jardín, Florenzia en la Toscana...

Florenzia es la delicia, el paraíso de la tierra. De Florenzia son las dagas que hieren los corazones, las sutile-

zas que desconciertan el pensar, los príncipes que regalan a los ingenios, los políticos y arbitristas que perturban los estados, los poetas que cantan las glorias de los mortales y presienten el porvenir de los pueblos, y los artistas que pintan lienzos, esculpen mármoles y broncees y fabrican lindos palacios y mansiones de placer.

En Florencia canta el Dante, Boccaccio se divierte, Maquiavelo intriga, Angélico sueña, los Médicis vislumbran, Miguel Ángel medita sus angustiosas quimeras, Savonarola ruge en las plazas con palabras de fuego, Benvenuto cincela, Leonardo muestra el misterio de *Monna Lisa*, Rafael goza, el Aretino ama, y Galileo contempla la marcha de los astros en la majestad augusta de la noche.

Florentinas son las revueltas populares, las suspicacias y las endechas; florentina es la libertad. Junto al Arno han florecido, al abrirse las rosas blancas y bermejas, los placeres serenos de los antiguos. A los pies de las laderas de San Miniato se ha renovado el sentido de la vida. En Florencia, cabe a la logia del Bigallo, en frente de San Juan Bautista, vive Camila, la mujer de Anselmo.

Camila ha sido una de las doncellas más lindas de la ciudad y es hoy una de las damas más principales y celebradas de ella. Su hermosura es tanta, que los ojos la contemplan con embeleso y el ánimo no acierta a encarecer bastante sus perfecciones. Los ojos son negros y rasgados, abundantes y castaños los cabellos, el cuello gracioso y blanco, el ademán reposado y lleno de majestad y la voz timbrada y dulce, hecha a hablar el toscano con elegancia. A través de los sayuelos de vestir y de las hol-

gadas telas caseras, los senos descubren firmeza y lozanía, los hombros armoniosa redondez, y los brazos, carnosos y frescos, las más elegantes y atrevidas líneas.

En el rostro de Camila florece perpetuamente una sonrisa. Su donaire es tan grande como su belleza. Tañe el arpa, se recrea con los versos de los poetas y de los bardos, ama los cuadros y los bronceos, adorna la casa de flores blancas y rojas, sutiliza y penetra en el dédalo de las pasiones y de los gustos, y es uno de los ornamentos más codiciados en las fiestas de los embajadores y caballeros principales.

Pocos días hace que se ha casado Camila con Anselmo; sabrosas y dulces son siempre las primeras mieles de la ventura. Anselmo adora a Camila, y Lotario, el tierno amigo de Anselmo, sabe respetar y reverenciar a la esposa con la fidelidad de los amigos verdaderos y leales. Ninguna nubecilla empaña el cielo radiante y limpio de la dicha de Camila.

Sabiamente goza del amor de su marido y de los hechizos y maravillas de la gran ciudad. Algunas tardes sube Camila con Anselmo hasta Fiésole y desde allí contempla el sonriente valle del Arno; las colinas toscanas están pobladas de cipreses que dan al paisaje una nota de dulzura, de serenidad y de alegría reposada e íntima; otras ascienden los esposos a la explanada de San Miniato y oyen los cantos de los monjes de San Salvador a la sombra del tupido bosque; de cuando en cuando, atraviesan el puente viejo y se espacían en los jardines de los Pitti, henchidos de flores húmedas, frescas y fragantes.

Lotario, el fiel amigo, acompaña alguna vez a los esposos. Camila se mira en Anselmo y siente cómo la paz de su corazón se concierta con la paz de las cosas que la rodean.

Anselmo está embriagado de ventura. No se harta de hacer confidencias a Lotario, su amigo inseparable. El amor y la amistad se le han mostrado en pródigos y abundantes frutos. Su corazón florentino recela, sin embargo, de tanta dicha. La fidelidad de su esposa ¿tiene algún valor? ¿Acaso ha vencido Camila rudas batallas para ser honesta? ¿Es de buena ley el recato de una mujer que no ha sufrido el cerco de las dádivas, de los regalos, de las promesas y de las importunidades de los hombres? ¿Puede hablarse de fortaleza donde no ha existido vencimiento?

Lotario se asombra de los celos y suspicacias de su amigo. Sabe que ventura que se analiza no es ventura. De discretos y avisados es gustar la felicidad, dondequiera que se presente, y de torpes y poco agudos destrozarla con la lima de la reflexión y con el martillo del recelo. Lotario no sabe qué responder a su amigo.

Las suspicacias del marido de Camila se van condensando en una aspiración ¿Por qué no ha de ser Lotario la piedra de toque donde se contraste la calidad de las virtudes de Camila? Si Camila resulta vencedora, el contento del esposo se verá colmado; si vencida, la discreción del amigo hundirá la experiencia en el silencio, y el enojo del marido se verá libre del hierro candente de la afrenta. Lotario se indigna de los planes de su amigo. Camila, graciosa y enamorada, no percibe los combates interiores de su esposo y sigue echándole los brazos al cuello, reposando en

sus miradas y gozando de los honestos y venturosos deleites que el matrimonio proporciona a los mortales.

Pero la resolución de Anselmo es inquebrantable. No saben disuadirle de sus propósitos los advertimientos y razones de Lotario. En su locura, parece dispuesto a dar cuenta de su desatino a otras personas para que ellas pongan en ejecución las pruebas en que haya de resistir o quebrantarse la honestidad de Camila. Lotario finge que él se encargará de llevar adelante este negocio, pero ni festeja a Camila, ni la dice cosas que no pueda oír una mujer casada, sin grave detrimento de su recato y fidelidad.

De la ficción de Lotario se da pronto cata Anselmo, y se enoja tanto de ella, que Lotario promete cambiar de conducta y poner en práctica los medios de seducir a Camila.

Auséntase Anselmo de Florencia; Lotario no deja un momento la compañía de Camila. Durante los primeros días, la abandonada esposa muestra bien a las claras el enojo que la continua vigilancia de Lotario la proporciona y no se aparta un momento de sus doncellas y criadas. La ausencia del marido se prolonga. Las pláticas desmayan cada vez más entre Lotario y Camila, pero en el silencio los pensamientos tejen laboriosamente su consistencia, y los ojos no están ociosos, y las voluntades trazan conciertos atrevidos, y más de una vez el carmín del sonrojo descubre las agitaciones del ánimo en esos momentos en que sin comunicar nuestras intenciones con la persona que tenemos delante, pensamos en lo que ella piensa y soñamos sus mismos sueños y fantasías.

Lotario contempla la negrura de los ojos de Camila,

la hermosura de sus brazos, la redondez de sus hombros, la opulencia de su figura vigorosa y sensual. Camila, por su parte, repara en las buenas partes así de la traza como del entendimiento de Lotario.

Los dos luchan por ocultar su pensamiento, pero éste los domina de tal suerte que presto se declaran vencidos y confusos. Lotario piensa que, si es grande su deslealtad, mayor es la locura de Anselmo, poniéndole en trance de tener que quebrantarla. Camila, queriendo vencer su inclinación, sospecha que no debe valer mucho su recato en el concepto de su marido, cuando tan poco se cura éste de protegerle y defenderle como a porción de su misma honra.

La esposa comunica sus angustias al marido ausente; Anselmo, que espera estas confidencias, no sabe sino holgarse y vanagloriarse de ellas. La ausencia prosigue sin embargo. Lotario torna a sus razones, lágrimas, súplicas, ponderaciones y asiduidades; Camila, la gentil Camila, la abandonada Camila, la florentina Camila, sensible a las alabanzas de su hermosura, se rinde al amor del mancebo sin condiciones, que es como se rinden las casadas, de tal manera, que rompe la fidelidad debida con armas más afiladas que las del deseo.

Lo que ha comenzado en juego, concluye de todas veras. El ausente torna a su puesto; Lotario encarece al engañado esposo la honestidad de Camila; Anselmo—como todos los maridos a los que su propia indiscreción coloca en estas situaciones—está ufano de su ventura y de las tretas que ha trazado con el burlador para asegurarla.

Camila se entiende con Lotario delante de su mismo esposo, que a tal disimulo llegan las mujeres—y los hombres—cuando quieren ocultar sus inclinaciones pecaminosas. Anselmo sigue celebrando su estrategia habilísima para sondar corazones femeninos. Y con la ceguera corriente de los varones que pasan por tales trances, él mismo se encarga de mantener el fuego de las voluntades de los enamorados con alabanzas continuas e importunas.

A la sombra de la liviandad de la señora, crece la de la doncella de su confianza, Leonela, otra florentina lista y avisada que celebra íntimas entrevistas con su galán en la misma casa de los señores. No hay que decir que Camila las ampara y encubre, a cambio de análoga protección en los asuntos propios.

Lotario observa que, al romper del alba, un galán se descuelga de una de las ventanas de casa de Camila; no se acuerda de Leonela; teme que otros compartan su ventura. Con la precipitación que solemos poner en los momentos apurados y difíciles, Lotario da cuenta al marido de las sospechas vehementes que acerca de la fidelidad de Camila despiertan en su corazón. Después de cometida la torpeza, Lotario refiere a Camila los recelos que su imprudencia ha sembrado en el corazón de Anselmo.

El disimulo de Camila salva la tontería del amante. Con toda diligencia advierte la esposa a su marido las deshonestidades de Leonela. Hace más Camila; para borrar las suspicacias del ánimo de Anselmo, prepara una linda comedia a cuenta del engañado esposo: Colombina, con una daga, un fingido desmayo y unas cuantas exclamaciones.

maciones siempre aplaudidas por la galería de pícaros, hace gestos feroces a Pierrot para que el Polichinela de la pieza regocijada, o lo que es igual, el Anselmo de la verdadera historia, borre de su espíritu la turbación despertada por la imprudente confianza de Lotario.

Pasada la comedia, Colombina, de industria y artificio, hace que rehuye la presencia del imprudente Pierrot y conduce sus hilos a guardar las preferencias aparentes con el engañado Polichinela de los sutiles y alambicados recelos. Leonela sigue dejando franca la entrada a su galán en la casa de sus señores.

Anselmo escucha pocos días después extraños pasos en el aposento de Leonela y se tropieza con el galán de la criadita. Sobresáltada ésta, queriendo contener el enojo de Anselmo, le acalla con la promesa de referirle cosas de la mayor importancia, en cuanto sosiegue su turbación. Camila, a quien Anselmo da cuenta de las intenciones de la liviana doncella, temiendo que ésta ponga en claro algo más que sus personales desenvolturas, prepara su fuga aquella noche.

Al día siguiente cuando despierta Anselmo, encuéntrase sin su mujer en casa y sin Lotario en la ciudad. Entonces comprende la desventura que él solo se ha labrado. Muere de tristeza y agobiado de amargura Anselmo. Lotario, temeroso de las iras del engañado esposo, se alista en los ejércitos del Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba y cae herido mortalmente en un asalto, peleando con bravura contra las huestes francesas de monsieur Lautrec. Camila, sin marido ni amante, en-

tra en un apartado monasterio, cuando sabe la desastrosa muerte de Lotario, que ha hecho naturalmente en su espíritu harto mayor impresión que el desventurado acabamiento de su esposo.

Si nosotros escribiéramos un comentario crítico sobre el *Quijote*, nos detendríamos aquí, con todo reposo, para analizar las fuentes de la novelita de *El curioso impertinente*, intercalada con cierta impertinencia en el texto de la verdadera historia de nuestro señor Don Quijote. Todos saben que los materiales de esta narración los extrajo Cervantes de Ludovico Ariosto y de un relato que Cristóbal de Villalón tomó asimismo del poema del enamorado cantor de Ferrara (1).

A nosotros nos incumbe solamente defender a Camila de las imputaciones calumniosas de que ha sido constantemente objeto. Somos hombres, somos jóvenes, somos algún tanto sensibles a los encantos de las lindas mujeres, y nos duele tener que defenderlas de las redes en que nosotros mismos tratamos de envolverlas, bien con nuestra hueca y aparatosa petulancia, bien con nuestra llana y castiza bellaquería.

La desenvoltura de Camila prueba, no la inconsistencia y poca duración de los afectos mujeriles, sino lisa y simplemente la estulticia y vanidad de los señores maridos y enamorados.

(1) V. CERVANTES: *Don Quijote de la Mancha*, Edición y notas cit. de F. R. Marin, de la R. A. E., tomo III, pág. 172, nota, y el artículo, citado en esta nota, de Rudolph Schevill, profesor de la Universidad de California, *A note on «El curioso impertinente»* (*Revue hispanique*, 1910, t. XXII, págs. 447-453) donde se prueba la influencia de *El notalón* de Cristóbal de Villalón en la trama del relato cervantino.

No pidamos a las mujeres sino amor; el amor protege, pero necesita de protección; se da sin condiciones, pero demanda la reciprocidad continua; es confiado y se asusta del recelo; es espontáneo y rehuye el artificio; no sabe de razonamientos porque es egoísta e instintivo; hace simulacros de estrategia cuando ya tiene rendida la plaza por el buen parecer y se muestra ufano, sintiendo protección, ante las dificultades y peligros de toda laya. Quien entrega su corazón demanda otro, y el aprecio ajeno suele ser en el amor, como en las distintas manifestaciones del comercio humano, bruñido espejo de la estimación con que nosotros mismos nos medimos.

Amor che à nullo amato amar perdona, el amor que, según el Dante, «no perdona al ser amado que deje de amar», excluye el recelo y la suspicacia de sus dominios, porque su reino es de la emoción, de la humildad, de la confianza y de la maravilla. Amor que se razona no es amor. Para ser de calidad, ha de pasar por alto sobre las tinieblas y alumbrar de continuo el sendero del objeto amado, amor humilde que no repare ni vea, amor ciegucecito que se deje guiar del brazo que le sostiene y alimenta.

El enamorado receloso y soberbio dará al traste, tarde o temprano, con su ventura, y la ventura consiste siempre en la posesión pacífica de nuestros afectos, sin secar la savia de que se nutren sus raíces. Una mujer puede enamorarse del que la odie o del que la desprecie, pero no del que la estime poco y con debilidad. El amor, como el odio su contrario, es apasionado y violento; pero el

análisis borra la sangre de los corazones con su frialdad cautelosa.

Camila es una mujer honrada, quiere a su marido, se recrea en él y le rodea de toda suerte de caricias y delicadas atenciones. Su felicidad hubiera llegado a las cumbres de la perfección, si el impulsivo Anselmo, dando su justo valor a la amistad de Lotario, se hubiera curado más de penetrar en el alma de su esposa, que de analizar con peligrosos ensayos las causas remotas de su ventura.

Las pasiones que no son exclusivas, y que pueden convivir apaciblemente con otras complacencias, no merecen el nombre de pasiones. Con seguro y perspicaz instinto, nuestras mujeres y nuestras novias no conceden nunca demasiada estimación a nuestros amigos y camaradas. Ven en esos afectos algo así como un fraude, como una sisa al amor suyo, como un aspecto de nuestra personalidad que las ocultamos, como una faceta de nuestro espíritu que hurtamos aviesamente a su contemplación.

Los pecados de Anselmo son gravísimos pecados de vanidad que sólo las mujeres saben castigar debidamente. Camila se jacta de su recato, porque con él defiende su personal estimación, que le sirve de garantía ante su marido; pero cuando Anselmo—con su ausencia incomprensible—hace dejación de sus derechos, es que los renuncia por harto livianos e indiferentes. Las mujeres toleran el desprecio, pero no la burla, y cuando Anselmo deja al cuidado de su amigo la vigilancia de su esposa, Camila piensa con amargura que no debe apreciar gran cosa An-

selmo sus naturales hechizos, ya que lejos de ocultarlos, los pone de manifiesto a la admiración de su inseparable camarada. Camila se rinde a las caricias de Lotario, no tanto por amor a éste, dígame lo que se quiera, cuanto por despecho de no verse comprendida ni estimulada por Anselmo.

Unas mujeres son virtuosas por instinto, otras por comodidad, algunas por elegancia moral. Las de este grupo—y Camila, florentina de pura cepa pertenece a él—ostentan sus virtudes en busca de loanzas, pero si no encuentran compensaciones dejan de serlo, que, pagadas de su persona, no tienen reparo alguno en aceptar el yugo de los que las solicitan con osadía e ingenio.

No merece vituperios Camila; tampoco los merece muy graves Lotario; recaigan todas las censuras en los hombres que, como Anselmo, son cavilosos y asustadizos ante el amor.

El amor, aun siendo quebradizo y sutil por excelencia, es el mayor consuelo de la vida, porque no se basa en razones, sino en anhelos y deleites que pierden su hechizo cuando se les analiza.





III.—LA MUJER EN LA SEGUNDA PARTE DE «DON QUIJOTE»

ANTONIA QUILJANO

«Por el Dios que me sustenta — dijo Don Quijote — que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo.»

(DON QUIJOTE DE LA MANCHA. — Capítulo VI. — Segunda parte.)

Ningún retrato nos ha dejado Cervantes de la sobrina de Don Quijote. No nos dice si era alta o baja, morena o rubia, guapa o fea, esbelta o desgarrada. Discretamente la relega siempre a segundo término, como una figura borrosa y secundaria. Habla poco la mocita, y cuando mueve la sin hueso, es para decir alguna simpleza. Siempre han pasado desapercibidos los deudos y parientes de los héroes; ellos se llevan toda la luz, y los que se hallan más íntimamente a su lado apenas viven del reflejo o sombra que los héroes proyectan sobre ellos.

La sobrina de Don Quijote, Antoñita Quijano, ha vivido desde niña en casa de su tío. Sus padres murieron, dejándola en la más espantosa orfandad; la madre de Antoñita era hermana carnal de Don Quijote, su única hermana, de algunos años menos que él, y a la que el buen hidalgo adoraba entrañablemente.

Sin más ropa que la puesta, como suele decirse, entró Antoñita en la casa del tío. Se crió simplona, ignorante y caserita. Apenas aprendió a leer, y de escribir no sabía otra cosa que trazar, a fuerza de sudores y trabajos, las letras de su nombre. Oía de madrugada la misa de la parroquia, meneaba los palillos de randas en la cocina, zurcía las calzas de velludo de Don Alonso, y en colaboración con la vieja ama, aderezaba las lentejas de los viernes, el salpicón de casi todas las noches y los palominos de todos los domingos y fiestas de guardar.

Antoñita era seca y estirada; trataba con despego a la pobretería de la aldea y sólo se curaba de alternar con las hidalgas y mocitas principales.

Don Alonso no se cansaba de predicar humildad y llaneza a la sobrina; pero Antonia, testaruda, no mudaba de condición ni de costumbres.

Económica y con sus dejos y asomos de codiciosa, se oponía tozudamente a los despilfarros del tío, considerando que la hacienda sería suya y muy suya cuando Don Alonso dejase de existir sobre la tierra.

Conocía la sobrina, palmo a palmo, las tierras de sembradura del buen hidalgo, las fanegas de trigo y de centeno que rentaban, los censos que podían cobrarse, las

alcabalas y tributos que pesaban sobre ellas, y las lamentaciones y subterfugios de los colonos morosos que no se apresuraban a rendir sus cuentas en sazón.

Pocas veces hablaba el tío con la sobrina; cada plática era fuente inagotable de querellas para los dos. El espíritu paradójico, extraño y contradictorio de Don Alonso pugnaba resueltamente con el sentido práctico y a ras de tierra de la doncella. Su espíritu no se abría jamás a los entusiasmos ni a las efusiones.

Desconocía nuestra Antoñita las dulzuras que la práctica del bien proporciona a los piadosos y las redes de dolor y pesadumbre en que se revuelven los malos y pecadores.

Se le daba una higa de andar en lenguas de las gentes, y cuando el tío—que ya comenzaba a pasarse las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, leyendo los libros de caballerías—hablaba de vestiglos y de fantasmas, de caballeros andantes y de damas que les socorren en sus aprietos y peligros, ella replicaba con desabrimiento que más le valdría a Don Alonso cuidar de sus tierras y arbitrios para conservarlas y aumentarlas.

Un día de fiesta marchó el hidalgo al Toboso; tornó de noche triste y melancólico. Antoñita, que era un costal de noticias y de chismes, supo que en la melancolía del hidalgo tenían buena parte los encantos de cierta Aldonza, a la que Don Alonso miró a hurtadillas y con embeleso. El enojo que se apoderó del hidalgo, ante las chacotas de la mocita, no es para pintado en este lugar.

Muchos días estuvo Don Alonso sin cambiar palabra con la sobrina. Altanera y rencorosa Antonia no se cuidó de desagraciar al tío. Aguantó a pie firme el chaparrón del enfado de Don Alonso, yendo a murmurar con las hidalguelas de los infundios y cominerías del lugar, periponiéndose a todas horas y descargando el peso de su simpleza delante del ama, que aunque también era de cortos alcances, no por eso dejaba de respetar y querer al hidalgo, a pesar de sus excentricidades e imaginерías.

Dió Don Alonso, pocos meses después de la fiesta del Toboso, en abandonar el saludable ejercicio de la caza, y, lo que es peor, en vender fanegas y más fanegas de trigo, malbaratando su hacienda de hidalgo de gotera para comprar libros y más libros. Un hociquillo de tres varas ponía Antoñita a cada nuevo despilfarro de Don Alonso. No era solamente de codicia la rabia de la doncella; era también de incomprensión, de mezquindad y de ramplonería.

Antoñita no comprendía el solaz y pasatiempo que dan los libros, los pesares que quitan del alma y los deleites que proporcionan al espíritu, luego de haberlos gustado y admirado.

Sacaba de quicio a la doncella, sobre todo, que un hombre como su tío, cincuentón, pobre, enjuto, amarillo y con canas en la cabeza, diese en la manía de leer romances y disparates fabricados sobre el sujeto del amor.

Barruntos tenía la moza de que en esta transformación de Don Alonso andaba el recuerdo de aquella sol-

terona del Toboso, a la que su tío mirara con arroboamiento en la plaza, al salir las gentes de la fiesta de la parroquia.

La palabra amor no cabía en el menguado diccionario espiritual de la sobrina. Los hombres se casaban por conveniencia con las doncellas: éstas se unían a los varones y habitaban bajo el mismo techo para administrar y aumentar la hacienda, perpetuándola en los hijos y retoños que les naciesen y brotasen.

Una rapaza como Antonia miraba a los hombres en frío, y si no eran hidalgos y carecían de bienes de fortuna, no se dignaba ni aun concederles esa atención con que las mozas de los pueblos fingen aparecer como burladas y sorprendidas ante las primitivas insinuaciones de los mancebos. Los noviazgos no eran cantera de ilusiones en el magín de Antonia, sino sondeo de la voluntad del galán para discurrir, después de la coyunda, el modo de cortarle las uñas y, sobre todo, las alas.

Antoñita no había tenido novio, pero le esperaba, sin emoción y sin ansiedad.

El matrimonio, para ella, se reducía a un medio de asegurar su rango y condición de hidalguela, sin que nadie se atreviera a disputarle la indiscutible ejecutoria.

Poesía, amor, aventuras, ideales, caballerías eran letra muerta para Antonia, como para tantas y tantas otras muchachas españolas de su ralea, que, en nuestros mismos días, hacen ascos de las aventuras y batallas de la plazuela, sujetando a los novios y maridos al carro de sus vanidades y repulgos.

Prosigamos nuestra narración. La escapatoria de Don Alonso, sus andanzas por trochas y veredas, el cambio de su nombre por el de Don Quijote de la Mancha, han dado al traste con la paciencia de la doncella. No es que sienta el dolor de las privaciones de su buen tío; es que teme las burlas de las juiciosas y discretas del lugar. Antoñita vive pendiente de las opiniones de su círculo y es depositaria, aunque indigna, del honor de la clase.

Cuando ha vuelto Don Quijote a casa, después de una ausencia de dos días, aporreado y molido, con el excelente Pedro Alonso, Antonia no ha podido disimular su gozo, que estas doncellas sositas y pazguatas son así de atravesadas y rencorosas. Todo eso que dice al Cura y a Maese Nicolás, el rapabarbas, de que lamenta el molimiento de Don Quijote por no haberles avisado a tiempo de los estragos que hacía en el caletre de su señor la lectura de los condenados libros de caballerías, es ñoño y taimado fingimiento.

Con toda presteza ha dado Antonia al día siguiente al Cura y al Barbero las llaves del aposento de los libros.

Por ella todos serían arrojados al fuego. Ninguna gracia hacen a la doncella las églogas y fábulas pastoriles, estas invenciones deleitosas que, lejos de encender, apagan y aquietan la ansiedad de los leyentes.

Teme la sobrina que Don Quijote se convierta en pastor, y para la muy boba, tanto monta la caballeresca ocupación como el pastoril ejercicio. Bobada por bobada, no prefiere ninguna la doncella.

Después, cuando Don Quijote ha pedido un libro, ha salido la muy taimada con la invención de que un sabio encantador se llevó los volúmenes, desapareciendo en seguida con ellos y remontándose a las nubes, durante la noche.

Pero como no le cabe la rabieta en el cuerpo a la doncella, endilga un sermón a Don Quijote, diciéndole que se deje de pependencias, viva pacífico en su casa y no pise más por esos mundos de Dios en busca del pan de trastrigo, con otras consideraciones pueriles y atrevidas.

Don Quijote, colérico, furioso, ha vuelto la espalda a la sobrina, una vez más.

Ha salido el caballero a sus aventuras, tornando la moza a sus cominerías y sandeces, temerosa de que las hidalgas del lugar rompan con ella, a causa de las andanzas del tío, que son ya del dominio público y tema favorito de los paliques de las comadres.

Antonia, en ausencia de Don Quijote, administra severamente la hacienda y hace víctima al ama—que es ordenada y económica—de sus pujos de sordidez y de tañería.

Cuando habla Antonia de los trabajos, miserias, hambres, aporreamientos, coces y cachetes que recibirá su tío por el afán de desfacer entuertos, saca a colación sentencias huera y a la superficie sus rencores de simplona, tozuda y vengativa.

A las pocas semanas, cuando ha vuelto a casa el hidalgo encerrado en una jaula, tan mal ha disimulado su

enojo nuestra Antonia, que el socarrón y no muy avisado clérigo se ha creído en el deber de amonestarla para que cure con todo regalo y esmero al quebrantado tío.

Durante la enfermedad de Don Quijote, ya sabemos, por el testimonio autorizado y fidedigno de Cide Hamete Benengeli, que la sobrina cumple con la recomendación del Cura, porque espera que Don Quijote recobre el juicio, siga quietecito en casa y conceda beligerancia a los sobriños discursos, aderezados mentalmente en la cocina, mientras Antonia sazona las lentejas, adoba los palominos y menea los palillos de randas.

Con Sancho, plebeyo y sin gota de sangre azul en las venas, se insolenta la mocita, llamándole maldito y preguntándole, a guisa de aguda y socarrona, si las ínsulas son cosas de comer. También trae, entre ceja y ceja, la faz carirredonda y macilenta del bachiller Sansón Carrasco.

Algo más calmada la doncella con el sesgo que va dando a los sucesos Don Quijote, habla con él y hasta admira sus pujos de orador—profesión muy del gusto de las tonas—.

—Yo apostaré que si quisiera ser albañil—dice Antoñita en esta ocasión al caballero—que supiera fabricar una casa como una jaula.

Antoñita, la pobre, no puede disimular su condición; admira, no el esfuerzo, sino el resultado tangible y material, prefiriendo las jaulas a las aventuras y hasta la maña y destreza de los dedos que fabrican chucherías a

la fortaleza de los brazos que reparten mandobles y reveses.

El tío se ha desgarrado una vez más de la casa. Antonia está condenada a ser la comidilla del lugar. Sabe perfectamente, como nosotros lo sabemos por Sancho, que a los caballeros se les ha hecho muy cuesta arriba el don con que ha remozado sus blasones el buen hidalgo y que los hidalgillos murmuran de los humos de su tío, cuando apenas si componen sus bienes raíces cuatro cepas y dos yugadas de labor.

La sobrinica encierra su malhumor en casa y apenas sale a la calle. Y para colmo de reveses, ha supuesto Antonita que el bachiller Sansón Carrasco tiene ciertas pretensiones respecto de ella, y cuando ha visto sus castillitos desmoronados, han aumentado, si aumentar pueden, su gravedad y petulancia.

¡Ea! Don Quijote ha vuelto a casa, después de correr sus últimas aventuras.

La sobrinica, sospechando que su tío quiere trocar el lanzón por la zamarra, engarza sus desteñidas agudezas de niña boba, afirmando que no está el alcacel para zampoñas.

Es la primera vez que acierta, por desgracia, la muy simple.

Don Quijote yace en el lecho para no levantarse más.

El hidalgo se confiesa con el Cura; medrosica Antonia, anda asustada temiendo el espectáculo de la muerte que presto ha de presenciar.

Sus lágrimas son vergonzantes y no tienen la fuerza, la abundancia de las de Sancho, que llora sin consuelo, pensando que él ha de recoger la herencia más sagrada de su señor, aquella que no consiste en bienes materiales, sino en la transmisión de la virtud que se nos lega en toda su integridad, para conservarla y aumentarla con la eficacia del ejemplo.

Antoñita recibe, a puerta cerrada, la herencia de Don Quijote, descontando las mandas y legados, con el ruego, que más parece mandato, de que case, si quiere casarse, con hombre que no sepa qué cosas son los libros de caballerías. Minutos después de haber hecho la relación al escribano, Don Quijote ha dado su espíritu a la eternidad, de donde se desprendiera durante su tránsito glorioso por la tierra.

Ha dado su espíritu Don Quijote, y Antonia, con la presencia de ánimo que tienen los simples, en siendo mujeres, para tales ocasiones, ha amortajado a Don Quijote con la saya de velarte y con las calzas y pantuflas de velludo. Entre las manos agarrotadas y tías del caballero, ha colocado Sancho la cruz, el arma de combate del Primer Caballero Andante que registran las historias.

Humildes mujerucas han quedado velando los mortales despojos de Don Alonso, mientras Antoñica ha ordenado las exequias del tío para el día siguiente, con el esplendor que requiere el bien nacido linaje de los Quijanos.

El cadáver se ha trasladado al aposento de los libros; el Ama y la mujer de Sancho no han cesado de suspirar,

contando que no acaban las bondades, ternuras, niñerías y limosnas del buen hidalgo. Al día siguiente, después del funeral, ha sido enterrado en el atrio de la iglesia el cadáver del caballero, y el Cura—que ha entonado el responso—y el Bachiller, y el maese, y el escudero—el escudero, sobre todo—, han llorado lágrimas de dulzura al despedirse del cuerpo inanimado del Caballero de los Leones. Que así nos ganan el corazón los niños y los locos con que tropezamos por el mundo.

Después, la vida de Antoñita ha sido una repetición de impresiones, siempre las mismas y siempre iguales. Ha casado, como estaba dispuesto, con un mozo nada versado en achaques y libros de caballerías. Ha mejorado la hacienda propia y la del marido. Ha dado a luz, con toda felicidad y en un periquete cuando ha llegado la sazón, hasta una docena de chicos robustos, rollizos y mordorros.

No hay memoria en la aldea de que haya perdido sermón de iglesia ni convite de hidalga.

Los lectores de *Don Quijote* no han reparado cosa mayor en la figura de Antoñica; los eruditos, que nosotros sepamos, tampoco han tratado de hacer indagaciones sobre los hechos menudos y la vida lugareña de la sobrina.

Pero sospechamos que más de una lectora y más de un comentador de las andanzas del ingenioso hidalgo manchego, confesarán, sin rebozo, que no puede dudarse un momento de la discreción de la mocita, de la excelencia de sus virtudes modosas y caseras y del tino de las adver-

tencias y consejos que endilgara a su señor y tío en las diferentes ocasiones de su vida.

No podemos nosotros compartir esta opinión. Cada edad tiene sus virtudes y defectos, naturalmente; pero hay defectos que son encantadores, y virtudes, que por harto prematuras y precoces, antes afean que realzan la calidad de las personas. Ni nos gustan las doncellas demasiado prudentes, ni nos entusiasman las viejas alocadas e inexpertas. Cada fruto en su tiempo, pero la flor en primavera...

La vaga esperanza de lo desconocido debe arrullar los sueños de la juventud; Antoñica carece de ella. La piedad y la ternura tienen que ganar el puesto del recelo y de la desconfianza asustadiza y cobarde; la sobrina de Don Quijote es seca como el esparto y lleva cerrado el espíritu—ya lo hemos dicho más atrás—a toda efusión y confianza. Un granito de locura; una chispita de desconcierto, una paradoja imprevista, una afirmación audaz, una empresa arriscada y temeraria, una tenue rebelión contra los regaños de esa mala vieja que llaman experiencia, han de presidir, para hacerlas amables, las empresas de la mocedad. «El que pierde la mañana—dicen los libros sagrados—pierde el día; el que pierde la juventud pierde la vida»; el retoño de los Quijanos vive siempre sobre seguro y no se deja sorprender por lo imprevisto, por lo imprevisto que es, para ciertos paladares escogidos, lo más sabroso y regalado de la vida.

Antoñita forma legión en nuestra España; como ella son esas muchachas ignorantuelas, babosicas, tediosas,

vulgares y ñoñas que no conocen el amor; que se asustan de las estridencias y no se atreven a mirar el sol por el temor de quedarse ciegas; que se casan pensando en el reposo y en la vanidad netamente española de figurar en una aldea de la Mancha, en Argamasilla si es posible y a lo sumo en Quintanar; que se enfadan con los Quijotes que salen de aventuras prefiriendo un obscuro bienestar al verdor de los laureles y al esplendor de la gloria. Como Antonia son estas mujercitas descuidadas, perezosas, gorduzuelas y anchas—encantos de nuestros bachilleres, abogadillos, destripaterrones, arbitristas, solicitantes y parásitos—que lejos de lanzarnos a la pelea para curarnos luego con el bálsamo de sus sonrisas y con la sal y romero de su ternura, nos cosen a sus faldas, recortándonos las ambiciones, poniéndonos al abrigo de los vientos y destrozándonos el ritmo interior de las quimeras más inefables con una frase vulgar, con un gestecillo de incomprensión, con un llamamiento a las transacciones pequeñas, ridículas y mezquinas de la vida, llamamiento que es para ellas la quinta esencia de la discreción y de la sabiduría. Y es lo triste que los mozos de nuestra España acuden al reclamo, y se solazan ante la visión de las Antoñicas, y hasta encomian la esclavitud de esta servidumbre de la que no tienen valor y agallas para desgarrarse.

Las Antoñicas son el reverso de las Dulcineas, de las que ni celos sienten en sus entrañas insensibles, diga lo que quiera, con mejor intención que fortuna, un insigne qui-jotista por el que sentimos admiración acendrada.

Los celos suponen inquietud y amor, y estas doncellas

han logrado, desde luego el asiento definitivo de sus anhelos.

¡Antoñicas, Antoñicas: sois como niños sin sonrisa y como tiestos sin flores! No compartimos, no podemos ni queremos compartir la opinión del vulgo sobre las Antonias Quijanos—innumerables en nuestra España—de los antiguos y modernos tiempos.





LA DUQUESA

«Llegóse más y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén o hacanea blanquísimá, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata.»

(DON QUIJOTE DE LA MANCHA. - *Capítulo XXX* - Segunda parte.)

Cuéntanos Cervantes que un día, a la puesta del sol y al salir de una selva, tendió Don Quijote la vista por un verde prado.

Anohecía. Las tintas verdes se tornaban grises; allá, a lo lejos, se advertía la perspectiva de una vieja y noble ciudad aragonesa—Pedrola—y junto a ella, las piedras de un castillo, palacio o casa de placer.

Mohinos y melancólicos caminaban el aventurero insigne y su edecán incomparable. De mal talante había dejado al caballero la aventura del barco encantado; Sancho acababa de vaciar una vez más su no muy repleta bolsa ante la nueva locura de su señor.

Los dos callaban, hundiendo el pensamiento Don Quijote en los naturales encantos de la princesa manchega, y urdiendo el escudero el modo de hurtarse a las aventuras del gran loco a quien seguía, dejándole con sus vestiglos, andriagos y fantasmas, y tornando él a la paz aldeana, sin codicias de ínsulas ni anhelo de gobiernos que no sentaban a un hombre tan porro, ignorante y bastote como él.

Pero..., el hombre propone y Dios dispone. Al final del verde prado, había gente descuidada y principal; pronto conocieron nuestros amigos que de cazadores de altanería se trataba. Y vieron más; vieron a una gentil y principal señora sobre una blanquísima hacanea; de plata era el sillón de la montura; adornábase la hacanea con ricas guarniciones verdes.

Bizarra y donosa era la estampa de la dama; cabalgaba con toda desenvoltura y gentileza; en la mano izquierda—para no desmentir la nobleza de su rango—llevaba un azor la bella cazadora.

Don Quijote ordenó a Sancho que se postrara de hinojos ante la dama y la demandase licencia para besarle él las manos; con toda diligencia cumplió el buen Panza la embajada de su señor.

Una imperceptible sonrisa bañó la faz de la señora que tenía un espíritu sutil, complejo y un tanto burlón y escurridizo.

Con grandes ceremonias y cumplimientos, felicitó al buen Sancho, ordenándole que dijese a Don Quijote con cuánto placer aceptaría ella los servicios del gran caba-

llero, cuyo renombre traspasaba las naturales fronteras de la tierra por su valor y bizarría.

Así que oyó el caballero tan agradable respuesta, picando los ijares de su rocín y alzándose la visera, corrió a postrarse a los pies de la bella dama.

No acudió Sancho a tenerle el estribo a Don Quijote, porque él mismo se enredó en la soga de la albarda del rucio, y quedó colgado de ella, con la cabeza en el suelo. Al apearse pues Don Quijote llevó tras de sí la silla, mal encinchada, de Rocinante, cayendo al suelo con toda su flaca humanidad y renegando de Sancho.

Ya estaba la señora acompañada de su marido, disimulando la risa de semejante encuentro y no hartándose de mirar y remirar la estupenda catadura del buen caballero de la Mancha. El cual quiso hincar la rodilla ante los dos personajes; pero el hombre no lo consintió, antes apeándose de su cabalgadura, abrazó a Don Quijote ofreciéndole su casa con extremosas zalemas y cortesías.

Iba ya templando el rigor de aquella ardiente tarde agosteña sobre los hoscos y pelados campos aragoneses. Las campanas de Pedrola rompían el profundo silencio de la hora con graves y argentinos tañidos.

Don Quijote dialogaba con el Duque, y Sancho trababa plática con la Duquesa. Todos caminaban hacia el castillo.

El Duque se adelantó a nuestros amigos, y la bella cazadora, escoltada por caballero y escudero, sonreía sin cesar ante los bigotes largos y la amarilla faz del enamorado de la Gloria y ante la socarrona y grave malicia de

aquel pobre aldeano que corría sus aventuras, sobre un rucio, desgranando refranes sin cesar...



Estancia del palacio de la Duquesa. Estancia ancha, rica, suntuosa. Cuelgan de los muros lienzos con ninfas rubias, con prados verdes, con cielos de añil intenso. Hay pórticos y torres, y puentes levadizos, en estos cuadros.

Sobre un riquísimo estrado siéntase la Duquesa; a sus pies, en una silla baja, discurre Sancho; una formidable ringlera de doncellas de buen ver todavía, de dueñas acartonadas y rijosas, de criadas pizpiretas y festivas, escuchan, solazándose, el peregrino diálogo.

La Duquesa es una garrida moza; no pasan sus años de veinticinco; los ojos verdes despiden una luz fulgurante y maliciosa; continuamente se contrae la breve rayita de su boca en un gesto desenvuelto y protector.

A cada paso, su diestra fina se arregla unos revueltos pelitos de la nuca, juega con un cordón de oro que pende bizarramente del cuello y acaricia los encajes de su bocamanga.

A cada paso, acaricia su barbilla adorable sosteniéndola en actitud diligente. Es la imagen de la movilidad la señora Duquesa. Y ríe con las ocurrencias del buen Sancho, ora con discreción, ora con malignidad, ora con sorpresa, ora con imperceptible, tenue, levísimo desdén, ora suelta y desembarazadamente.

No es inteligente la señora Duquesa; no suelen serlo

LAS MUJERES DEL QUIJOTE



Mas y Foudevila pintó

LA DUQUESA

casi nunca los burladores. La emoción es la madre de la tolerancia y la abuela de la comprensión. Se perdona todo lo que se comprende, y se comprende todo lo que se ama. Nada ama, nada comprende, nada perdona la señora Duquesa de la inmortal farsa cervantina.

Don Quijote es para ella un loco de atar; Panza otro loco gracioso, relleno de codicia y de picardía.

La faz enjuta y amarillenta del caballero excita la risa de la ricaembra; los hinchados mofletes la figura, achaparrada del excelente labrador, muévenla a holgorio y a chanceta y a diversión, entre la ringlera de sus dueñas ociosas y antañonas.

Vive de burlas la Duquesa. No se cura de otra cosa en su bella casa de placer.

La vida es un pretexto para el holgorio y la chanceta. Del mismo modo que su marido, el Duque, borroso y vulgar, la ricaembra no ha penetrado jamás en las intimidades de un espíritu ajeno.

La ironía, esa baja calidad de las almas soeces, es el secreto de su actividad y el culto de su vida fácil y cómoda.

Desde que han entrado nuestros amigos en el castillo, la Duquesa no se da punto de reposo en urdir fiestas, preparar holgorios, organizar agasajos y trabar pasatiempos.

Apenas recibe a sus huéspedes, hace que unos palafreneros, vestidos con ropas de levantar de finísimo raso carmesí apeen a Don Quijote de Rocinante, con toda suerte de ridículas zalemas.

Después dispone que dos doncellas echen sobre los hom-

bros del caballero un regio manto de escarlata y le pongan una montera de raso verde, vertiendo sobre su cuerpo sudoroso y molido olorosas esencias.

A renglón seguido dialoga con Sancho encendiendo la hostilidad del escudero hacia una buena dueña que se da aires de honesta y principal señora.

Luego en la comida, para burlarse más y más del pobre caballero, desata las iras de un grave y pachorroso eclesiástico, ahito de sentido común, que no concibe como profesión humana la de la caballería andante, corriente y moliente a todo ruedo, como la practica Don Quijote de la Mancha.

A cada momento, se descubre la hilaza de la grosería espiritual de esta pobre señora Duquesa, de cuyos olores de honestidad no hablan del todo bien las parlanchinas y astutas criadas.

Sancho ha sido la primera víctima de la Duquesa. Pregúntale cómo siendo loco su amo y señor le sigue a todas partes.

A esto contesta Panza que le sigue por gratitud; prueba de que se la debe es el gobierno obtenido de la ínsula. Pero en esta sazón, habiéndose de partir, siente inquietud Sancho por su rucio, pues todo lo teme de las dueñas, y la Duquesa le tranquiliza diciendo:

—Mis dueñas os quieren bien, os quieren mucho, veros desean a todas horas, y yo aseguro que a vuestro rucio le cuidarán, regalarán, festejarán y deleitarán como si de la misma persona de su natural señora se tratase en este punto. Si no—continuó la Duquesa—llévele Sancho al

gobierno, y allí le podrá regalar, como quisiere, y aun jubilarle del trabajo.

—No piense vuesa merced, señora Duquesa, que me ha dicho mucho—dijo Sancho—; que yo he visto ir más de dos asnos a los gobiernos, y el que yo llevase el mío allí no sería, en verdad, cosa nueva.

Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa el contento y la risa; y enviándole a reposar, ella fué a dar cuenta al Duque de lo que con él había pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer y de dar una burla a Don Quijote, de las que comúnmente les hacían con harto regocijo de ambos; que en aquella casa de placer, cabe a Pedrola, no se pensaba en otra cosa que en burlarse del pobre enamorado de la Gloria y de su constante edecán, el bueno y generoso Sancho Panza, que de tal suerte respondía a los requiebros de los unos, a las burlas de los otros, a las bromas de los demás y a cuantas fiestas y enojos podían prodigarse allí, donde, toda la burla tenía su sustento. Harto bien se cobraba la Duquesa las costas del hospedaje de nuestros amigos.

La Duquesa estaba encantada de la malicia que se encerraba en la aparente torpeza de Panza; nunca se hartaba de hostigarle para que hablara a cada paso, así de su amo, como de los encantamientos de Dulcinea en la cual no sabía si creer o no creer el rústico. Las dueñas—no hay qué decirlo, que para algo eran dueñas—a cada paso celebraban las risotadas de la Duquesa y hasta las hubo de tan bobo candor, como Doña Rodríguez, que en oyendo a Sancho un romance, no se hartaban de celebrar las ver-

dades que los tales romances llevan aparejadas en el seno de sus trovas.

* * *

El caballo de Candaya recorría cada minuto tantas leguas como la malicia de la Señora Duquesa. Así ha pasado siempre y pasará mientras haya burladores en el mundo.

—Sancho amigo—dijo el Duque—la ínsula que yo os he prometido, no es movable ni fugitiva; raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está ni a tres tirones; y pues vos sabéis que sé yo que no hay ningún género de oficio de estos de mayor cuantía, que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cuál más cuál menos, el que yo quiero llevar por este Gobierno es que vais con vuestro señor Don Quijote a dar cima y cabo a esta memorable aventura; que ora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la fortuna os traiga y vuelva a pie, hecho romero de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejáis, y a vuestros insulanos con el mismo deseo de recibirlos por su gobernador que siempre han tenido y mi voluntad será la misma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo de servirlos.

—No más, señor—dijo Sancho—, yo soy un pobre escudero y no puedo llevar a costas tantas cortesías; suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme a Dios y

avísenme si cuando vamos por estas altanerías podré encomendarme a Nuestro Señor, o invocar los ángeles que me favorezcan.

Va a realizarse la ascensión a los aires en las turcas maderiles del Clavileño; los duques y sus criados están urdiendo un nuevo solaz en los jardines.

La Trifaldi, mujer al fin, piadosa ante los apuros del buen Sancho, comienza a replicar:

—Sancho, bien podéis encomendaros a Dios o a quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

—Ea, pues—añadió Sancho a guisa de jaculatoria posttrera ante el peligro que fieramente se imaginaba correr en las ancas de Clavileño—, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.

—Desde la memorable aventura de los batanes—dijo Don Quijote—nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho; que con licencia de estos señores os quiero hablar aparte dos palabras.

Y apartando a Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas manos, le dijo:

—Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios, y así quería que ahora te retirases en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria, y te dieses quinientos azo-

tes a cuenta de los tres mil y trescientos a que estás obligado.

* * *

Y luego prosigue la historia, diciendo que en acabando de comer Don Quijote el día que dió los consejos a Sancho, aquella tarde se los dió escritos para que él buscase quién se los leyese; pero apenas se los hubo dado cuando cayeron y vinieron a manos del Duque, que se los comunicó a la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo del ingenio y de la locura de Don Quijote, y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron a Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser ínsula. Acaeció, pues, que el que le llevaba a cargo era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discreción, el cual había hecho la persona de la Condesa Trifaldi y que industriado de sus señores de cómo se las había de componer y arreglar con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Así como vió Sancho al tal mayordomo, se le figuró ver en su rostro el mismo de la Trifaldi y volviéndose a su señor, le dijo:

—Señor, o a mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo o en creyente, o vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque que aquí está es el mismo de la Dolorida.

Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dijo a Sancho:—No hay para qué te lleve el diablo, Sancho.

Y no le llevaba el diablo a Sancho. No podía llevarlo de ninguna manera. Ya lo había llevado de antemano—pensaba la duquesa.

Salió, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido a lo letrado, y encima un gabán muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho a la jineta, y detrás de él, por orden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos juveniles de seda y flamantes.

Volvió Sancho la cabeza de cuando en cuando a mirar a su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el Emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques, les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos.



Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo, y en tanto, atiende a saber lo que le pasó a su amo aquella noche; que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de ximia, porque los sucesos de Don Quijote o se han de celebrar con admiración o con risa.

Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho cuando sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía y preguntóle que de qué estaba triste;

que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en la casa, que le servirían y a satisfacción de su deseo.

—Verdad es, señora mía—respondió Don Quijote—, que siento la ausencia de Sancho; pero no es eso la causa principal que me hace parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás, suplico a vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo sólo sea el que me sirva.

—En verdad—dijo la Duquesa—, señor Don Quijote, que no ha de ser así: que le han de servir cuatro doncellas de las más, hermosas como unas flores.

—Para mí—respondió Don Quijote—no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que le parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro; que yo pongo una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo. Y en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude.

—No más, no más, señor Don Quijote—replicó la Duquesa—. Por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella; no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del se-

ñor Don Quijote; que, según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Descuide vuesa merced y vístase a sus solas y a su modo, como y cuando quisiere; que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme a puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue a que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los cielos benignos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, un deseo de acabar pronto sus disciplinas, para que vuelva a gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.

A lo cual dijo Don Quijote:

—Vuestra altitud ha hablado como quien es; que en la boca de las buenas señoras no ha de haber palabra ninguna que sea mala; y más virtuosa será Dulcinea del Toboso por haberla alabado vuestra grandeza que por todas las alabanzas que puedan darla los más elocuentes de la tierra.

—Agora bien, señor Don Quijote—replicó la Duquesa—, la hora de cenar se llega y el duque debe de esperar; venga vuesa merced, y cenemos, y acostaráse temprano; que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto, que no haya causado algún molimiento.

Mas siguiendo el hilo de las burlas, recordemos que Don Quijote pensaba en cosas de amor, sugeridas ciertamente por la música de la buena Altisidora. Como pulgas,

dice Cervantes, que debían ser aquestos pensamientos de Don Quijote; de tal modo le desvelaban y desquiciaban ellos. Mas como es ligero el tiempo y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas hasta que aparecieron las de la mañana, llenando de congoja y pena el ánimo del caballero. Lo cual, visto por Don Quijote dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido y se calzó sus botas de camino, para ocultar y encubrir el deshilacho de sus medias: arrojóse encima el mantón de escarlata y púsose en la cabeza su montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahelí de sus hombros con su buena y tajadora espada, asió un gran rosario que consigo llevaba continuamente, y con gran prosopopeya y contoneo salió a la antesala, donde estaban ya vestidos, esperándole, los duques. Y al pasar por una galería, advirtió que le acechaba Altisidora, que fingió desmayarse a la vista del caballero.

Una amiga la recogió para que no diera en el suelo con su persona, desabrochándola el pecho con gran destreza.

Don Quijote que lo vió, llegándose a ella, exclamó en seguida:

—Ya sé yo de qué provienen estos accidentes.

—No sé yo de qué—respondió la amiga—porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto ha que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos. Váyase vuesa.

merced, señor Don Quijote; que yo sé que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere.

A lo que respondió Don Quijote:

—Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento; que yo consolaré lo mejor que pudiere a esta lastimada doncella; que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados.

Y con esto se fué, porque no fuese notado de los que allí le viesen.

No se hubo bien apartado, cuando la desmayada Altisidora, dijo a su compañera:

—Menester será que se le ponga el laúd: que sin duda Don Quijote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya.

Fueron luego a dar cuenta a la Duquesa de lo que pasaba, y ella, alegre sobremodo, concertó con el Duque de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan a priesa como se había venido el día, el cual pasaron los Duques en sabrosa plática con Don Quijote.

Y la Duquesa aquel día real y verdaderamente despachó a un paje suyo (que había hecho en la selva la figura de Dulcinea del Toboso), con la carta de su marido a Teresa Panza y con el lío de ropa que había dejado para que se le enviase, encargándole le trajese buena relación de lo que por allí le pasase.

Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche,

halló Don Quijote una vihuela en su aposento; templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardín, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, cantó un romance que él mismo aquel día había compuesto.

Trifaldi, Clavileño, espanto cencerril y gatuno en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora, pellizcos compañeros de la azotaina de Doña Rodríguez y demás burlas crueles del más esforzado caballero de la tierra: mejor que glosas y comentarios pintan la ignorancia y presunción de esta Duquesa frívola, y hermosa gracias a sus fuentes.





TERESA PANZA

«que con esta carga nacemos las mujeres,
de estar obedientes a sus maridos, aunque
sean unos porros.»

(DON QUIJOTE DE LA MANCHA. - Capítulo
V. - Segunda parte.)

Teresa Panza es alta y buena moza, carirredonda, fuerte y algo chata. Teresa Panza viste saya de paño bajo. Teresa Panza calza zuecos groserotes y pesados. Teresa Panza habla más que su marido. Teresa Panza es económica, alegre, apañadita, francota, pobre, tosca, llana y limpia. Teresa Panza no pierde entierros, funerales, festines, bodas y bautizos del lugar. Teresa Panza faja a todos los recién nacidos, asiste a todas las paridas, plañe a todos los difuntos, viste a todas las novias, consuela a todos los afligidos, despioja a todos los rapaces, da recetas y emplastos para todas las dolencias, come en todos los festines, arregla a todos los novios, presencia todos los acacimien-

tos, da fe de todo lo pasado, husmea todo lo futuro, sabe todas las nuevas de la aldea.

Teresa Panza, del humilde linaje de los Cascajos, es la mujer de nuestro amigo Sancho, va para dieciocho años en abril.

Desde el día de la boda, ella se ha puesto los pantalones y afirmado los fueros de su autonomía, sin que Sancho se haya empeñado grandemente en hacer valer su autoridad. Bien es cierto que de nada le hubiera servido semejante despropósito.

El matrimonio tiene dos hijos: Marisancha, encarnadota y fuerte como la madre, mozallona que ya se deja querer, y hasta tocar, de Lope Tocho—el hijo de Juanito Tocho—; y Sanchico, un muchacho paradote como el padre, mofletudo, sentencioso y trabajador, que ya barre para casa, sirviendo de trillique durante la recolección en los veranos y ocupándose de oficios diversos y mezclados en las demás estaciones. Nuestra familia es feliz, como pueden y saben serlo los pobres en el mundo.

Yantan los cuatro viandas pobres, pero abundantes a todas horas, condimentadas con la salsa de la hambre, que es la que mejor mueve los apetitos y estimula las ganas de comer.

Beben sus tragos de vinillo católico y trasañejo, bien guardado en las dos amplias y panzudas cubas de la bodega.

No les faltan para un apuro diez escudos amarillos en el arcón.

Tienen sus carros de paja para la lumbre, sus fanegas

de trigo para amasar el pan casero, gallinas en el corral, un cerdito para el año, rucio barrigudo y floreciente en la cuadra, crédito y ninguna deuda.

Se solaza el marido jugando a los bolos y a la barra los domingos y fiestas de guardar; se solaza Teresa en la casa del vecino charlando más que un relator; se divierte Sanchica yendo a la fuente del Prado con Lopecillo y bailando con él en la plaza las tardes domingueras, y Sanchico no se aburre en las trillas de los veranos y en las diversas profesiones de su variado servicio. Y duermen los cuatro a pierna suelta y de un tirón, convencidos de que Dios amanece para todos. Son honrados, son pobres, son felices.

Nuestra Teresa es el alma de la casa. Tan diligente y amiga del trabajo es, que, acabando sus cuidados y trajines con el alba, se desvive a continuación por los del prójimo.

Tiene a Sanchica derecha como una vela y reluciente como un espejo, a Sanchico curioso y de buen ver, y si a Sancho no logra cepillarle del todo, es porque el muy bendito es rehacio a toda limpieza y policía.

Teresa ordena la familia como un general sus huestes; la moza vive pendiente de sus gestos, y Sanchico de sus indicaciones.

El buen Sancho protesta a las veces contra la dictadura femenina; pero, aunque tonto, comprende que Teresa es una hembra lista y razonable si las hay, y cuando desgrana a guisa de desahogo el rosario interminable de sus adagios, ella le tapa la boca donosamente, le llama al or-

den entre burlas y veras, y el desconcierto se apaga suavemente.

Ha llegado julio con sus calores asfixiantes y modorremos; las faenas de la recolección están a punto de terminarse, las doradas espigas de los trigales se amontonan en rubios haces de oro allá en las eras del pueblo. Los trilliques cantan todo el día, sudorosos y jadeantes, llevando su ritmo con el de las mulas que patean sobre los granos en las parvas. Un hidalgo del lugar, llamado don Alonso Quijano, ha llamado a Sancho con urgencia, prometiéndole montes y morenas si quiere servirle de escudero andante por los caminos, trochas y veredas en busca de aventuras.

Sancho, rascándose la cabeza, indicio en él seguro de graves pensamientos, ha cedido a los halagos y persuasiones del caballero. Teresa, por primera vez en su vida, no ha podido darse cata del concierto de su marido con el hidalgo.

Una noche calurosa y radiante se ha desgarrado Sancho de los suyos con su jumento, con sus alforjas y con su bota repleta de vino.

Teresa, hablando con el ama del hidalgo al día siguiente, ha reparado en la simultánea ausencia de los dos, y no ha vuelto a curarse más de la resolución de su marido, porque sabe sobradamente que tiene sus pujos y ribetes de codicioso el mancebo, y que no es hombre Sancho que se aventure en negocios y servicios a la buena de Dios, sin atar antes los cabos del provecho y costas que los tales han de producir a la corta o a la larga.



Mas y Fondevila, dibujó

TERESA PANZA

Teresa Panza, mientras su marido se entretiene en aventuras por los abrasados campos de la Mancha, defiende bravamente la vida de los hijos, ayudándose con toda clase de arbitrios y de recursos. Sanchica lava la ropa de los vecinos; el mozo sirve de trillique; Teresa guisa en las bodas, adereza yantares en los bautizos, repasa la ropa blanca de los hidalgos, tiene su ciencia infusa de comadrona, alumbrá en los entierros—todo por su cuenta y razón—y de añadidura recibe presentes, de cuando en cuando, de un tío suyo—abad de un monasterio cercano, como ella del ilustre linaje de los Cascajos de Argamasilla—que no olvida a la sobrina, como suele ser achaque de gentes de clerecía, en medio de la oronda y reverenda abundancia de su dignidad.

Unas cuantas semanas ha pasado Sancho de aventuras con don Alonso.

Caballero y villano han vuelto al lugar un domingo por la tarde, seguidos del cura y del barbero, atravesando por la plaza a la caída del sol, cuando toda la gente se solazaba en el atrio de la iglesia. Don Quijote viene molido y jadeante; el buen Panza con deseos de reposo y con absurdas imaginéras en el tupido caletre.

Un mes corrido huelgan caballero y aldeano en el lugar; el ama y la sobrina de don Alonso Quijano la han tomado con Sancho. El buen Panza es quien sonsaca a don Quijote de la paz casera y quien le lleva a los andurriales abrasados de la llanura.

De nuevo determinan caballero y edecán salir al campo en busca de nuevos acaecimientos peregrinos.

Cien escudos mundos y lirondos ha traído Sancho de sus correrías; como agua de mayo han caído en su hogar los escudos.

Teresa, con esta lluvia del cielo, ha renovado las sayas de la hija, las vestimentas de Sanchico, los ajuares caseiros, las provisiones inaplazables del yantar. Y mientras Sancho platica en casa del hidalgo con éste y con el bachiller de fantasmas y vestiglos, de princesas encantadas y de bramidos y baladros de espantables monstruos, la mujer, la buena Teresa, atiende a las pequeñas minucias de la vida, que protegen los sueños de los hombres, así de los caballeros encopetados como de los humildes servidores.

Sancho torna de nuevo a las aventuras por los dilatados campos de la Mancha.

Antes de separarse nuevamente de los suyos, Panza ha platicado sabrosamente con su buena Teresa. Don Quijote le ha prometido el gobierno de una ínsula, y el escudero piensa en riquezas, grandezas y señorías para los suyos.

Mas la buena Teresa no quiere chapines, sino zuecos, ni saboyanes de seda, ni condes para la muchacha, ni oficios descansados y pingües para el hijo; que el secreto de la felicidad, en los pueblerinos, estriba en no cambiar de estado ni en mudar de condición, para que nadie descubra la hilaza basta y groserota de los linajes plebeyos.

Teresa se conforma con que case la hija con el retoño de Tocho y a lo sumo, a lo sumo, transige con que San-

chico siga las huellas del padre, porque nada hay más justo ni puesto en razón que los hijos, junto con la hacienda, hereden los oficios y las dignidades de sus ascendientes.

Teresa ha tornado a quedarse sola nuevamente en el lugar. Con los cien escudos de ayuda de costa ella se las arregla tan guapamente.

Semanas pasan sin que Teresa reciba noticia alguna de su marido.

Al lugar llegan noticias muy contradictorias sobre la variada suerte de nuestros aventureros. Teresa, que quiere a su marido, está sobresaltada con el silencio continuado del buen Panza. ¿Qué será de la ínsula y de los pujos de gobernador del escudero? ¿Qué de sus sueños e imagerías?

Una tarde, vestida con la saya parda de todos los días, Teresa hila un copo de estopa en el hogar. Sanchica se encuentra lavando ropa en el arroyuelo o regato que hay en la entrada de la aldea; Sanchico en casa de unos hidalgues, midiendo trigo de venta. Un paje llama a la puerta de la señora Teresa; es arrogante y guapo mozo el mancebo; cabalga sobre un hermoso bruto; son desenvueltas y elegantes las maneras del paje. Tráele noticias de Sancho que es todo un gobernador; a las nuevas acompañe como presentes una sarta de corales con extremos de oro, un vestido de paño finísimo y una carta de una Duquesa.

La buena mujer no sabe si está soñando; Sanchica se relame de gusto; el paje no se harta de decir donaires y

de hacer referencias a la media costilla y al gentil retoño del gobernador flamante.

La fantasía comienza a tejer sus sueños en el caletre de la buena mujer. Adorna su cuello con la sarta de corales, lleva en la diestra la ducal epístola a guisa de escudo protector, la calle del lugar es harto estrecha para su alegría y para los barruntos de su dicha. Despacha bien pronto al embajador y en la casa queda Teresa esperando nueva confirmación de su ventura, que ha de hacer rabiar a las encopetadas lugareñas, para las que las satisfacciones del prójimo son negaciones de la propia felicidad.

Y van pasando los días sin que la ventura del paje se confirme; no por eso ha decaído la esperanza en el ánimo de la buena mujer. Sanchica, sobre todo, se abraza a toda suerte de embelecios y de ensueños mozos; ya se advierte adorada por un príncipe; ya se contempla en una sala de estrados; ya se ve adulada en la corte por los magnates y señores de todo jaez; ya se ve, de retorno, a su aldea, siendo el blanco de todas las miradas y de todos los deseos.

Sancho ha vuelto a la aldea; breve ha sido el gobierno de su ínsula, pero dineros trae, que es lo que importa.

Don Alonso ha muerto días después en la casa; Sancho no ha sabido separarse del lecho del dolor; los años han ido reconciliando con la vida a este gran gozador de ella; Teresa ha seguido siendo la hembra apañadita y casera del hogar, con el ojo puesto en todas las previsiones, con la

atención pendiente de la plática de todas las comadres, con el alma dichosa y el corazón limpio de engañadores sobresaltos.

La hembra del inmortal escudero no mereció aquella acostumbrada lucidez de espíritus con que Cervantes traza, generalmente, sus más vigorosas creaciones femeninas. Hasta de nombre cambia la buena mujer del escudero.

Unas veces se llama Mari-Gutiérrez, otras Juana; Teresa se llama en la segunda parte de la novela inmortal. A este último patronímico nos atenemos nosotros.

Sus diálogos más felices, sus ingenuidades más deliciosas, sus salidas de tino ocurren en la segunda parte del *Quijote*; en la primera, sabido es que se mantiene a una discreta distancia de la escena.

Pero con los desmayos que empañan esta figura, con las faltas de memoria frecuentes en un hombre como Cervantes, que al mismo tiempo que da sus pliegos para la estampa tiene que pensar en la dura necesidad del yanter cotidiano, Teresa es una figura acabada y completa de la mujer del pueblo, buena, sencilla, humilde de condición, previsora, ignorante, franca y amante de los suyos.

Sus diálogos nos dan una imagen exacta y perfecta de la realidad; el medio en que se mueve sorprende por su verdad y por su justeza; la aldeana española—del siglo xvi y de todos los siglos—está sobria y elegantemente trazada en la figura de Teresa.

Y el espíritu de economía, de ahorro, de amor al di-

nero, tan frecuente en las aldeanas españolas, es el que salva su casa de las constantes ausencias de Sancho, de sus embelecos y de sus sueños de grandezas que se esfuman en el lecho de muerte de Don Quijote de la Mancha.





EL AMA

«Andaba la casa alborotada; pero con todo...
brindaba el ama...; que esto del heredar algo
borra o templa en el heredero la memoria de
la pena que es razón que deje el muerto.»

(DON QUIJOTE DE LA MANCHA. — Capítu-
lo LXXIV. — Segunda parte.)

Tiene en su casa el hidalgo un ama que pasa de los cuarenta años, servicial, reverente, bonachona y al mismo tiempo entremetida y curiosa. No tiene gran trabajo en casa del hidalgo; que el preparar la olla de carnero, el salpicón, las lentejas y el palomino dominical de añadidura, no es cosa mayor.

Ha observado el ama que su señor se pasa las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y ha barruntado con razón que el hidalgo pierde el caletre con tanto leer.

De la noche a la mañana, el ama ha notado la desaparición del hidalgo. Al buen cura cuenta a voces sus cuitas: —¿Qué le parece a vuesa merced, señor Licenciado

Pero Pérez, de la desgracia de mi señor? Dos días ha que no parecen él ni el rocín ni la adarga ni la lanza ni las armas. ¡Desgraciada de mí, que me doy a entender, y así es ello la verdad, como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.

En tanto que así se lamenta la buena del ama, llega al lugar el buen hidalgo apenas sostenido sobre el borrico del labrador. Acúdele el ama presurosa y compasiva, pero el caballero la rechaza, pidiendo que, si es posible, llamen a la sabia Urganda, para que cure y cate de sus heridas.

Ha sonado un nombre de mujer. La compasión del ama se ha tornado en ira.

—¡Mirad, en hora mala, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuesa merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado a vuesa merced.

El licenciado Pero Pérez pidió a la sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros autores del daño. Entraron todos y el ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados.

y otros pequeños, y así como el ama los vió, volvióse a salir del aposento con gran prisa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita, y pidió al cura que rociase el aposento para que no los encantase algún encantador de los muchos que tenían aquellos libros.

He ahí la ignorancia abrazada a la superstición, la simplicidad maculada por la gazmoñería. De antemano se puede augurar mal del escrutinio. Las impaciencias, los odios del ama se precisan en los libros. ¡Estos son causantes de la locura del hidalgo! Pero la verdadera razón del odio del ama es ésta: que el hidalgo embebido en su lectura y en la meditación de lo leído haya olvidado saludarla por las mañanas, dirigirle afablemente durante el día la palabra y despedirla de noche deseándole feliz descanso.

No podía ser casado el caballero, que entonces fuera incomprendible Dulcinea; tampoco le vivía su madre... A falta de esposa y madre dibujó Cervantes esta figura del ama, que simboliza la intromisión de la mujer en la vida ideal del hombre. Madres o esposas repiten a diario el escrutinio de las librerías de sus hijos o maridos. Cuando el hombre se enfrasca en el estudio y la lectura, acorta la ración de amor o benevolencia que reparte a quienes le rodean. ¡Oh, si muchas mujeres pudiesen, cuántas hogueras de libros se harían!

Mirad con qué placer asiste el ama al auto de fe, y ayuda y ejecuta. En cuanto hay una duda acerca de la posible bondad de una obra, ella apoya los argumentos que la hacen condenable. En su prisa por destruir, aho-

rra la escalera y da con los libros por la ventana abajo.

Comiéndanse a cansar los escudriñadores y mandan al ama arramblar con todos los libros. No se dice a tonta ni a sorda, sino a quien a carga cerrada desea acabar con todos, así es que aquella noche quema el ama cuantos libros hay en el corral y en toda la casa.

La obra de destrucción no bastaba, preciso era no dejar ni recuerdos. El aposento de los libros fué murado y tapiado.

Al levantarse Don Quijote, lo primero que hizo fué ir a ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde los había dejado, andaba de una parte en otra buscándolos. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra.

Pero al cabo de una buena pieza preguntó a su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

—¿Qué aposento, o qué anda buscando vuesa merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

El remedio ha sido violento; por eso los resultados no pueden ser duraderos. El hidalgo ha vuelto al campo, y, aunque el ama no pasa las humillaciones que la sobrina por la locura del tío, fuerza es reconocer que se apesadumbra bastante. No miente su dolor, cuando a su señor ve volver flaco y amarillo, tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes.

Lástima da oír los gritos que la buena señora alza, las

bofetadas que se da, las maldiciones que de nuevo echa a los malditos libros de caballerías.

En regalar a su señor pone gran cuenta el ama y se propone estar siempre alerta para que no torne a escaparse.

Como medida de previsión quisiera el ama hacer con Sancho Panza lo que con los libros, y ya que tal no puede le defiende la puerta de su señor:

—¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos a la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae y sonsaca a mi señor y lo lleva por esos andurriales... No entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias: id a gobernar vuestra casa y labrar vuestros pegujares, y de-jaos de pretender ínsulas ni ínsulos...

Pero el ama, por mil señales, va coligiendo que su señor quiere desgarrarse la vez tercera. El ama, que no traba pláticas con Don Quijote cuando ve que se le enciende la cólera, cuando de buen talante lo ve, procura por todos los medios apartarlo de tan mal pensamiento. Y aunque, como ducha en gramática parda, sabe que todo es predicar en desierto y majar en hierro frío, le dice:

—En verdad, señor mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, a quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito a Dios y al Rey...

En sus plácidas horas muestra Don Quijote inmensa afabilidad por su ama. Jamás la reprende, y aunque a

ella y a su sobrina las engloba en el calificativo de «bobas más», bien sabe el hidalgo que si su ama no es letrada de boba no tiene un pelo.

El ama tiene más que barruntos de la tercera salida de Don Quijote: el mismo hidalgo hácela anunciado y ha querido aplacarla y consolarla.

Ido es por fin el andante caballero con su escudero Panza, a quien el ama ha llegado a aborrecer a par de muerte. Salidos son ambos; al anochecer han partido, sólo vistos del bachiller, y se han puesto camino del Toboso.

Entretanto el ama suspira. ¿Cómo volverán a su señor?; la primera vez volvieron al hidalgo atravesado sobre un jumento, molido a palos; la segunda, en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba a entender que estaba encantado. ¡Y cómo venía! No le conocía ni la madre que le parió: flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro. El ama se acordaba perfectamente de que para hacerle volver algún tanto en sí gastó más de seiscientos huevos.

Ante el recuerdo, tiembla el ama. Si le traen mal ferido en esta tercer salida, ¿qué no habrá de gastar en ponerle? Y es una lástima, porque el ama, apañadita de suyo, y sin que la sobrina lo advierta, tiene algunos gajecillos con los huevos del corral y con la despensa del hidalgo. Las amas, cuando menos, siempre tienen parientes necesitados de refrigerio.

Mas no debe temer el ama: el caballero, vuelto de su tercer salida, intenta llevar una vida que por sí sola le servirá de reconstituyente, sin los productos del corral.

«Tenía pensado de hacerse aquel año pastor y entretenerse en la soledad de los campos, ejercitándose en el pastoril y virtuoso ejercicio.»

La codicia riñe en el pecho del ama con la fidelidad y adhesión a su señor. Vencen éstas por fin, y el ama, con el tono entre maternal y adulator de las viejas servidoras, le pregunta:

—¿Y podrá vuesamercé pasar en el campo las siestas en el verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? No, por cierto; que éste es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor; tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.

Los consejos son interesados. La pobre ama, hay que disculparla de lo poquito que de extraordinario haya agenciado, lleva muchos años sin cobrar su salario.

El hidalgo lo advierte, con la claridad de la hora suprema, y aunque en su testamento manda toda su hacienda a puerta cerrada a su sobrina, es con la condición de que primero se saque de lo más bien parado de ella lo que fuere menester para cumplir las mandas que deja hechas; siendo la primera satisfacción pagar el salario que debe del tiempo que su ama le ha servido, y más veinte ducados para un traje.

Cerróse el testamento, y el hidalgo, tomándole un desmayo se tendió de largo a largo en la cama. «Andaba la casa alborotada; pero con todo comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza...»

Lo confesamos; esperábamos la impasibilidad de la sobrina, las alegrías de Panza, pero no los brindis del ama; y, no obstante, hemos de conceder que estaban puestos en razón.

Las amas de curas, las amas de solterones: militares retirados, comerciantes ricos, artistas, tienen aparentemente por sus amos un cariño maternal; pero en el fondo no llegan a la fidelidad del perro.

¡Este, por lo menos, a la muerte de su amo aúlla dolorido y no se alegra porque no hereda! Lo repetimos; no esperábamos los brindis del ama. Y, sin embargo, ésa es la vida. Sí, sí, que brinde el ama, que eso de heredar algo, borra o templa en el hededero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. ¡Pobres solterones!



LAS MUJERES DEL QUIJOTE



Mas y Fondevila pintó

EL AMA DE DON QUIJOTE



DULCINEA

«Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa,
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.»

(*Don Quijote de la Mancha*. - Cap. XLIV,
Segunda parte.)

En delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea del Toboso; en alabarla y pintarla y grabarla en tablas, mármoles y bronce, sólo pueden ocuparse la retórica ciceroniana y demostina; los pinceles de Parrasio, Timantes y Apeles, y los buriles de Lisipo.

Tan grande es su perfección, que el mismo Don Quijote rehusa ahondar en su realidad objetiva. «Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, y si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo... Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo hermosa sin tacha, gra-

ve sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada y alta por linaje.»

Don Quijote se contenta con la contemplación nebulosa de su señora; no osa mirarla de cerca. ¿Para qué? Cuando ha querido verla ante sí y «tomar su bendición, beneplácito y licencia para esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas», entonces, hala hallado «convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y, finalmente, de Dulcinea del Toboso, en una villana de Sayago».

Sólo Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, y si es fantástica o no es fantástica. El caballero no quiere sonarlo más. ¿No es Dulcinea su Norte y su vida? ¿Qué pasaría en su espíritu si se persuadiese de que no hay Dulcinea en el mundo? Por eso el caballero teme y no inquiere hondamente. «Estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo.» Dulcinea es principal y bien nacida; Dulcinea habita en palacios, Dulcinea es la criatura más bella del orbe, Dulcinea es la discreción encarnada; esto sabe el caballero, esto le basta y sobra. Si el testimonio de los sentidos le atestigua otra cosa, es que está mudada, tocada y trastocada; en ella se han vengado los enemigos del caballero, quien por ella vivirá en perpetuas lágrimas hasta verla en su prístino estado.

Los amores de Dulcinea y el caballero han sido siempre platónicos, sin extenderse más que a un honesto mirar.

La imagen de Dulcinea se ha ido transformando lenta-

mente en la imaginación del caballero. Fué primero una moza labradora de muy buen ver. Aldonza Lorenzo no se dió cata del enamorado hidalgo; el hidalgo no se declaró a la moza; pero volvióse a su lugar con la mente llena de aquel rostro fuerte y sano.

¿Varias veces vió realmente el hidalgo a la moza labradora, o una vez sola? Tal vez una no más, en viernes, al salir ella de la iglesia. ¿En viernes y al salir del templo? ¿Quién se enamoró así? ¿Quién? Dante, Petrarca, Ausías March..., todos los caballeros andantes del espíritu... Dulcinea no es nada nuevo; antes se ha llamado Laura, antes se ha llamado Beatriz; muchas veces se ha llamado «amada» simplemente; porque el caballero no hase arriscado a buscarla nombre, pues ha temido desdijese del suyo. Don Quijote buscó a su ilusión nombre que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, y vino a llamarla Dulcinea del Toboso, nombre músico y peregrino y significativo.

Sólo Dios sabe si hay o no Dulcinea en el mundo. Dulcinea del Toboso, Aldonza Lorenzo sí que la hay; y para lo que el caballero la quiere tanto vale como la más alta princesa de la tierra. «No todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre, que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen.»

El caballero la pinta en su imaginación como la desea, así en la belleza como en la principalidad, y para él, ni la llega Elena ni la alcanza Lucrecia ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas.

El caballero se ha entregado en cuerpo y alma a su

señora. No sólo le enviará los rendidos gigantones, sino que por su amor mantendrá incólume su honestidad aun en las ocasiones de más aprieto. Oídle cómo razona excusando a Maritornes...: «Quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me habedes hecho; pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer la vuestra, fuera imposible, y más, que se añada a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis escondidos pensamientos...»

Pero el caballero es infortunado: el amor le persigue. Fácil, relativamente, es vencer la tentación, derrengado; mas bien cuidado, rodeado de comodidades y respeto, sintiendo en el rostro las caricias de las nocturnas y estivales brisas, percibiendo la nocharniega fragancia de los jardines ducales, ya es otra cosa. Además, es la dulce y lastimada Altisidora la que en tono bajo y suave canta al son de su arpa.

Como el novicio que prorrumpe en jaculatorias y en santos propósitos apenas se levanta el vientecillo de la tentación, así el caballero, oídos los primeros acordes suavísimos del arpa, «teme no rendirse, propone en su pensamiento el no dejarse vencer y se encomienda de todo buen ánimo y buen talante a su señora Dulcinea». De toda su decisión necesita el caballero. Su desdicha es grande; grande cosa es que no haya doncella que no le

mire y que de él no se enamore. Triste es que haya de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea, que no la hayan de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza de su andante caballero. A las reinas, emperatrices y doncellas de catorce a quince años demanda el caballero no persigan ni acosen a Dulcinea; que la dejen triunfar, gozar y ufanarse con la suerte que amor quiso darle en rendirle el corazón del caballero y entregarle su alma.

Para ser el caballero de la señora Dulcinea y no de otra alguna, arrojó la naturaleza al mundo a Don Quijote. De ella sola ha de ser, lllore o cante Altisidora, o se desespere madama, por quien aporrearón al andante caballero en el castillo del moro encantado.

Merced a la sin par belleza de Dulcinea, no es de provecho a otra hermosura alguna el caballero. Sus propósitos son inquebrantables.

El prudente amador de la Gloria huye de ponerse en peligro de romper a su señora la fe prometida. Conoce que el enemigo de las ánimas es sutil y engañoso; por ello teme no le ponga zancadilla con una dueña quien con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas pudo derrocarlo. No ignora el sabio caballero que la soledad, la ocasión, el silencio pueden despertar los deseos que duermen y que en casos semejantes mejor es huir que esperar batalla.

Dulcinea se confunde con la más elevada norma de moralidad. El innato caballero se atiene siempre a ella, la adama incommovible. Sospechar que pueda desenamorarse de su dama es injuriarle; decirlo es exponerse al hie-

rro de su lanza. «Quienquiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar a Dulcinea del Toboso, el caballero le hará entender con armas iguales, que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso no puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede haber olvido; su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.»

Con suavidad... El amador de la Gloria se deja atraer por Dulcinea suavemente; Dulcinea es imán divino para los limpios de corazón; los de natural noble se sacrifican voluntariamente por Dulcinea; los egoístas, los vanos, los necios, los depravados, los zotes la desconocen y la niegan; ni osan ir a presentarse a ella ni moverán una mano en su favor.

Los alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas; los ladrones desuella caras no reparan en la parvedad del esfuerzo requerido para ir en pos de Dulcinea; con los ojos de mochuelo espantadizo son incapaces de mirar las niñas de los ojos de la Gloria, los ojos de Dulcinea, comparados a rutilantes estrellas, bañados en lágrimas al contemplar su dureza e insensible pecho ante las eternas normas de la justicia.

¡La Gloria! ¡Dulcinea! ¿Pero ven ellos en la inmortal amada la sombra que en ella vislumbra el caballero? No, sino rústica labradora que no les interesa; y aunque la viesan, como bestiones indómitos que son, no sacarían de harón el brío de sus carnes que sólo a comer y a los bajunos hechos los incitan.

El caballero, no sueña más que en hallar admiradores

de Dulcinea, prosélitos de la Gloria. Con tal que a ella se presenten, les perdona la vida a sus enemigos el caballero. Pero el temor es mal consejero para ir tras la Quimera; las temerosas y hermosas señoras de los vizcaínos rendidos prometen que éstos harán cuanto les sea mandado; mas ni entran en cuenta de lo que el defensor de la Gloria pide, ni siquiera preguntan quién es Dulcinea.

A toda esa raza bellaca, a todos esos galeotes de la espiritual rastrería quiere el amador de la Gloria libertarlos, sacarlos de la esclavitud, pues Dios los hizo libres. ¡Vana empresa! Los rudos bandidos de los caminos del espíritu, los alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas; los ladrones descuella caras, los Gineses de Pasamonte, cometiendo el negro pecado de la ingratitud, le piden les commute el servicio de presentarse a Dulcinea en algo que no cueste fatigas ni exponga a peligros.

¡Pobres galeotes del egoísmo! ¡Desgraciados esclavos de su vientre! ¿Qué aciertan a ver de las egregias galerías donde la Gloria habita que se les antojan bardas de corral? ¿Qué nubes les empañan la vista para confundir las perlas con el trigo rubión?

¡Tristes, sí! Si a veces llevados de un impulso irresistible quieren hallar la figura de la Gloria en objeto real del mundo, la mudan y trastuecan, la identifican con una villana de Sayago. •

Sólo de buscarla, tiemblan. ¡Buscar a Dulcinea! ¡Como quien no dice nada a una princesa y con ella al Sol de la hermosura y a todo el cielo junto! ¡Pero si nadie la ha wisto jamás!

¡Oh Sanchos, Sanchos! Fiaos de quien la siente en sí, de quien dentro de sí la mira, de quien se mueve por ella dirigido. ¿Nadie la ha visto?; pues don Quijote la tiene grabada de tal modo en el alma, que es imposible borrarle esa imagen.

Y fijaos bien: puesto en trance de entregar su espíritu, en confesión solemne declárase enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; pero no reniega de Dulcinea. ¡Bendita Dulcinea; dulce ilusión que mueves los pechos generosos a la ejecución de las nobles hazañas; luz que alumbras el camino lóbrego de la noche de la vida, Norte que guías los pasos de los andantes caballeros del espíritu! No te apagues, no te ofusques, no te escondas: sin ti el egoísmo sería el opresor del humano linaje, porque sin ti no habría Quijotes de la Mancha, y sin Quijotes de la Mancha no existirían los buenos Alonsos Quijano. ¡Y sin embargo... oh Dios mío, sólo Tú sabes si hay Dulcinea o no en el mundo!





IV.—LA MUJER EN «LA GALATEA»

LEÓNIDA.—GALATEA.—TEOLINDA.—LEONARDA.—NÍSIDA.—
ROSAURA

«No se puede reducir a continuado término la condición de los enamorados corazones, los cuales como se gobiernan por voluntad ajena, a mil contrarios accidentes están sujetos.»

(CERVANTES. — *La Galatea.*)

La Galatea no es una novela, es una bellísima guirnalda de primorosas églogas hábilmente entrelazadas, y para observar las figuras femeninas de estas preciosas narraciones, hay que agruparlas, combinando su estudio a medida del desarrollo de sus entretajadas historias.

Desde las primeras líneas de tan deleitosa producción, Cervantes nos pone en perfecto conocimiento de los principales personajes y del ambiente de la obra, que es un derroche de ingenio, y un encanto por las galas del estilo.

Pocas veces se afirman tanto la ternura y la delicada sensibilidad del autor como cuando retrata física y mo-

ralmente a la protagonista cuyo nombre sirve de título al libro.

El Tajo y sus riberas responden en amargo eco a las quejas que lanza el pastor Elicio, enamorado de Galatea, la cual no le desecha de todo punto, pues le parece que, amándola con tanto miramiento de su honra, sería demasiada ingratitud no pagarle con algún honesto favor sus honestos pensamientos.

Imagínase Elicio que pues Galatea no desdeña sus servicios, tendrán buen éxito sus deseos, y cuando estas imaginaciones le avivan la esperanza, hállase tan contento y atrevido, que mil veces quiere deséubrir a la pastora lo que con tanta dificultad encubre.

Pero la discreción de Galatea conoce bien en los movimientos del rostro lo que Elicio en el alma trae; y tal el suyo muestra, que al enamorado pastor se le hielan las palabras en la boca, y quédase con el gusto de aquel primer movimiento, por parecerle que a la honestidad de Galatea se le hace agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pueden tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se transforme.

Galatea, pastora nacida en las mismas riberas del Tajo, aunque criada en tan rústico ejercicio, es de tan elevado entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo, así en la discreción como en la hermosura, por los infinitos y ricos dones con que el cielo la ha adornado.

No es Elicio el único a quien ha inspirado amor; la

aman también con entrañable ahinco otros muchos pastores y ganaderos que por las riberas del río su ganado apacientan, entre los cuales se atreve a declararle sus querelas, cuando ocasión se le ofrece, el cabrero Erastro, que aunque rústico, es, como verdadero enamorado, en las cosas de amor tan discreto, que cuando en ellas habla parece que el mismo amor se las muestra y por su lengua las profiere.

Mas los dos rivales, lejos de profesarse enemistad y encono, se complacen en juntar sus rebaños y sus cuitas, con mutuas protestas de afecto, y para señal de su buen propósito y verdadera amistad, al son de sus instrumentos lanzan a los ecos de valles y montañas los cantos con que alternativamente expresan sus quejas amorosas.

Viene a interrumpir bruscamente esta égloga la dramática historia de los amores de Lisandro con la malograda Leónida, que es una de las interesantes figuras femeninas del libro.

Nacido de nobles padres en las riberas del Betis, el pastor Lisandro enamoróse de la bellísima Leónida, pastora nacida asimismo en su aldea, de no menos nobles y ricos padres. Por ser los parientes de ambos de los más principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernación del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias de la administración local, viene a poner entre ellos mortalísima discordia, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no logra ponerlos en paz ninguna humana diligencia.

Lisandro y Leónida cambian por conducto de la pas-

tora Silvia dos cartas que son el punto de partida de una correspondencia amorosa.

Tiene Silvia un pariente entremetido y astuto, llamado Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de Leónida cuya bizarría y aspereza de costumbres le han valido el renombre de cruel.

Es Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza de corazón de Crisalvo se mueve a amarla, sin que de ello tenga conocimiento Lisandro.

Leónida consiente que éste, para casarse con ella, la deposite en casa de unos parientes que residen en una aldea vecina, adonde se presta a conducirla nocturnamente Carino.

Traidor a Crisalvo y a Lisandro, contra quienes abraza odio perpetuo por resentimientos antiguos que oculta bajo apariencias de amistad, Carino confía la conducción de Leónida a otro pastor, llamado Libeo, que debe de tener por enemigo, aunque él se lo encubre bajo su acostumbrada disimulación.

Aunque Leónida se altera de ver a Libeo, Carino le asegura que éste es gran amigo de Lisandro, y que con toda seguridad puede ir con él poco a poco, en tanto que él, Carino, se adelanta a dar a su futuro esposo las nuevas de su llegada.

El traidor Carino corre a dar a Crisalvo el falso aviso de que Silvia huye con su amante Lisandro, y le excita a que aproveche la buena ocasión que la suerte le pone en las manos para vengarse de la injuria que los fugitivos le han hecho.

Crisolvo se embosca, con otros cuatro parientes, en una espesura del camino por donde vienen sin cuidado de traición Libeo y Leónida, quienes, en llegando al punto de la celada, son acorralados por los pérfidos homicidas.

Crisolvo se llega a Leónida, pensando que es Silvia, y con injuriosas y turbadas palabras, con la infernal cólera que le señorea, con seis mortales heridas la deja tendida en el suelo, a tiempo que ya Libeo, por los otros cuatro acometido, creyendo que a Lisandro se las dan, con infinitas puñaladas, se revuelca por la tierra.

Huye Carino, después de ver cuán bien ha salido su traidor intento; y los cinco homicidas, como si hubiesen llevado a término alguna famosa hazaña, se vuelven a su aldea.

Crisolvo se va a casa de Silvia a dar él mismo a sus padres la nueva de lo que ha hecho para acrecentarles el pesar. Silvia, que oye lo que Crisolvo dice, sospechando lo ocurrido, rechaza sus imputaciones y le entera de que su hermana Leónida ha partido aquella noche de su casa en traje no acostumbrado.

Atónito queda Crisolvo de ver viva a la que cree haber dejado muerta, y con sobresalto acude luego a su casa, y no hallando a su hermana en ella, vuelve él solo a ver quién es la que ha muerto.

Mientras todas estas cosas pasan, está Lisandro esperando a Carino y Leónida; y pareciéndole que tardan más de lo que deben, quiere ir a encontrarlos, o a saber lo que ocurre y encuentra a Leónida ensangrentada y moribunda.

Levanta ésta los cansados brazos, los echa por cima del cuello de su prometido, y apretando con la mayor fuerza que puede, juntando su boca con la suya, con flacas y mal pronunciadas razones le dice:

—Mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo sin vida, la cual te dé Dios a ti, Lisandro mío, largos y felices años, y a mí me deje gozar en la otra el reposo que me ha negado.

Y juntando más su boca con la de él, habiendo cerrado los labios para darle el primero y último beso, al abrirlos se le sale el alma y queda muerta en los brazos de Lisandro.

Vuelve Crisalvo a cerciorarse de si es su hermana la que ha muerto, y como Lisandro le conoce, se arroja sobre él, le infiere dos heridas, dando con él en tierra; antes de que expire le lleva arrastrando donde está Leónida, y poniendo en la mano de la muerta el puñal que su hermano traía, ayudando a ello, tres veces se le hince por el corazón; y consolado en algo el suyo por la muerte de Crisalvo, toma sobre sus hombros el cuerpo de Leónida, y lo lleva a la aldea donde sus parientes viven. Contándoles el caso, les ruega le den honrada sepultura, y resuelto a vengarse del fugitivo Carino, lo halla al cabo de seis meses de ir en su demanda, y le da el pago que su traición merece, en presencia de Elicio y Erastro, a quienes refiere el terrible drama.

Elicio ofrece hospitalidad a Lisandro en su cabaña, y viniendo ambos en compañía de Erastro con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, encuentran con

las suyas a Galatea, «cuya hermosura era tanta—dice Cervantes—que sería mejor dejarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla».

Viene vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento; evita que su rebaño se mezcle con los de Erastro y Elicio, lo que éstos toman desde luego a desaire, y, cantando «con la extremada voz que al cielo plugo darle», guía su ganado hacia el arroyo de las Palmas, donde se junta con su amiga y confidente, la bella pastora Florisa.

Después de lavarse en el arroyo y de coger flores en el prado para hacer guirnaldas con que recoger sus desordenados cabellos, ven al improviso venir una desconocida pastora de gentil donaire y apostura, tan embebida y transportada en sus pensamientos, que no las ve hasta que ellas quieren mostrarse.

De trecho en trecho se para, y vueltos los ojos al cielo da unos suspiros tan dolorosos, que de lo más íntimo de sus entrañas parecen arrancados; tuerce asimismo sus blancas manos, y deja correr por sus mejillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejan.

Por los extremos de dolor que la pastora hace, conocen Galatea y Florisa que de algún interno pesar trae el alma ocupada, y por ver en qué paran sus sentimientos, entrambas se esconden entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curiosos ojos observan a la pastora: la cual llegándose al margen del arroyo, se para a mirar su corriente, y dejándose caer a la orilla, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, coge en ellas

del agua clara, con la cual lavándose los húmedos ojos, con voz baja y debilitada dice:

—¡Ay, claras y frescas aguas! ¡cuán poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras, ni aun de todas las que contiene el gran mar Océano, el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, haríades el mismo efecto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua, que más su llama acrecienta. ¡Ay, tristes ojos, causadores de mi perdición, y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caída! ¡Ay, fortuna, enemiga de mi descanso, con cuánta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo!

¿Qué infortunio arranca a la pastora estas quejas, mezcladas con tantas lágrimas, que no hubiera corazón que escuchándola no se enterneciera?

Movidas a compasión, Galatea y Florisa salen de donde escondidas estaban, y con amorosas palabras a la triste pastora saludan, preguntándole qué destino la ha traído por aquella tierra y ofreciéndose a procurarle el consuelo que de ellas fuere posible.

Retíranse las tres a un lugar secreto y apartado, donde a la sombra de unos mirtos, Teolinda, que éste es el nombre de la zagala, empieza a decir con extremado donaire y gracia, que nació de padres labradores en las riberas del famoso Henares, y fué criada no en tan baja fortuna que se tuviese por la peor de su aldea.

Sin más cuidados que los que podían nacer del pasto-

ral oficio en que se ocupaba, tenía las selvas por compañeras, en cuya soledad muchas veces convidada de la suave armonía de los dulces pajarillos, despedía la voz a mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase suspiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno; hasta que el vengativo amor le vino a tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenía, y alcanzóla en ella de manera que, con quedar su esclava, parecía no estar aún pagado ni satisfecho.

Un día en que la casualidad la puso en presencia de un pastor forastero, llamado Artidoro, quedó tan prendada de él, que desde entonces a ninguna parte movía los pies que no diera por hallarle en ella su vida, si él la quisiera.

El discurso de Teolinda es interrumpido por la brusca llegada de varios pastores cuyos perros persiguen a una liebre que, vencida del cansancio de larga carrera y casi como segura del cercano peligro, se ha dejado caer en el suelo al lado de Galatea, que la protege tomándola en los brazos.

Meriendan juntos en la margen del claro arroyo pastoras y pastores, entre los cuales se halla el padre de Galatea; recogen luego sus rebaños y regresan al lugar contando cuentos y entablando animada conversación.

Aquella misma noche, sentada con Florisa y Galatea bajo un emparrado del jardín de esta última, Teolinda prosigue la historia de sus amores, explicando, entre otras cosas, que Artidoro le descubrió al fin el verdadero y honesto amor que le tenía, y que ella le correspondió, que-

dando concertados en que él se fuese a su aldea, y que de allí a pocos días la enviase a pedir por esposa a sus padres.

En vísperas de la partida de Artidoro, quiso el destino que una hermana de Teolinda, de poco menos edad que ella, a su aldea tornase de otra donde algunos días había estado cuidando a una tía suya enferma. Leonarda, que éste era su nombre, se parecía tanto a Teolinda en el rostro, estatura, voz, donaire y brío, que hasta sus mismos padres las confundían a veces; sólo se diferenciaban en que aquélla era más áspera y menos piadosa que ésta.

Deseosa de volver a su pastoral ejercicio, madrugó Leonarda al día siguiente y con las ovejas de la casa se fué al prado, donde rechazó rudamente a Artidoro que, tomándola por su hermana, le había dirigido amorosas saluciones, y se fué llamándola desagradecida y de poco conocimiento, por creer que quien así le maltrataba era la misma que el día antes había aceptado sus amores.

Enterada de esto por su hermana y ansiosa de ir a ver a su Artidoro y sacarlo de su error, salió Teolinda de la aldea a la madrugada siguiente con la ocasión de ir a apacentar las ovejas, y llegó al sitio donde otras veces solía hallar al gallardo pastor, de quien no pudo adquirir noticia alguna, fuera de unas estrofas, que conoció ser de la mano de Artidoro, grabadas en la corteza de un álamo blanco y en las cuales el infeliz desesperado manifestaba su intención de quitarse la vida.

Los suspiros que dió entonces, las lágrimas que derramó, las lástimas que hizo fueron tantas y tales, que nadie

la oyera, que por loca no la juzgara. Sin acordarse de lo que a su honra debía, aquella misma mañana, abrazando mil veces la corteza donde las manos de su Artidoro habían llegado, partió de aquel lugar con intención de venir a estas riberas, donde sabía que Artidoro moraba, por ver si había sido tan inconsiderado y cruel consigo, que hubiese puesto en ejecución lo que en sus versos dejó escrito.

—Si así fuese, termina diciendo, desde aquí os prometo, amigas mías, que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte, que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida.

Con tantas lágrimas acompaña sus palabras la enamorada pastora, que Galatea y Florisa no pueden detener las suyas, ni menos dejan de consolarla con las razones más eficaces que pueden, dándole por consejo que se esté algunos días en su compañía, pues quizá haga la fortuna que en ellos sepa noticias de Artidoro.

Con éstas y otras razones, la pastora, algo consolada, huelga de quedarse con ellas.

Cervantes interrumpe de nuevo esta narración para intercalar la de las extraordinarias aventuras del joven ermitaño Silerio y de su amigo el caballero Timbrio, ambos locamente enamorados de Nísida, señora principal de Nápoles, hija de padres españoles y tan hermosa que parecía que la naturaleza había cifrado en ella el extremo de sus perfecciones.

Nísida es una de las creaciones femeninas de Cervantes, pintadas con más vigor. Andan tan a una en ella la

honestidad y belleza, que lo que la una enciende, la otra enfría, y los deseos que su gentileza hasta el más subido cielo levanta, su honesta gravedad hasta lo más bajo de la tierra abate. Refiriéndose a un galán, de quien le cuentan que se muere de amor por una dama tan principal y honesta, que el mísero no se atreve a descubrirle su pensamiento, razona Nísida de este modo:

—No sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y discreto como dices, pues fácilmente se ha dejado rendir a un mal deseo tan recién nacido, entregándose tan sin ocasión alguna en los brazos de la desesperación, y aunque a mí se me alcanza poco destes amorosos efectos, todavía me parece que es simplicidad y flaqueza dejar, el que se ve fatigado de ellos, de descubrir su pensamiento a quien se le causa... ¿Qué afrenta se le puede seguir a ella de saber que es bien querida, o a él qué mayor mal de su aceda y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando?... Supongamos que un amante tan callado y temeroso muere: ¿llamarías tú cruel a la dama de quien estaba enamorado? No por cierto; que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega a su noticia, ni cae en su obligación procurar saberla para remediarla.

Confiesa luego a Silerio que ama a Timbrio y pone toda su alma en sus palabras:

—¡Ay, Silerio, Silerio, y cómo creo que a costa de la salud mía has querido granjear la de tu amigo! Hagan los hados, que a este punto me han traído, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; y si las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al

cual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga más encubierto: mas ¡ay, cuán liviano descargo es éste para tan pesada culpa! pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que ahora quiero decirte, enterrarla a ella, y acabar mi vida.

Es de notar la fuerza con que el exaltado sentimiento de la honra domina al amor en ésta como en la mayoría de las mujeres de Cervantes.

Terminada la interesantísima narración del ermitaño, el mágico autor presenta con la descripción de una boda campestre un cuadro lleno de colorido, naturalidad y vida, en que abundan los rasgos reveladores del carácter, costumbres e indumentaria de los personajes femeninos que en él intervienen.

La novia Silveria, viste saya y cuerpo leonados, guardados de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argenteoría, invención de Galatea y Florisa que la vistieron, garbín turqueado con flucos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que más que todo la adorna.

Sale tras ella la sin par Galatea, como sol tras la aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas zagalas graciosas y bellas que han venido a las bodas para honrarlas.

Elicio y Erastro aprovechan la ocasión para cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, y con el contento de verla va tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio le dice:

—¿Qué miras, pastor, si a Galatea no miras? Pero ¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el mármol de su pecho?

¿Cabe pintura más graciosa? ¿Y es posible describir el carácter de una mujer con rasgos más vigorosos que los que brotan de la maravillosa pluma de Cervantes cuando, en la historia que a seguida viene a enlazarse con las precedentes, pone en boca de Rosaura estas razones dirigidas a su amante?

—En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la deseada venganza. Vesme aquí, desconocido Grisaldo, desconocida por cono-
certe; ves aquí que ha mudado el traje por buscarte la que nunca mudó la voluntad de quererte... y anda agora de valle en valle y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañía... Dime, ¿conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no ha mucho tiempo que enjugó tus lágrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y sobre todo, la que creyó tus palabras? o ¿por suerte entiendes tú que eres aquel a quien parecían cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podían para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú acaso, Grisaldo, aquel cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazón mío?..

Cúmpleme entonces la palabra que me diste, darte he yo la promesa que nunca te he negado.

»Hanme dicho que te casas con Leopersia tan a gusto tuyo, que eres tú mesmo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho por venir a estorbar el cumplimiento della; y si tú la puedes hacer verdadera, a tu conciencia lo dejo... Alza los ojos ya, y ponlos en estos que por su mal te miraron; levántalos, y mira a quién engañas, a quién dejas, y a quién olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, a la que siempre te trató verdades; dejas a quien ha dejado a su honra y a sí mesma por seguirte; olvidas a la que jamás te apartó de su memoria.

»Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del ánimo y en la firmeza de la fe. Cúmpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero y no te desprecias de cristiano. Mira que si no correspondes a lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, a la tierra que no te sufra, y a mis parientes que me venguen...; advierte que no pido sino lo que es mío, y que tú ganas en darlo lo que en negarlo pierdes; mueve agora tu lengua para desengañarme, de cuantas veces la has movido para ofenderme.

Después de explicar Grisaldo su conducta, acusando a Rosaura de haber querido darle celos con Artandro, ella replica con estas palabras que su retrato moral completan:

—Como no pueda caber en tus verdes años tener larga y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravilla que un pequeño desdén mío te haya

puesto en la libertad que publicas; pero si tú conocieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo más te quisiese rudundaban; mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasión que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mías, y en tal manera, que me dices que mañana te casas con Leopersia; pero yo te certifico que antes que a ella lleves al tálamo, me has de llevar a mí a la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo muerto, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto; y porque claro conozcas y veas que la que perdió por ti su honestidad y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo pondrá en efecto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras.

Pinta luego Cervantes con emotiva expresión el sufrimiento de Galatea, obediente contra su voluntad a la de su padre que ha resuelto darla por esposa a un rico pastor lusitano, y la desesperación de Elicio, que si hasta entonces se contentó con amar sin esperanza de poseer a Galatea, no puede resignarse a verla en posesión de otro.

Las quejas de ambos son bruscamente interrumpidas por el rapto de Rosaura que el desdeñado Artandro ejecuta con ayuda de siete pastores; y, formando contraste con esta violenta escena, sucede la del desenlace de la aventura del ermitaño Silerio, que ha trocado el toscó sayal

por el traje de desposado, y da fin a todas sus miserias con su casamiento con la hermosa Blanca.

Artidoro da la mano de esposo a Leonarda creyendo que se la da a Teolinda, y ésta lamenta su desventura con los más apasionados acentos de la cólera, los celos y el dolor.

Elicio, que con el inminente casamiento de Galatea con el lusitano ve cerrados todos los caminos de su gusto, recibe aquella misma noche, por conducto de Maurisa, esta carta de Galatea:

«En la apresurada determinación de mi padre está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que a mí mesma me he hecho hasta llegar a este punto: bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo. Mas si el cielo quiere que yo quede con esta deuda, quédate dél, y no de la voluntad mía. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y así no lo intento. Si algún remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efecto, con el miramiento que a tu crédito debes y a mi honra estás obligado. El que me dan por esposo, y el que me ha de dar sepultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque a mí me queda harto para arrepentirme. No digo más, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada.»

En extraña confusión ponen a Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciéndole cosa nueva, así el escribirle, pues hasta entonces jamás lo había hecho, como el

mandarle buscar remedio a la sinrazón que se le hace. Después de pensar cómo cumplirá lo que le es mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera, y no ofreciéndosele otro remedio, sino el que de sus amigos espera, confiado en ellos, se atreve a responder a Galatea que ponga buen rostro a la fortuna presente, fiada en la bonanza venidera, pues se dispone a cumplir su mandamiento.

Y se pone de acuerdo con sus amigos para impedir a toda costa que la sin par Galatea sea desterrada de las riberas del Tajo, para ir a ser esposa del lusitano pastor.

De todo lo cual se desprende que no puede reducirse a continuado término la condición de los enamorados corazones, los cuales como se gobiernan por voluntad ajena, a mil contrarios accidentes están sujetos. Los tiempos cambian, y con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoy se ría el que ayer lloraba y que mañana llore el que hoy se ríe. No hay mal en esta vida que con ella su remedio no se alcance, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone a ellos.





V.—LA MUJER EN LOS «TRABAJOS DE PÉRSILES
Y SEGISMUNDA»

AURISTELA

«Así como la luz resplandece más en las tinieblas, así la esperanza ha de estar más firme en los trabajos.»

(CERVANTES. — *Trabajos de Pérsiles y Segismunda.*)

Auristela es de tanta hermosura que puede llevar la ventaja no sólo entre las existentes sino entre aquellas que puede pintar en la imaginación el más agudo entendimiento.

Su discreción iguala a su belleza, y sus desdichas a su discreción y a su hermosura.

Sus padres son de linaje de reyes, y de riquísimo estado.

Se ve vendida por piratas, y comprada por Arnaldo, hijo heredero del rey de Dinamarca, que la ama con tanto ahinco, que mil veces de esclava la quiere hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con

voluntad del rey padre de Arnaldo, que juzga que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho más que ser reina merecen; pero ella se defiende, diciendo no ser posible romper un voto que tiene hecho de guardar virginidad toda la vida, y no piensa quebrarlo en ninguna manera, aunque la soliciten promesas, o la amenacen muertes.

No por esto deja Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas a la variación de los tiempos, y a la mudable condición de las mujeres; hasta que sucede, que andando Auristela por la orilla del mar, solazándose, no como esclava, sino como reina, llegan unos bajeles de corsarios, la roban y la llevan no se sabe dónde.

El príncipe Arnaldo, imaginando que éstos son los mismos que la primera vez se la vendieron, ordena, para averiguar si la reina de sus amores se halla prisionera en la isla por éstos habitada, venderles la joven Taurisa, camarera de Auristela, para que sirva de espía.

Después de oír esta historia de labios de Taurisa, el joven y gallardo mancebo Periandro, de nobilísimos padres nacido, hermoso sobre todo encarecimiento y a quien Arnaldo acaba de salvar de un naufragio y de la esclavitud, recogiénolo a bordo de su navío, se ofrece a ser vendido a los bárbaros, vestido de mujer, para buscar a Auristela, diciendo que ésta es una hermana suya, que también anda buscando y que resulta ser su amada.

De ahí los trabajos que Periandro y Auristela, o sean Pérsiles y Segismunda, pasan por salir de la esclavitud y realizar sus sueños de ventura.

Periandro ha encontrado a su Auristela en poder de los bárbaros, vestida de hombre y resignada al sacrificio de su vida por salvar su honra.

Porque el sentimiento de la honra domina en ella de tal modo, que constituye el fondo de su carácter.

Del de la compasión que abriga su alma dan fe, entre otras pruebas, el profundo desmayo y abundantes lágrimas que la agonía y muerte de su ama Cloelia le causan.

Es la personificación de la esperanza, que tiene más firmeza en los trabajos, como la luz resplandece más en las tinieblas.

Su hermosura es tan admirable, que al desembarcar con sus compañeros en la isla Golandia, la gente que sale de los navíos y del mesón a recibirles, se postran en el suelo y dan muestras de adorarla; míranla callando y con tanto respeto, que no aciertan a mover las lenguas por no ocuparse en otra cosa que en mirar.

Aunque conoce la modestia del príncipe Arnaldo y la mucha discreción de Periandro, mil géneros de temores sobresaltan a Auristela, pareciéndole que como el amor del príncipe iguala a su poder, puede remitir a la fuerza sus ruegos; que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes, se convierte la paciencia en rabia, y la cortesía en descomedimiento.

Su discreción le hace contestar a Arnaldo, que le manifiesta haber convenido con Periandro partir para Inglaterra, España o Francia, desde donde pueda ir cómodamente a Roma a cumplir su voto:

—Yo no tengo voluntad, sino la de mi hermano Pe-

riandro, ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya.

Y al reconocer a su doncella Taurisa en la joven exánime cuya posesión acaban de disputarse dos gallardos y fuertes mancebos, de extremada disposición y brío, en un trágico duelo en que ambos han hallado la muerte, exclama atónita y tan triste como la tristeza misma:

—¡Ay, con qué prodigiosas señales me va mostrando el cielo mi desventura, que si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa; que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida! ¿Qué red barredera es esta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? ¿Qué imposibles son estos que descubro a cada paso de mi remedio?

Y revelan su ánimo firme y resuelto estas otras palabras que a continuación pronuncia en una súbita reacción de su energía:

—Mas, pues, aquí son excusados los llantos y de ningún provecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por ahora a la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos.

Al oír que la bella Sinforosa, hija del rey Policarpo, quitóse una guirnalda de flores, con que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso sobre la de Periandro, vencedor en los juegos olímpicos, diciendo con honesta gracia al ponérsela: «Cuando mi padre sea tan venturoso que volváis a verle, veréis cómo no vendréis a servirle, sino a ser servido», Auristela no puede disimular la agitación de su pecho.

¡Oh poderosa fuerza de los celos, oh enfermedad que de tal manera te pegas al alma, que sólo te despegas con la vida! ¡Oh hermosísima Auristela, deténte: no te precipites a dar lugar en tu imaginación a esta rabiosa dolencia! Pero ¿quién podrá tener a raya los pensamientos, que suelen ser tan ligeros y sutiles, que como no tienen cuerpo, pasan las murallas, traspasan los pechos, y ven lo más escondido de las almas? ¡Ay! Auristela rinde el sufrimiento a las sospechas, entrega la paciencia a los gemidos, y dando un gran suspiro y abrazándose con Trausila le dice:

—Querida amiga mía, ruega al cielo que sin haberse perdido tu esposo, se pierda mi hermano Periandro. ¿No le ves en la boca de este valeroso capitán, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento más a los favores de una doncella, que a los cuidados que le debían dar los destierros y pasos desta su hermana? Andase buscando palmas y trofeos por las tierras ajenas, y déjase entre los riscos y entre las peñas, y entre las montañas que suele levantar la mar alterada, a esta su hermana, que por su consejo y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle.

Las interesantes escenas que se desarrollan al ser salvada Auristela del naufragio con varios de sus compañeros de viaje, prueban que la fuerza de los celos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va a buscar el alma enamorada en los últimos trances de la vida.

—Yo espero en los piadosos cielos, dice Auristela a

Periandro, al oír confesar a éste las obligaciones que debe a Sinforosa, que algún día ha de reducir a sosiego mi desasosiego, y a bonanza mi tormenta, y en este entretanto con el encarecimiento que puedo te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me debes otras ajenas hermosuras ni otras obligaciones, que en la mía y en las mías podrás satisfacer el deseo y llenar el vacío de tu voluntad, si miras que juntando la belleza de mi cuerpo, tal cual es, a la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga.

Mas los celos no usurpan el puesto a la bondad ni a la discreción en el alma de Auristela, como lo prueban las palabras que dirige a Sinforosa, al empezar ésta a contarle sus amores:

—¿Qué es esto, señora mía?, le dice poniendo su boca con la suya y apretándole reciamente las manos con ardientes suspiros; estas muestras me dan a entender que estáis más enferma que yo, y más lastimada el alma que la mía. Mirad si os puedo servir en el algo, que para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad.

Y, a las primeras revelaciones, aun vacilantes, de su rival, enjugándole los ojos y abrazándola, insiste:

—No se te mueran, oh apasionada señora, las palabras en la boca; despide de ti por algún pequeño espacio la confusión y la cortedad, y hazme depositaria de tus secretos; que los males comunicados, si no alcanzan curación, alcanzan alivio: si tu pasión es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sé que eres de carne, aunque pareces de

alabastro, y bien sé que nuestras almas están siempre en continuo movimiento, sin que puedan dejar de estar atentas a querer bien a algún sujeto, a quien las estrellas las indican, que no se ha de decir que las fuerzan: dime, señora, a quién quieres, a quién amas y a quién adoras.... que como sea hombre, no me causará espanto ni maravilla: mujer soy como tú, mis deseos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido de la boca, que bien pudieran, como señales de la calentura; pero al fin habrán de romper por inconvenientes y por imposibles, y siquiera en mi testamento procuraré que se sepa la causa de mi muerte.

De su honestidad dan testimonio los razonamientos con que contesta a Sinforosa, después que ésta ha terminado por confesarle que ama secretamente a Periandro, sin haber tenido jamás atrevimiento de alzar los ojos a mirarlo.

—Bien creo, eso, le dice; ¿pero es posible que él no haya dado muestras de quererte? Sí habrá, porque no le tengo por tan de piedra que no le enternezca y ablande una belleza tal como la tuya: y así soy de parecer que antes que yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dándole ocasión para ello con algún honesto favor: que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los más tibios y descuidados pechos; que si una vez él responde a tu deseo, seráme fácil a mí hacerle que de todo en todo le satisfaga... No te aconsejo yo que te deshonestes ni precipites, que los favores que hacen las doncellas a los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto.

Que es diplomática lo prueban estos consejos que da a Periandro, la primera vez que la industria de Sinforosa da lugar a que se encuentre sola con él, para que le hable del amor que ha encendido en su pecho:

—Esta nuestra peregrinación, hermano y señor mío, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada día y cada momento me hace temer los de la muerte, y querría que diésemos traza de asegurar la vida, sosegándola en una parte; y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos, que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y mujer noble y hermosísima en todo extremo, digna, no de que te ruegue como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures...

»Digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en cualquier estado que tomes, digo que Sinforosa te adora y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas increíbles, y yo digo que tiene creíble hermosura... y en lo que he echado de ver es de condición blanda, de ingenio agudo y de proceder tan discreto como honesto.

»Con todo esto que te he dicho, no dejo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero según los casos presentes, no te estará mal esta compañía: fuera estamos de nuestra patria, tú perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino a Roma cuanto más le procuramos, más se dificulta y alarga; mi intención no se muda, pero tiembla, y no querría que entre temores y peligros me asaltase la muerte, y así pienso acabar la vida en religión, y querría que tú la acabases en buen estado.

Viendo que Periandro, después de oír este razonamiento, da consigo en el suelo de rodillas, con un nudo en la garganta, trabada la lengua y desmayado, Auristela le pone la mano en el rostro y le enjuga las lágrimas, que sin que él lo sienta hilo a hilo le bañan las mejillas.

Vivas emociones siente luego Auristela cuando, por una parte, Sinforosa le anuncia que el rey su padre la adora y quiere casarse con ella, y le ha prometido a Periandro por esposo, y por otra parte oye de labios de su fingido hermano estas razones:

—Mírame bien, que yo soy Periandro, el que fué Pérsiles, y el que tú quieres que sea Periandro: el ñudo con que están atadas nuestras voluntades nadie le puede desatar sino la muerte, y siendo esto así, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios a esta verdad? Por todos los cielos y por ti misma, más hermosa que ellos, te ruego que no nombres más a Sinforosa, ni imagines que su belleza ni sus tesoros han de ser parte a que yo olvide las minas de tus virtudes y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo como del alma; ésta mía, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron.

—Sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo, contesta Auristela, y confiada te pido que con brevedad salgamos desta tierra, que en otra quizá convaleceré de la enfermedad celosa que en este lecho me tiene.

Ambos consideran el peligro en que están y buscan el remedio que necesitan. Salen del reino de Policarpo;

van a parar a la isla de las Ermitas, donde hallan buen acogimiento; se separan de Arnaldo, quien recomienda a Periandro que mire por su hermana y la guarde para reina de Dinamarca; se embarcan para España, desembarcan en la ribera portuguesa de Belén, y pasan por tierra a Lisboa, de donde al cabo de diez días salen para Roma en traje de peregrinos, porque Auristela, con toda la gala del Septentrión en el vestido, la más bizarra gallardía en el cuerpo y la mayor hermosura del mundo en el rostro, había llamado tanto la atención de los lisbonenses, que parecían perseguidos por el vulgo.

Van a pie, a causa de la devoción de Auristela, que ha prometido ir así a la ciudad santa, desde la parte do llegase en tierra firme. Les suceden extrañas aventuras y corren grandes peligros. Cruzan España, penetran en Francia, y cuando, en un castillo de Provenza, Periandro, por sujetar a un loco que quiere degollar a su familia, se despeña con él, Auristela, creyendo que está muerto, se arroja sobre su cuerpo ensangrentado, y sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperando recoger en sí alguna reliquia, si del alma le quedara, dice abrazada a Periandro:

—No sé yo, infeliz, cómo busco aliento en un muerto, y cómo, ya que le tuviese, puedo sentirle, si estoy tan sin él, que no sé si hablo ni si respiro: ¡ay hermano, y qué caída ha sido esta, que así ha derribado mis esperanzas, como que la grandeza de vuestro linaje no se hubiera opuesto a vuestra desventura!... Ventura íbades a buscar en la mía, pero la muerte ha atajado el paso, encami-

nando el mío a la sepultura: ¡cuán cierta la tendrá la reina vuestra madre, cuando a sus oídos llegue vuestra no pensada muerte!...

Pero sano Periandro de sus heridas, los peregrinos prosiguen su viaje, se internan en Italia, y, en ocasión en que se discute si puede haber amor sin celos, Auristela abre otra vez su corazón y explica la diferencia que a su juicio existe entre el amor y el querer bien. Según ella, el querer bien puede ser sin causa vehemente que nos mueva la voluntad, como se puede querer a una criada que nos sirve, o a una estatua y pintura que bien nos parece, o que mucho nos agrada, y éstas no dan celos, ni los pueden dar; pero lo que se llama amor, que es una vehemente pasión del ánimo, ya que no dé celos, puede dar temores que lleguen a quitar la vida.

Ya los aires de Roma les dan en el rostro; ya las esperanzas que los sustentan les bullen en las almas, ya hacen cuenta que se ven en la dulce posesión esperada. Periandro dice a Auristela que es el Pérsiles que en la casa del rey su padre dió palabra a Segismunda de ser su esposo. Auristela confiesa a su compañero de peregrinación que sólo una voluntad ha tenido en toda su vida, y ésa se la entregó hace dos años, no forzada, sino de su libre albedrío, la cual tan entera y firme está ahora como el primer día que le hizo señor de ella, y no ha hecho más que aumentar entre los muchos trabajos que han pasado.

—De que tú estés firme en tu voluntad, añade, me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesión tus esperanzas.

Es la primera vez que han hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela jamás ha dado ocasión a Periandro, a que en secreto la hable, y con este artificio y seguridad notable han pasado plaza de hermanos entre todos cuantos los han conocido. Alborózanse sus corazones, viéndose tan cerca del fin de su deseo. Entran en Roma por la puerta del Pópulo, besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa.

Infórmase Auristela de todo lo que le parece que le falta por saber de la fe católica, a lo menos de aquello que en su patria oscuramente se practicaba: halla con quién comunicar su deseo por medio de los penitenciaros, con uno de los cuales hace su confesión entera, y queda enseñada y satisfecha de todo lo que quiere. Cae enferma por los hechizos de una judía; pierde su hermosura, enflaquece por momentos y quita las esperanzas de su salud a cuantos la conocen: sólo Periandro, el enamorado, el firme, con intrépido pecho se opina a la contraria fortuna y a la misma muerte, que en la de Auristela le amenaza. Recobra ésta la salud, por haber la judía deshecho los hechizos; propone a Periandro el intento de no casarse, y sale él despedido por semejante proposición.

El lector viene por fin en conocimiento de que Periandro es Pérsiles, hijo segundo del difunto rey de Tile y hermano de Maximino, heredero del reino, y de que Auristela es Segismunda, hija mayor de Eustoquia, reina de Frislanda y con quien tuvo empeño en casarse el imperioso Maximino. Pérsiles y Segismunda se aman, y a fin de

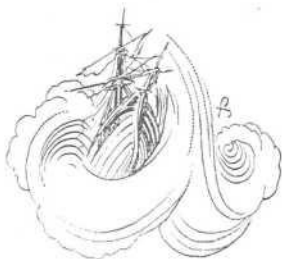
evitar la persecución del joven rey, conciertan con la reina Eustoquia, durante una ausencia de Maximino, un viaje a Roma, con la disculpa de que han hecho voto de ir allí a enterarse de la fe católica, jurando primero Pérsiles que en ninguna manera irá en dicho ni hecho contra su honestidad.

Entéranse de que Maximino viene en su busca, hallándose enfermo en Terrachina, entre Nápoles y Roma. Periandro recibe del envidioso y desalmado Pirro una estocada que pone en peligro su vida. Auristela, arrepentida de haber declarado su pensamiento a Pérsiles, vuelve a buscarle alegre por pensar que en su mano y en su arrepentimiento está el volver a la parte que quiera la voluntad de su amigo, porque se imagina ser ella el clavo de la rueda de su fortuna y la esfera del movimiento de sus deseos; y no se engaña, pues ya los trae Periandro en disposición de no salir de los de Auristela; pero ¡mirad los engaños de la variable fortuna! Auristela, en tan pequeño instante como se ha visto, se ve otra de lo que antes era; pensaba reír y estaba llorando; pensaba vivir y ya se muere, creía gozar de la vista de Periandro, y ofrécese a los ojos la del príncipe Maximino, que con gran acompañamiento entra en Roma.

Fíjase éste en la muchedumbre que rodea al herido, conoce a su hermano y a Segismunda, sobre cuyos brazos se deja caer del coche; sintiéndose morir, coge con la mano derecha la izquierda de su hermano y se la lleva a los ojos, une con su izquierda las derechas de ambos, y con voz turbada y aliento mortal dice:

—De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos míos, creo que entre vosotros está por saber esto; aprieta, oh hermano, estos párpados, y ciérrame estos ojos en perpetuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Segismunda, y séllala con el sí que quiero que la des de esposo; y sean testigos de este casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean; el reino de tus padres te queda, el de Segismunda heredas, góceslos con salud años infinitos.

Y Dios permitió que se cumplieran los tiernos votos del moribundo.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria	5
Al que leyere	6

I.—LA MUJER EN LAS «NOVELAS EJEMPLARES»

Cornelia Bentivoglio	9
Esperancica	15
Preciosa	21
Constanza	29
Leocadia	35
La Generosa	41
Leonora	47
Estrella	53
Isabelita	59
Estefanía	65
Leonisa	71
Las dos doncellas	77
La Argüello	85
La dueña Marialonso	93

II.—LA MUJER EN LA PRIMERA PARTE DE «DON QUIJOTE»

Maritornes	101
Marcela	113
Dorotea	125
Luscinda	139
Zoraida	151
Clarita	165
Camila	179

 III.—LA MUJER EN LA SEGUNDA PARTE DE «DON QUIJOTE»

Antonia Quijano.	191
La Duquesa.	205
Teresa Panza.	221
El Ama.	233
Dulcinea.	241

IV.—LA MUJER EN «LA GALATEA»

Leónida.—Galatea.—Teolinda.—Leonarda.—Nísida.—Rosaura . . .	251
---	-----

 V.—LA MUJER EN LOS «TRABAJOS DE PÉRSILES
Y SEGISMUNDA»

Auristela.	269
--------------------	-----

INDICE DE LAMINAS

	Páginas
La Gitanilla	23
La Española inglesa	64
Marcela.	112
Dorotea.	128
Luscinda	144
Zoraida	160
Clarita	176
La Duquesa	208
El Ama de Don Quijote	240
Teresa Panza.	225
Aldonza Lorenzo (Dulcinea del Toboso)	245

ADVERTENCIA

Por imposibilidad absoluta de terminar el libro *LAS MUJERES DE CERVANTES* el eminente escritor D. José Sánchez Rojas a quien lo teníamos encomendado, nos hemos visto precisados a confiar a los reputados literatos D. José Pérez Hervás y don Juan B. Enseñat, al primero los artículos *El ama* y *Dulcinea*, y al segundo los referentes a *Galatea* y a *Pérsiles y Segismunda*.

LOS EDITORES

CATÁLOGO

DE OBRAS PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL
DE MONTANER Y SIMÓN, BARCELONA

SECCIÓN DE HISTORIA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE. Magnífica edición, la más lujosa de cuantas ha publicado nuestra Casa editorial. — Comprende: ARQUITECTURA. Tres tomos profusamente ilustrados con hermosos fotograbados, cromos y fototipias, que se venden al precio de 160 pesetas artísticamente encuadernados. — PINTURA Y ESCULTURA. Un tomo de 952 páginas con 1.157 grabados intercalados en el texto y 49 láminas sueltas, algunas de ellas preciosas cromolitografías, que se vende á 75 pesetas, lujosamente encuadernado. — TRAJE. Dos tomos, que constan de 300 páginas de texto y de 240 bellísimas cromolitografías, y se venden, artísticamente encuadernados, al precio de 115 pesetas. — MURBE, TEJIDO, BORDADO Y TAPIZ, METALISTERIA, CERÁMICA Y VIDRIOS. Esta interesante parte de nuestro libro, lo mismo que las anteriores, va ilustrada con numerosos y perfectos grabados, y se vende al precio de 70 pesetas. — ORNAMENTACIÓN. Estudio analítico de los elementos que la integran y sintético de sus diferentes evoluciones á través de los principales estilos, ilustrado con 115 láminas tiradas aparte y variedad de grabados intercalados en el texto. Se vende al precio de 70 pesetas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA. Colección de las obras más notables y modernas que se han publicado sobre la HISTORIA DE FRANCIA. Comprende: I. HISTORIA DE FRANCIA DESDE SU ORIGEN HASTA LA REVOLUCIÓN. Notable obra que se publica en Francia con extraordinario éxito bajo la dirección del sabio historiador *M. Ernesto Lavisse*, de la Academia Francesa y catedrático de la Universidad de París, con la colaboración de los más renombrados catedráticos de las Universidades de Francia. — II. HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, EL CONSULADO Y EL IMPERIO. Obras de reconocido mérito escritas por el célebre historiador y estadista *M. Adolfo Thiers*, precedidas de un juicio crítico de la Revolución y sus hombres por *D. Emilio Castelar*, cuyos originales son de exclusiva propiedad de esta Casa editorial. — III. LA NUEVA MONARQUÍA (1815-1848). LA SEGUNDA REPÚBLICA Y EL SEGUNDO IMPERIO. GUERRA FRANCO-ALMANA (1870). Notable obra escrita por *Pedro de la Gorce*, que ha merecido ser premiada por la Academia Francesa. — IV. LA NUEVA REPÚBLICA. *THIERS. LA COMMUNE. MAC MAHÓN. GREVY. CARNOT. PERIER. FAURE. LOUBET.* Obra interesantísima, redactada á vista de los documentos más auténticos y las más completas monografías. — Edición profusamente ilustrada con magníficas reproducciones de los más curiosos códices que existen en la Biblioteca Nacional de París, grabados, mapas, facsímiles de manuscritos importantes, así como copias de los más renombrados cuadros existentes en los museos de Europa. Publícase por cuadernos semanales de *dos reales*, los cuales constan de cuatro pliegos de 8 páginas de texto cada uno.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, por *D. Modesto Lafuente*, continuada hasta nuestros días por *D. Juan Valera*, con la colaboración de *D. Andrés Borego* y *D. Antonio Pivala*. — Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección *numismática española*. — Seis magníficos tomos en tamaño folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino, y canto dorado. Su precio 310 pesetas ejemplar. *Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, á 5 pesetas uno.*

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBIANA, escrita por *D. Francisco Pi y Margall*. — Magnífica edición ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc. — Se vende encuadernada en dos tomos de unas 1.000 páginas cada uno, al precio de 85 pesetas.

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA. (SAVONAROLA-LUTERO-CALVINO Y SAN IGNACIO DE LOYOLA), por *D. Emilio Castelar*. — Edición ilustrada con láminas en colores y grabados en acero. Esta obra consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados ricamente con tapas alegóricas, y se vende al precio de pesetas 120.

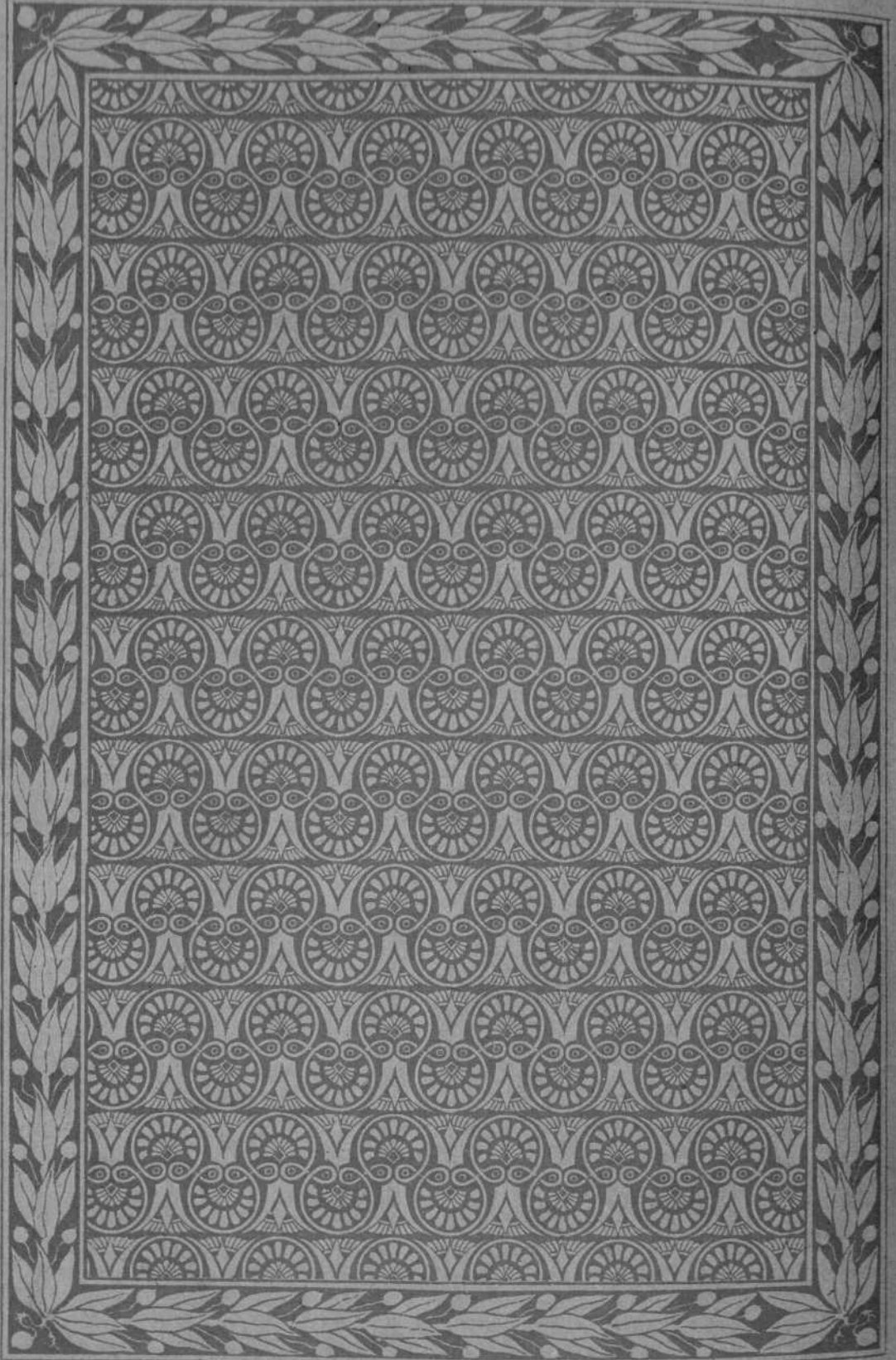
HISTORIA DE FELIPE SEGUNDO. Notable obra escrita por *H. Forneson*, premiada por la Academia Francesa y traducida por *D. Cecilio Navarro*. Un tomo con ilustraciones. Se vende encuadernado al precio de 14 pesetas.

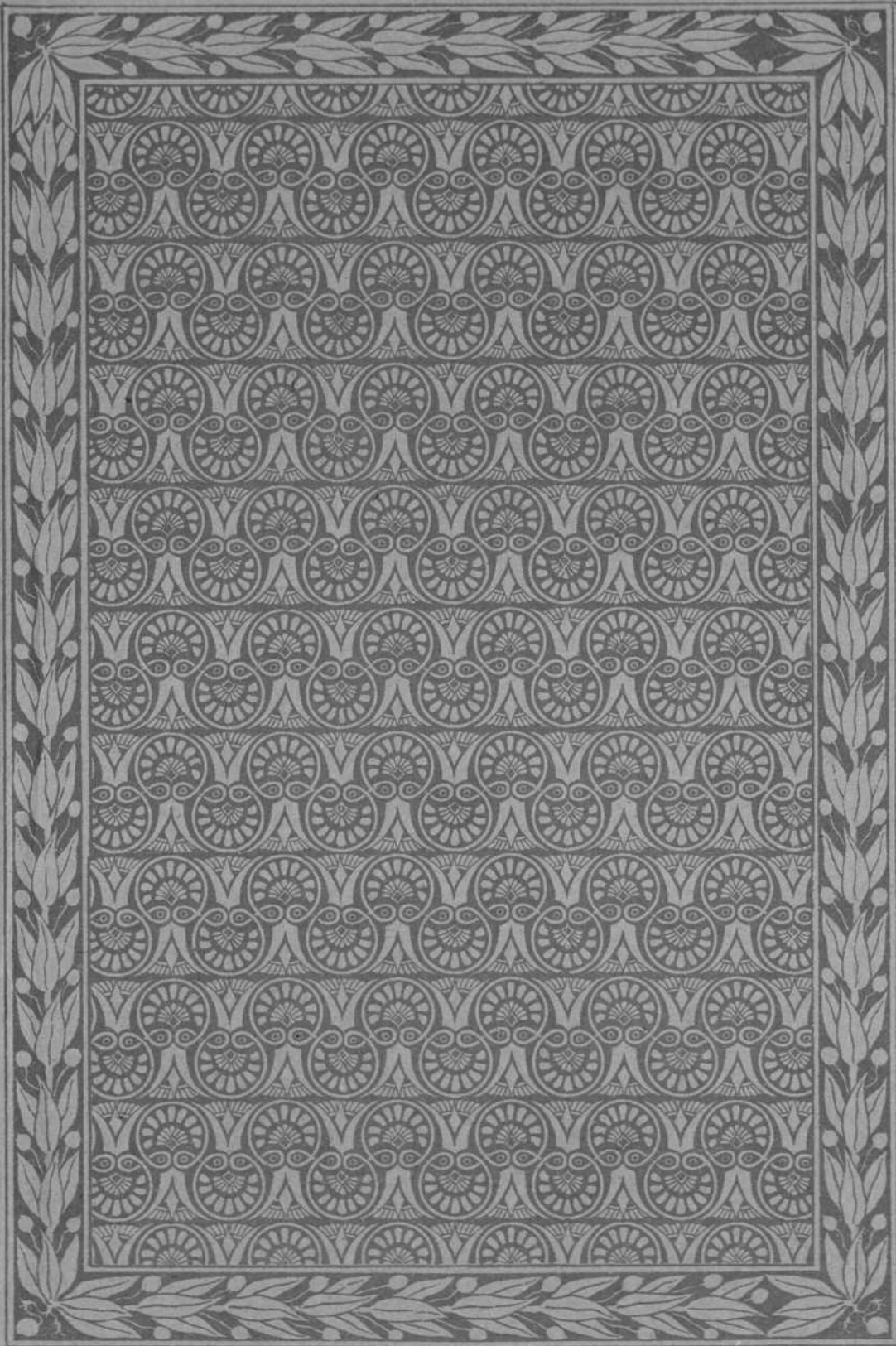
HISTORIA UNIVERSAL, escrita parcialmente por veintidós profesores alemanes bajo la dirección del eminente historiador *Guillermo Oncken*. Historias generales de los grandes pueblos. Estudios de las grandes épocas. Monografías de los grandes hechos. Biografías de los grandes hombres. Traducción directa del alemán por reputados escritores, revisada por *D. Nemesio Fernández Cuesta*. — Edición ilustrada espléndidamente con grabados intercalados, mapas, facsímiles rarísimos, monedas, armas, y el completo de las cromolitografías que constituyen la magnífica obra **HISTORIA DEL TRAJE EN LA ANTIGÜEDAD Y EN NUESTROS DÍAS**, por el profesor *Federico Hottenrot*. Consta de 16 tomos y se venden al precio de 317 pesetas.

GERMANIA. DOS MIL AÑOS DE HISTORIA ALEMANA, por *Juan Scherr*, traducida directamente del alemán. — Edición profusamente ilustrada. Un tomo en cuarto mayor ricamente encuadernado con tapas alegóricas. Su precio 12 pesetas.

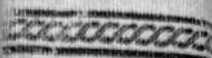
HISTORIA DE LOS ROMANOS, desde los tiempos más remotos hasta la invasión de los bárbaros, por *Victor Duruy*, traducida por *D. Cecilio Navarro*. — Edición profusamente ilustrada. Consta de dos tomos y se venden encuadernados al precio de 34 pesetas.

GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO de CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA, escrito por los más renombrados *hombres de ciencia y artistas de España y América*. — Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industria; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos, copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas; monedas y medallas de todos los tiempos, etc., etc., etc. La obra consta de 25 tomos (26 volúmenes) encuadernados, y se vende al precio de 711 pesetas.





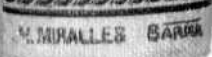




LAS MUJERES
DE
CERVANTES



EDICIÓN
ILUSTRADA



M. MIRALLES BARBA